

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA
SECCION DE TRADICIONES POPULARES

REVISTA
DE
DIALECTOLOGIA
Y
TRADICIONES POPULARES

DIRECTOR:
VICENTE GARCÍA DE DIEGO
TOMO II—1946—CUADERNO 3.º



DUQUE DE MEDINACELI, 4
MADRID
1946

REVISTA DE DIALECTOLOGIA Y TRADICIONES POPULARES

Se publica en cuadernos trimestrales de unas 170 págs. cada uno.

SUMARIO

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—Cuentos populares marroquíes	331	JULIANA IZQUIERDO.—Cofradías típicas de Pedroñera (Cuenca).....	493
JULIO CARO BAROJA.—Notas de folklore vasco	372	VARIOS.—Alimentación	496
VICENTE RISCO.—La procesión de las ánimas y las premoniciones de muerte	380	NOTAS DE LIBROS.—CARO BAROJA, JULIO, <i>Los pueblos de España. Ensayos de Etnología</i> . V. G. DE D. GARCÍA DE DIEGO, VICENTE, <i>Manual de Dialectología Española</i> , M. M. C. PLA CARGOL, JOAQUÍN, <i>Tradiciones, santuarios y tipismo de las comarcas gerundeses</i> .—FILGUEIRA VALVERDE, JOSÉ, <i>Archivo de mareantes</i> .—IRIBARREN, JOSÉ MARÍA, <i>Refranes y adagios. Cantares y jotas. Dichos y frases proverbiales</i> , N. DE H. S.—SÁNCHEZ-CASTAÑER Y MENA, FRANCISCO, <i>Pregón de la Semana Santa Sevillana</i> , B. S. A.—CASTILLO DE LUCAS, Conferencia. <i>Algunas supersticiones relacionadas con la higiene</i> .	
GABRIEL M. ^a VERGARA.—La Catorcena. Tradición segoviana.....	430		
ANTONIO FRAGUAS FRAGUAS.—Más caras y sermones de carnaval en Cotobad	435		
ARCHIVO			
GINÉS GARCÍA MARTÍNEZ.—El habla de Cartagena y sus alrededores marítimos	450		
SARA GARCÍA BERMEJO.—Contribución al vocabulario de Tierra de Campos	474		
TOMÁS TERESA LEÓN.—Romances..	489		

SUSCRIPCION:

En España y Portugal	30,00 ptas. al año.
En los demás países	40,00 » »
Cuaderno suelto sencillo, en España y Portugal .	8,00 » »
En los demás países	9,00 » »
Cuaderno doble	16,00 » »

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA
SECCION DE TRADICIONES POPULARES

REVISTA
DE
DIALECTOLOGIA
Y
TRADICIONES POPULARES

DIRECTOR:
VICENTE GARCÍA DE DIEGO
TOMO II—1946—CUADERNO 3.º



DUQUE DE MEDINACELI, 4
MADRID
1946



Cuentos populares marroquíes

Los cuentos que siguen fueron recogidos en una estancia de seis meses en Rabat el año 1914 (julio-diciembre), donde estuve pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios, con el propósito principal de aprender el árabe vulgar marroquí.

Siguiendo el ejemplo de mi llorado amigo y compañero don Maximiliano A. Alarcón (1), me serví de los cuentos como medio de practicar la lengua árabe. En las continuas conversaciones con los indígenas, es una manera eficacísima de ampliar el vocabulario, ya que en la práctica ordinaria no suele variar mucho el volumen de palabras empleadas.

Tuve la suerte de encontrar un narrador ideal, el más a propósito para estos menesteres. Joven, de clarísima inteligencia, iliterato, curioso por todo lo moro, conocedor de la lengua hablada en la población hasta en sus más mínimos detalles y sin saber ni una sola palabra de ninguna lengua europea: tal era Sidi Mohámed ben Mohámed el Marraqxi, que hacía bolsas de cuero en una tienda cercana a la Mezquita mayor.

No les pesará a los lectores conocer este lugar, magnífico observatorio de la vida marroquí de entonces, en donde se contaron estos cuentos y otras varias docenas de ellos, entre

(1) *Textor árabes en dialecto vulgar de Larache*, publicados con transcripción, traducción y glosario por MAXIMILIANO ALARCÓN Y SANTÓN; Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1913.

los que yo he seleccionado los que juzgaba más a propósito.

La tienda de Sidi Mohámed, como casi todas las marroquíes, era un pequeño recinto de unos dos metros cuadrados escasamente de amplitud, a más de un metro de altura sobre el nivel de la calle. Sus dos medias puertas se abrían de arriba a abajo, sirviendo la superior de medio a modo de tejado. Para subir se utilizaba una cuerda con nudos, negra de tantas manos como allí se habrían agarrado en el transcurso de los años. Tenía pocos muebles: un asiento de madera, con un pellejo de lana por encima para el maestro; una especie de tablado como un estrado, destinado a preparar en ella las pieles de las bolsas, pero que no se usaba y servía de asiento para las *visitas*; una pequeña caja de madera donde Sidi Mohámed guardaba sus papeles—unos papeles viejos y carcomidos, hojas sueltas de libros antiguos, españoles en su mayoría, de supersticiones y amuletos; algunos cinturones morunos viejos, colgados de un clavo; una tabla a modo de estante, donde colocaban las plumas, tinteros, leznas y demás instrumentos, y en lo alto de la tienda, una especie de desván, donde había un arca de madera antigua y unos paquetes de libros nuevos, de un librero de enfrente que lo utilizaba como suplemento de su almacén. Alrededor de la tienda un zócalo de estera de paja pintada. Eso es todo lo que constituye una tienda (*hánut*) de un moro que pasa su vida haciendo *exkaras*, es decir, bolsas de cuero, con bordados de algodón de colores, usadas por los indígenas.

Situada la tienda en la calle del *zoco de los zapatos*, continuación de la calle *Suïqa*, una de las principales de Rabat, y cerca de la Mezquita Mayor, era un magnífico lugar de observación de una parte del mundo musulmán, parte muy importante si se tiene en cuenta que el fin de la carrera de un moro, en general, es tener una tienda. Si es rico, en ella compra y vende, sobre todo, telas, que es lo más elegante; si es pobre, fabrica en ella babuchas, *exkaras*, etc. La tienda es el sitio donde se esparce el moro. En ella puede salirse un

poco del rigorismo de la casa, donde apenas si pueden entrar con libertad los amigos, sobre todo si se trata de casas de pobres o de la clase media, que son pequeñas. Y a las tiendas de los amigos acuden todos los moros que no tienen grandes ocupaciones o que viven de las pequeñas rentas de sus propiedades.

Y si todas las tiendas morunas son interesantes para el estudiante europeo, la de Sidi Mohámmed lo era, a mi juicio, más que ninguna, por la índole del dueño. Yo llegué a ser en ella un elemento indispensable, y mañana y tarde lo pasaba en la tiendecita, por la que desfilaban toda clase de tipos: los incondicionales de Mohámmed, que lo admiraban y lo consideraban, con razón, como un ser superior; sus discípulos, a quienes instruía en el arte de hacer amuletos; sus clientes, que no solían subir a la tienda y esperaban abajo sus recetas. Porque Mohámmed lo mismo hacía una *exkara*, que preparaba una receta contra el dolor de muelas, que daba un amuleto para que uno pueda hacer que una mujer lo quiera.

Y por aquella especie de oficina de magia iban desfilando tipos y más tipos, que me divertían extraordinariamente.

No puedo decir cuál era la pretensión concreta de los clientes, porque hablaban en voz baja y recatándose de la presencia del cristiano; pero sí podía observar que, apenas expuesto su asunto, Mohámmed se ponía a la obra. Una veces se trataba de *adivinar*: entonces cogía un trozo de papel blanco, hacía en él cuatro series de puntos, en cada serie un número correspondiente a una letra y reunidos los de los cuatro, se formaba el nombre, clave del amuleto misterioso para adivinar los pensamientos, lo que sucede y hasta lo futuro. Otras veces, era un enfermo que el *devoto* (valga la palabra) tenía en casa: otro trozo de papel, nombres, rayas, números y lo envolvía en otro papel, sobre el cual ponía otro nombre. «Pon un grano de sal en este doblez, échalo en agua caliente, colócalo en el sitio que le duele, etc.», tales eran las recomendaciones del maestro. De vez en cuando, era una

taza en la que se trazaban las rayas, nombres y letras misteriosas, y en la que se ha de poner el agua con tal o cual especia, que ha de devolver la salud, *inxa Allah* (si Dios quiere). Y había que ver la cara que ponía un *aarobi* (árabe del campo) cuando le adivinaban el pensamiento, o mejor, le echaban la buenaventura y el hombre veía que coincidía con sus pensamientos. ¡Con qué satisfacción soltaba sus dos reales vellón!

Porque, eso, sí, todo se cobraba, y las medicinas y artes mágicas debían ser para Mohámed una fuente de ingresos mayor que la de las *exkaras*.

En donde más parroquia tenía era en el *Mellah* (barrio judío), y pasaban por la tienda innumerables judíos y judías, que infaliblemente le preguntaban por qué no iba a su casa con un acento blanducho y arrastrado, inconfundible en la pronunciación judía.

Desde aquel magnífico observatorio veía yo la vida ordinaria de los moros en las tiendas, dedicados a observar el paso de la gente, a hacer chistes sobre cualquier cristiana, mora o judía transeunte, a presenciar y azuzar las disputas de los moros, a pinchar a un pobre negro loco, que por allí andaba suelto, para que hiciera tonterías, etc., etc. Eso, sin que los moros interrumpiesen su labor habitual, y procurando yo sacar el mayor provecho posible de aquellas largas sesiones y de aquellos sucios y repetidos vasos de té, obligado néctar inspirador de todos los actos imaginativos de un marroquí.

Tales eran el medio ambiente y el narrador de los cuentos que siguen (2). Claro es que esta pequeña colección está escogida entre los innumerables que el morito sabía y me contaba antes de que yo me decidiera a copiarlos. Sin que sea fácil clasificarlos, se pueden agrupar en cuentos de lo

(2) He de notar que los dos últimos los recogí de labios de otro moro, Mohámed Belhach, cartero del Correo español, menos despierto e inteligente que Mohámed el Marraqxi y más europeizado.

que ellos llaman *taharamiat* (picardías), de asunto en general satírico y picaresco (números 2, 4, 5, 6, 13, 14 y 15), en los que la imaginación popular saca a la plaza pública los defectos de los caídos, alcaldes y funcionarios oficiales de la nada moral administración marroquí de tiempos del Sultán.

Algunos, como el número 4, hasta se atribuyen a personajes que en la actualidad viven en la población, y tienen los indígenas muy buen cuidado de decir siempre al paso por la casa del cadí Bennani, que vive allí, que ha hecho éstas y las otras hazañas, que es un *afrit* (genio) y otras cosas que demuestran que el tiempo de gobierno del bravo cadí fué pródigo en inmoralidades de todas clases. Otros, como el número 5, son una maravillosa adaptación a la vida marroquí de cuentos populares en el oriente musulmán, y que, llevados de zoco en zoco y de fondaq en fondaq (éstas eran las fuentes donde Mohámed me decía que aprendía sus cuentos), han ido quedando fielmente en todas las literaturas derivadas del árabe, aunque modificados en cada región con arreglo a las costumbres de las personas que en los cuentos intervienen.

No han sido tan afortunados como estos cuentos de *taharamiat* los derivados de las *Mil y una noches*, que, naturalmente, han penetrado en todos los países de lengua árabe. Pero éstos (números 8, 10, 11 y 12) han perdido mucho en la serie de transmisiones por que han pasado hasta llegar a Marruecos, y la imaginación de los marroquíes no ha sabido desplegar las bellezas de las poéticas narraciones de viajes, aventuras, amores y pasiones que se encuentran en las *Mil y una noches*. Han conservado algo del elemento maravilloso, que aquí lo representan los temibles *chenún* (genios) en su vida subterránea, enemigos de ordinario de los hombres y que influyen de una manera fatal e ineludible en la vida de éstos; conservan una lánguida reminiscencia de las aventuras y viajes, sobre todo marítimos; algo recuerdan todavía de la figura y de los prudentes hechos del gran Harún Arraxid, convertido en Hanurrachi; pero la desmadejada narra-

ción, siempre con dejos supersticiosos, de las aventuras en que intervienen genios, lo mismo que los viajes, que siempre terminan en una ciudad cristiana, con un asunto de polémica religiosa, un amor de princesa cautiva y una superioridad inevitable de lo musulmán, no logran mantener la atención en la inmensa mayoría de los cuentos, que se resisten a la copia.

Más interesantes son los cuentos de carácter que pudiéramos llamar *caballeresco o heroico* (número 9). Representa este cuento la serie de los que se narran en los zocos en las grandes fiestas religiosas por los que hacen las veces de los juglares de nuestra Edad Media. Yo oí contar uno de éstos en la fiesta del *Axura*, en un zoco; pero no me hubiera sido posible copiarlo, ni menos cogerlo al oído, caso de que sus literalismos y arcaísmos no me lo hubieran hecho inasequible. Afortunadamente, mi amigo y maestro Mohámed sabía cuentos de esta clase, y pude escoger uno que me pareció más interesante. Casi todos ellos cantan las hazañas de Alí, yerno del Profeta y tronco mítico de todas las dinastías antiortodoxas del Islam, y, por ende, de la dinastía fatimi, que dominó en todo el norte de Africa. En medio de sus anacronismos, se ve siempre al propagandista religioso contra los cristianos; se nota que estos juglares van de zoco en zoco, de fiesta en fiesta, excitando a los musulmanes a defender la fe, poniéndoles por medio a Alí y complaciéndose en cantar sus victorias sobre los cristianos. Seguramente, antes del protectorado, éstos predicaban la guerra santa, como aun en Tánger lo he visto yo; pero creo que si en la actualidad sigue con estos temas, es más bien por efecto de la velocidad adquirida y por ignorancia de otros temas que puedan llamar la atención de los oyentes, que por convicción profunda. El moro que en Tánger excitaba a sus oyentes a engrosar la *harca* de Tetuán, donde los cristianos, según él, sufrían derrota tras derrota, no tuvo inconveniente en ponernos como modelo de virtudes, a quienes todos debían imitar, a dos españoles que le dimos unas perras... Por algo equivalente

al «vaso de bon vino» de nuestros juglares medievales, se movía aquel *feroz santón*, reclutador de harcas temeroso.

Dos cuentos están dedicados a dichos y hechos de Nuestro Señor Jesucristo (números 3 y 7). Se caracterizan por la resurrección de algún muerto, poder que en toda la literatura musulmana se reconoce siempre a Jesucristo. Los dos pertenecen a lo que los exégetas bíblicos llaman *agrafa*, y uno de ellos (el número 7) está contenido en la colección de *Logia et agrapha* que mi querido maestro don Miguel Asín (que en paz descanse) publicó (3). El otro es de una gran delicadeza y de una sencillez religiosa emocionante.

El número 1, de cierto carácter supersticioso, es popular también en España, donde se aplica a las brujas lo que en el moro a los genios, aunque no se nombran por el temor que inspira a todo marroquí nombrarlos tan siquiera.

Quiero llamar especialísimamente la atención sobre el cuento número 16, por contener el asunto de la novela de Cervantes *El celoso extremeño*, y estudiado especialmente por mí en otro lugar.

Tal es, en resumen, la colección de *Cuentos populares marroquíes* (4) que ofrezco a los lectores de la REVISTA DE DIALECTOLOGÍA Y TRADICIONES POPULARES. Creo que son materiales interesantes para los estudios folklóricos, y que los especialistas aprovecharán seguramente.

Réstame decir que la traducción del árabe vulgar está hecha fielmente, aunque procurando que resulte en correcto castellano. Alguna nota explica nombres o hechos de difícil inteligencia para el lector no especialista.

(3)° *Logia et Agrapha domini Iesu*, collegit, vertit, notis intruxit MICHAEL ASÍN PALACIOS («Patrologia Orientalis», Paris, Didot, tomo XIII, fasc. 3).

(4) Algunos de ellos aparecieron en la *Revista Hispano-Africana*, Madrid, 1922.

1.—HISTORIA DEL JOROBADO

En cierta ocasión había un hombre que tenía una joroba. Se levantó a media noche y le pareció que había amanecido, porque lo había despertado el *asno de la noche*, es decir, el diablo. Dijo entre sí: «Me iré al baño.» Salió de su casa, se marchó al baño, llegó y lo encontró abierto. Entró, se quitó sus babuchas junto al bañero, que estaba sentado en el banco (1), y bajó al fondo del baño. Encontró allí a varias personas: unos colgados de cuerdas, otros sentados en el suelo y otros cantando y diciendo: «Jueves, viernes y sábado.» El jorobado dijo:

—Aíczucz, manteca y nabos (2).

Los que estaban cantando en el baño dijeron entonces:

—¿Quién es el que ha dicho esta frase exacta, buena y con sentido? (3).

El jorobado se volvió y les replicó:

—He sido yo, el tío de la joroba.

—Ven junto a nosotros—le dijeron—, que te veamos y miremos si podemos hacer algo por tu estado.

Se adelantó hacia ellos y les dijo:

—Aquí estoy.

—Despójate de tus vestidos—le dijeron—para lavarte.

Quitóse sus vestidos, le trajeron agua y principiaron a lavarle la joroba. Siguiéron lavándosela y frotándosela hasta que desapareció. Y una vez que le hubo desaparecido la joroba, lo enviaron en paz y se marchó.

Cuando salió del baño vió que empezaba a aparecer la

(1) «Gulsa» es el sitio de espera y descanso donde aguardan al entrar y salir de los baños.

(2) Nótese la asonancia en árabe de las dos frases:

El jemís uechchemaa sessebt

Elkesksú, uezzebda uelleft.

(3) Es decir, que rima, que tiene asonancia.

luz, y se encontró con un su amigo que también tenía joroba. Este le dijo:

—¿Dónde está la joroba que tenías?

Y él le repitió lo sucedido, como habéis oído.

—Si quieres tú ir también, levántate esta noche.

—Bien—le contestó.

Este segundo jorobado se quedó despierto (aquella noche) y esperando la hora en que llegara la media noche. Apenas fué media noche se marchó al baño que le había dicho su amigo. Entró y encontró varias personas, unas a un lado y otras al otro lado. Las de un lado decían:

—Jueves, viernes y sábado.

Y las del otro lado contestaban:

—Alcuzcuz, manteca y nabos.

El jorobado dijo entonces:

—Y en ello queso.

—¿Quién ha sido el que ha dicho esta frase?—preguntaron todos.

—El tío de la joroba—contestó él.

—Ven acá—le dijeron.

Se acercó y les dijo:

—Aquí estoy.

Lo cogieron, le pusieron otra joroba junto a la que ya tenía y se marchó con dos jorobas (4).

2.—CUENTO DE CHEHA

Eran dos hombres, uno llamado *Libra* y el otro *Medialibra*. El llamado *Libra* era muy pícaro, y *Medialibra* era discípulo de *Libra*. Una vez dijo *Libra* a *Medialibra*:

—He oído que existe un hombre llamado Chehá, y ahora

(4) Publicado en *Archives Marocaines* con otra redacción. La misma idea, pero con redacción completamente distinta, se halla en un cuento popular aragonés publicado en la *Revista de Aragón* (1900, septiembre; número 9, pág. 285), con el título «El de las dos jorobas».

mismo quiero ir a pelearme con él, a ver quién vence a quién en picardías. Tú te quedarás aquí, y yo me voy a buscar dónde está Chehá.

Se quedó *Medialibra* y se marchó *Libra*. Salió por los pueblos y se fué buscando el pueblo de Chehá, hasta que, al fin, llegó a la puerta del pueblo. Encontró allí un hombre de pie junto a la pared y pegado a ella con fuerza. *Libra* preguntó a este hombre diciéndole:

—Señor, ¿has visto a Chehá?

—¿Para qué lo quieres?—le preguntó el otro.

—Mi nombre es *Libra*—le replicó—, y he venido a pelearme con él en picardías.

—Ahora mismo—le dijo el otro—estaba aquí sosteniendo conmigo la pared; si quieres, en seguida lo llamo. Ven, sostén la pared mientras que voy a llamarlo y lo traigo.

—Bien—dijo *Libra*.

—Ea, ven y sostén la pared.

Se acercó *Libra* y sostuvo la pared con fuerza para que no se cayera. Y el que estaba de pie en la pared era el mismo Chehá. Se entró (éste) por el pueblo, diciendo para su capote: «Has venido a pelearte conmigo y yo te he dejado en la puerta sosteniendo la pared, y yo me he marchado tranquilamente al pueblo.»

Libra se quedó sosteniendo la pared el día entero, y lo pasó con hambre; dijo entre sí: «Este que se marchó a buscar a Chehá no ha venido; quizá éste sea Chehá—pensó—. Me ha engañado primero que entrase en el pueblo. Ahora me volveré por mi camino.

Iba caminando al lado de los huertos del pueblo y se dijo: «Inventaré una argucia de picardías y me volveré; quizá lo engañe como él me ha engañado a mí.»

Descargó un morral que llevaba sobre la espalda, sacó de él un vestido de hombre rico, se lo puso; sacó un cinturón, robó tres cebollas grandes y comenzó a rodearse el cinturón a su vientre; conforme iba liando la vuelta primera y la segunda puso las cebollas sobre su vientre y lió por encima de

ellas el cinturón. Se puso un turbante grande y nuevo en su cabeza, colocó un guijarro en su bolsillo, sacó la chilaba fina y con una llave en la mano se volvió y entró en el pueblo, habiendo quedado su facha igual que la de un rico (1).

Se encontró con Chehá y se dijo: «Este es el que me ha engañado.»

Y Chehá se dijo a su vez: «Este es al que he engañado. Su vientre es abultado; acaso tenga rodeados algunos dineros.»

Sacó Chehá una lanceta, se adelantó hacia *Libra*, le golpeó y le pinchó con ella en el vientre; la sacó, la olió y notó que su olor era a cebolla.

Libra lo llamó y le dijo:

—¡Ven! ¿Por qué me has pinchado?

El otro le contestó:

—Tú has venido a pelearme conmigo; yo conocí a lo que venías y te he engañado en la puerta para que te marchases en paz; tú has vuelto a mí; yo te he probado que estabas rodeado de cebollas. Ahora, ¡Dios te bendiga! Ya he visto a lo que has venido.

Y Chehá se marchó y dejó en pie al otro, que decía para sus adentros: «Mira cuántas veces me ha engañado en un momento; ahora veo que Chehá es un gran pícaro y que no puedo con él» (2).

3.—LA RESUCITADA MUERTA

En tiempo de Nuestro Señor Jesucristo había un hombre casado con su mujer. Un día estaban los dos sentados y el hombre dijo a su compañera:

(1) Nótese la graciosa y gráfica caricatura que hace el narrador de un moro rico a la hora de paseo.

(2) Chehá es el tipo fabuloso en la literatura del norte de Africa, a quien se achacan todos los chistes. Cuentos a él atribuidos ha recogido, ordenado y publicado TOMÁS GARCÍA FIGUERAS: *Cuentos de Ichá* (Jerez de la Frontera, 1934), entre los cuales no veo citado el nuestro de Rabat.

—Es preciso que hagamos un pacto.

—¿Cuál?—dijo ella.

—El siguiente—contestó él—: si muero yo, tú no te casarás después, y si tú mueres, yo tampoco me casaré después en manera alguna (1).

Fueron días y vinieron días, los que Dios quiso (2). Un día la mujer murió. Su marido la amortajó, la enterró; al hombre no le quedó gusto para andar por el mundo ni le apetecía el comer y el beber. Y se dijo: «Me iré encima del sepulcro de mi mujer y allí viviré» (3).

Se marchó y vivió allí por espacio de cinco años, hasta el extremo que sus uñas crecieron un palmo, el cabello de su cabeza le caía hasta los pies, le salió pelo en el pecho y le creció pelo en todo el lugar en que debía tenerlo.

Un día he aquí que Nuestro Señor Jesucristo pasó por el cementerio, vió a este hombre y dijo:

—¡Oh, hombre! ¿Qué tienes que estás sentado y pensativo?

—¡Oh, Nuestro Señor Jesús!—le contestó—. Yo estaba casado con una mujer. Una vez hicimos un pacto entre nosotros: dijimos que si moría alguno de los dos el otro no se volvería a casar. Un día ella se murió, yo la enterré y vine a vivir sobre su tumba.

Nuestro Señor Jesús le dijo:

—Aun te quedan de vida tres meses. Ahora, si quieres partírtelos con ella, en seguida la resucitaré.

—Está bien, Nuestro Señor Jesús.

Y éste bajó al mar (4), se lavó en el agua, subió, llegó al sepulcro, encima del cual estaba el hombre, y díjole:

(1) Traduzco «en manera alguna» la voz «gaa», que se emplea en Rabat para hacer la negación más rotunda.

(2) «Mazala» será «ma xa Allah». El moro me lo explicó diciendo: «iiam ketsira diallah», días grandes de Dios.

(3) Literal: «me sentaré». En Rabat tiene el sentido de vivir, «pasar la vida».

(4) En Rabat la playa está al fin de una ladera donde hay un cementerio.

—Apártate y déjame que hable con ella.

Y Nuestro Señor Jesús pidió a Dios que ella resucitase ; gritó a la mujer y ella le contestó :

—¡Presente, oh Nuestro Señor Jesús!

Y subió a la sepultura.

Una vez que ella hubo subido Nuestro Señor Jesús se marchó, quedándose el hombre y la mujer sentados allí. Al hombre en seguida le vino el sueño sobre el halda de su mujer, y he aquí que pasó el Sultán de la ciudad y vió a esta mujer sentada y con el hombre en su halda durmiendo. El Sultán se enamoró de ella ; se dirigió adonde estaba y le dijo :

—Vente conmigo a mi casa. Yo soy el Sultán de la ciudad y tú serás la sultana de las mujeres.

Cuando le dijo esto, también ella se enamoró de él, y le contestó :

—Está bien.

Trajo una piedra, colocó la cabeza del marido sobre ella y se marchó con el Sultán. Y éste la llevó a su casa y le dió muchos vestidos.

El hombre se despertó y se encontró que había estado durmiendo sobre una piedra. Y se dijo : «¿Dónde se ha marchado esta mujer?»

Y se levantó para buscarla y para preguntar a la gente, diciéndoles :

—Queridos, ¿habéis visto a una mujer?

Hasta que uno le contestó :

—Hemos visto una mujer que pasaba con el Sultán.

El se marchó a casa del Sultán y le dijo :

—Dame mi mujer que me has quitado.

—Yo no tengo mujer—le contestó—ni te he quitado ninguna mujer.

Y el hombre dijo :

—Me quejaré de ti a Nuestro Señor Jesús.

Se marchó el hombre a buscar al Señor y el Sultán lo seguía. Llegaron a la presencia de Jesús y el hombre le dijo :

—La mujer que me has resucitado se me la ha llevado éste, y cuando le he dicho: «Dame mi mujer», me ha respondido que no tiene mujer alguna.

Y Nuestro Señor Jesús le dijo al Sultán:

—Dale a éste su mujer.

—¡Oh Nuestro Señor Jesús! —le respondió—. Yo no tengo la mujer, y si él te dice que yo la tengo, venid conmigo a casa y os sacaré todas las mujeres que tengo en ella.

Se marcharon con él, llegaron a la casa, les sacó todas las mujeres y el hombre vió a su mujer en medio de ellas y dijo:

—¡Oh Nuestro Señor Jesús! Esta es mi mujer.

Y la mujer le respondió:

—Yo no soy tu mujer. El Sultán me tomó cuando todavía era pequeña.

Y Nuestro Señor Jesús les dijo:

—Si ésta es tu mujer, vamos a medirla con la sepultura: si ella es igual de larga que la sepultura, ésta es tu mujer, y si no es igual que la sepultura, no es tu mujer.

Se marcharon, llegaron a la sepultura y se adelantó la mujer para medirse. Nuestro Señor Jesús pidió a Dios que muriese, como antes había estado muerta, y su lugar se volvió como era (5).

4.—EL CADI Y EL XERIF

Este era un cadí. Un día estaba juzgando y se le juntó un hombre que empezó a quejársele y a decirle:

—Señor, yo soy un xerif Alauí, que ha venido a pedir a Dios y a ti en la puerta de de tu casa; dame algún dinero,

(5) En bastantes pasajes de la literatura musulmana en que interviene Jesucristo se le atribuye la recurrección de un muerto.

porque tengo mis hijos y mi mujer ya tres días con hambre todos.

—¿No tienes ningún oficio?—le dijo el cadí.

—No, señor—le contestó—. No sé oficio ni sé nada...

—Toma tres mizcales—le dijo el cadí—para que los cambies ahora; que comas y bebas con tus hijos. A la tarde (1) ven aquí que yo te enseñaré un oficio.

—Está bien, señor—le contestó.

Y cogió los dineros, se marchó a comparar pan, manteca, aceite y carne, y se fué a su casa. Entró junto a su mujer, llamó a sus hijos, les dió de comer y de beber y entregó a su mujer la carne para que la preparase.

—¿De dónde ha venido esto?—le dijo ella.

—De parte de Dios—le contestó—. He estado en casa del cadí.

Y le contó todo lo que había sucedido.

Se estuvo en su casa hasta el tiempo que el cadí le dijo. Se marchó a su casa, llamó a la puerta y salió una criada, que le dijo:

—¿Quién?

—El xerif ha venido—le respondió—. Díselo a tu señor.

Fué ella a su señor, se lo dijo así; salió a él entonces el cadí, abrió la puerta de la casa y le dijo:

—¡Adelante, oh xerif, bien venido!

Entraron los dos; subieron a la *algorfa*, llamó el cadí a la criada para que les trajesen de comer y beber. Así lo hizo ella y los dos se sentaron, comieron y bebieron, y así estuvieron hasta la media noche. Tomó el cadí una llave, abrió un cofre, sacó de él dos chilabas pequeñas, dos zaragüelles y dos cuerdas con nudos. Y el cadí dijo al otro:

—Este es mi oficio, y todo lo que yo haga, hazlo tú también. Quítate tus vestidos—le dijo— y ponte esta chilaba.

La chilaba le llegaba al ombligo.

—Súbete los zaragüelles—le dijo.

(1) «Aaxá»: hora de las siete de la tarde, después del Mogreb.

Se los puso y le llegaban a los muslos. Y lo mismo estaba también el cadí. Le puso unas babuchas de pieles (2) y le dió una cuerda con dos nudos, quedándose el cadí con la otra.

Subieron los dos a la azotea y marcharon de azotea en azotea hasta que llegaron al barrio judío (*Mellah*). En éste encontraron una casa en la que había boda, y vieron que los judíos se habían emborrachado. El cadí se volvió al xerif, que estaba con él, y le dijo:

—Mira estos judíos, que se han emborrachado; cuando se caigan mareados bajaremos a ellos.

Siguieron sentados encima de la azotea y los judíos se emborracharon, se marearon, cayeron y se durmieron. El cadí dijo entonces al xerif:

—¡Hala, bajemos!

Bajaron, fueron al cuarto en que estaban los judíos y cogieron sus bolsas llenas de dinero; entraron en la habitación en que estaban las mujeres y cogieron todas las joyas de ellas: pulseras, pendientes de oro, vestidos de las mujeres, todos de oro; los reunieron, los cogieron y se volvieron por el camino que habían traído.

Siguieron marchando hasta casa del cadí, entraron al mismo sitio donde habían estado la primera vez, se quitaron los vestidos que llevaban puestos y se pusieron los que primeramente llevaban. El cadí partió todo lo que había traído, le dió la mitad al xerif Alauí y la otra mitad se la guardó él. Y le dijo:

—Mira cómo comes y cómo bebes; come con tiento y bebe con tiento (3).

Le dió todo aquello y el xerif Alauí se marchó a su casa.

Al día siguiente se fué al mercado del trigo y compró

(2) «Hedora»: piel sin curtir, con la lana todavía.

(3) «Behakim»: con tiento, para que la gente no se dé cuenta del rápido cambio.

todo el trigo que había allí, y lo envió a su casa; pasó por el mercado del aceite y compró gran cantidad; compró mucha manteca y mucho carbón y compró carne, y se marchó a su casa.

Los judíos amanecieron aquel día robados. Subieron a casa del caíd y le dijeron:

—¡Señor, nosotros hemos amanecido robados y no sabemos quién nos robó!

El caíd envió sus soldados a que recorrieran los zocos preguntando quién había vendido o comprado en gran cantidad.

Los soldados fueron al mercado y preguntaron, y los dueños del mercado le dijeron que el xerif Alauí había sido quien se llevó el trigo que allí había. Lo mismo atestiguaron los del mercado del carbón, del aceite y los demás. Marcharon los soldados a buscar al xerif Alauí, lo trajeron y le hicieron subir ante el caíd. Este le dijo:

—¿Has robado a estos judíos?

—No he robado nada—respondió—ni he visto nada.

Dijo el caíd a los soldados:

—¡Sacadlo! Que le den una paliza.

Se la dieron hasta que se le cortó el habla. Y después lo mandaron a la cárcel.

A un amigo del cadí le llegó la noticia, y se fué al cadí y le dijo:

—El caíd ha hecho una injusticia a un xerif Alauí.

—Vete—le dijo el cadí—a este hombre que está en la cárcel, dale estos dineros y dile: «El que espera hoy, mañana amanecerá tranquilo.»

Al día siguiente el caíd envió por el xerif Alauí para que viniera. Fueron los soldados a la cárcel, lo trajeron; lo cogieron, le dieron una paliza y lo volvieron a llevar a la cárcel. Otra vez llegó al cadí la noticia de que le habían dado

otra paliza (4), y le envió unos dineros diciéndole: «El que espera hoy, mañana amanecerá tranquilo.» Pasó el día en la cárcel el xerif Alauí muy disgustado, y cuando el cadí le mandó a decir: «El que hoy espera, mañana amanecerá tranquilo», le molestó la paliza, y dijo al soldado que le había traído los dineros:

—Ve y dile al cadí: «Yo me he llevado una paliza y estoy fastidiado; tú estás sentado tranquilo. Si me vuelven a sacar para darme otra paliza, yo diré que el cadí y yo somos los ladrones. Mira, pues, lo que haces para que me suelten.»

Se marchó el soldado y se lo dijo al juez exactamente como lo había oído. Una vez que el soldado se fué, el cadí entró en su casa y se sentó pensativo. Su hija le dijo:

—¿Qué te pasa, padre, que estás meditabundo?

El le contó a su hija lo sucedido, y ella le respondió:

—¿Y nada más? Yo te libraré de este asunto. Sácame—le dijo—lo que habéis robado.

Su padre lo sacó; ella cogió de allí una pulsera, se la puso en la mano y cogió dos pendientes; se estuvo sentada hasta media noche y se puso muchos vestidos hasta que pareció más pequeña, se pintó su rostro, se vistió su jaique y salió.

El vigilante (5) vió una mujer que pasaba y dijo para sus adentros: «Esta es una mujer hetaira, que ha estado pasando la noche con alguno y sale a estas horas; ahora la cogeré y la llevaré a dormir conmigo.»

Se acercó, la cogió y la dijo:

—¿Dónde se va?

—Señor—le contestó ella—, he estado pasando la noche en un sitio, y quiero ir a otra parte para hacer un recado.

El vigilante le dijo:

(4) Literalmente, «Kla el aasá»: «comió la paliza». Expresión familiar muy corriente.

(5) «Mul eddoor»: sereno que vigila por las noches en las ciudades, dando vueltas por las calles.

—¿Te vienes a pasar la noche conmigo? Si no quieres venirte conmigo, te llevaré a la cárcel.

—¡No, no, señor!—le dijo—. Haré ese recado y volveré contigo.

—¿Y si huyes y no vuelves?—replicó el vigilante—. Dame alguna prenda.

Y la chica sacó la pulsera de su mano y los pendientes, y se los dió al vigilante, diciéndole:

—Toma: esto es mi prenda hasta que vuelva.

Los tomó, y ella se marchó a su casa, y dijo a su padre:

—Ya te he cumplido el encargo.

Y le contó tal como había sucedido (6).

El vigilante se marchó a su camino, se cansó de esperarla y ella no volvió. A la mañana siguiente sacó la pulsera para venderla y los judíos la vieron en manos del pregonero (7), y siguieron aumentando su precio hasta que se quedaron con ella. Vino el dueño a cobrar, y ellos lo cogieron y le llevaron al caíd, diciéndole:

—Este es el que nos ha robado, y ved las cosas que le hemos encontrado.

Al cadí le llegó la noticia de que habían cogido al vigilante con las cosas procedentes del robo, y envió a su amigo el xerif Alauí, que estaba en la cárcel, y le dijo:

—Que venda su paliza por lo que quiera.

Y el cadí montó en su mula y subió a casa del caíd. Este vió al juez que venía y le salió al encuentro. Bajó de lo alto de su mula, se saludaron mutuamente (8).

—¡Muy bien! ¿Y a qué has venido?

—He oído—le contestó—que has cometido una injusticia

(6) «Temá fia»: tuvo pasión por mí.

(7) Sabido es el sistema de venta por almoneda en las ciudades moras, y que el pregonero es llamado *del-lal*.

(8) «Taihodru baadiathum»: se saludaron, se dijeron la serie inacabable de preguntas, «la bas?», «ala jer?», que se dicen todos los moros al encontrarse.

con un xerif, y de ella responderás ante Dios el día de tu muerte; ahora envía por él y cómprale la paliza que le has dado; acaso él te perdone.

Envió a los soldados, trajeron al xerif y lo entraron en casa del caíd. El juez habló con el xerif, y le dijo:

—¿Qué tal has quedado? ¿Qué tal la paliza que llevaste?

—¡Señor!—le contestó—. Me duele mucho; cuando llegue el día del juicio ajustaremos cuentas ante Dios.

—No, no, querido—dijo el cadí—Ahora, ¿por cuánto vendes estos golpes? (9).

—¡Señor, cómpralos tú por mí!—le replicó.

—Te dará—dijo el cadí—medio duro por cada golpe.

—Señor—le replicó—, no se lo venderé sino por un duro, y si no quiere dármele, le daré una paliza como él me la dió a mí.

El cadí dijo entonces al caíd:

—Saca los dineros y págale.

El caíd sacó los dineros y pagó al xerif Alauí completamente. El cadí llamó a los *adules* para que vinieran a dar testimonio de que el xerif Alauí perdonaba al caíd por la paliza que le había dado. Y se separaron todos, yéndose cada cual por su camino.

Desde entonces la gente empezó a cantar al pícaro cadí (10), diciendo:

(9) La indemnización que existe entre los parroquies como consecuencia de la ley del talión.

(10) Según me dijo el narrador, el cadí protagonista de este cuento era persona real y vivía en Rabat en el tiempo de la narración (1914). Se refiere al Hach Si Ahmed Bennani, que vivió en la calle de *zauia Nasaria*, número 10. Hace mucho tiempo que fué cadí. Está divorciado dos veces y casado por tercera vez. Es hombre ya viejo y *afrit*, es decir, poderoso, de genio y de valor; no hay quien le iguale en la ciudad, y temían contar estas cosas.

También es persona real el xerif Alauí, que ya no vivía en el tiempo de la narración.

¡ Oh tú, el cadí; oh Bennami! ¡ Ili, ili, ili!
 ¡ El cadí, amigo de Alú! (11) ¡ Ili, ili!
 ¡ Oh, el cadí! Mira la calabaza bajo su alfombra (12).
 ¡ Oh tu, el cadí culón! (13) El que juzga debajo de la higue-
 ¡ Oh, cadí! ¡ Oh, tío de la toalla! ra (14), ili, ili.
 El que juzga a los hombres, ¡ ili, ili, ili!
 Mira al cadí por las calles,
 que no hace más que vagabundear, ¡ ili, ili, ili!
 Mira el ramo de rosas y azahar,
 y aleli amarillo, ¡ ili, ili, ili!
 Mi culpa en... Sucédale lo que a mí (15).

5.—HISTORIA DE UN VIEJO CADI

Este era un hombre que compró unos pichones, los desplumó, abrió su buche y les quitó los intestinos (dejando dentro el hígado), los lavó siete veces, trajo una olla y los puso en ella, atados los dos juntos, y puso también en ella miel, pasas, cebolla, canela, manteca rancia, aceite, pimienta, azafrán y un poco de sal; le echó como una bocanada de agua, tapó la olla con un papel y la llevó a un hornero, a quien dijo:

—Toma, maestro, esta olla. Cuécemela; aquí tienes tu sueldo.

Cogió el hornero de sus manos la olla y el dinero, y puso la olla al horno para que se cociera, diciendo a su dueño:

(11) «Allu» es el nombre de una amiga de Bennani; vivía prostituida en Casablanca.

(12) Sabida es la costumbre de los musulmanes piadosos de ir siempre con la alfombrilla en que hacen la oración («lebdas») debajo del brazo; Bennani lleva debajo una calabaza con vino, aludiendo así a su carácter disipado bajo apariencias de religiosidad.

(13) Esa es la traducción de la voz familiar «Buterma».

(14) Alusión a un episodio escabroso de la vida de Bennani.

(15) El último verso no es de la composición; es el verso final de otra clásica en Marruecos. La aplican al fin de todas las canciones poéticas.

—A la tarde, ven por ella.

—Muy bien—dijo el otro, y se marchó.

Momentos después pasó el cadí por delante del horno, sintió el olor de los pichones, y dijo al que lo acompañaba:

—¿No sabes dónde se cuece esta comida?

—¡Señor!—le contestó—. Del horno sale este olorcillo.

—Anda al hornero y que te dé lo que está cociendo..

Se fué hacia él y le dijo:

—El cadí te ordena que me des la olla que se está cociendo.

—No puede ser—le contestó—; tiene su dueño.

Se volvió y se lo dijo así al cadí, y éste, en persona se dirigió hacia el hornero y le dijo:

—¿Por qué no quieres darme la olla?

—¡Señor, tiene su dueño!—le contestó.

—Dámela—le dijo—, y si viene su dueño y se querella ante el caíd, queréllate tú ante el cadí y ven a mí, que yo te salvaré.

Se conformó el hornero, le dió la olla, el cadí la cogió y se marchó.

Poco después vino el dueño de la olla, y pidióla al hornero.

—¿Qué olla?—dijo el hornero—. Yo no tengo ninguna olla tuya.

El dueño de la olla quiso querellarse ante el caíd, pero el hornero le dijo:

—Ven conmigo ante el cadí.

El de la olla aceptó.

Empezaron a andar y conforme iban por el camino se encontraron a un arriero que venía, con una bestia que se le había caído en la calle, y que necesitaba alguien que le ayudase a levantarla.

El arriero llamó al hornero y le dijo:

—¡Señor! Ven y ayúdame a levantar esta bestia. ¡Dios te bendiga!

El hornero se adelantó a ayudarle, cogió la bestia por la cola y empezó a estirar con tanta fuerza que la cola se cortó y se le quedó entre las manos. Empezó a pelearse con el arriero, y éste se querelló también ante el cadí.

Conforme iban gritando por la calle en su pelea, se cruzaron con cuatro hombres que llevaban a su abuelo en una espuerta.

El hornero, en uno de sus manoteos, dió un puñetazo a este hombre viejo que iba en la espuerta, y lo mató. Sus nietos se querellaron también del hornero ante el cadí.

Llegaron todos a la puerta de la casa del cadí, y esperaron a que saliera; un judío, que pasaba, se acercó a ver por qué era la pelea, y el hornero que seguía manoteando furiosamente, le sacó un ojo.

Salíó, por fin, el cadí, y empezó a administrar justicia.

Pasó el hornero con el dueño de la olla. A éste le preguntó el cadí:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué pides justicia contra este hornero?

—¡Señor!—le respondió—. He preparado una olla, se la he llevado a éste para que me la cueza, he vuelto por ella y no me la da.

—¿Dónde está la olla?—preguntó el cadí al hornero.

—¡Señor!—le contestó—. Yo estaba cociéndola y he visto que las palomas volaban desde su interior; han levantado la olla y la han estampado contra el suelo.

—¡Alabado sea Dios el grande!—exclamó el cadí—. Aca-so las haya querido el Señor, y las ha resucitado, pues dice en el Corán: «Alabado sea quien resucita...» Márchate, que nada tienes que reclamarle.

El de la olla se marchó pensativo, y el cadí siguió administrando justicia.

Pasó el arriero y le preguntó:

—Di. ¿Qué te pasa?

—¡Señor!—le contestó—. Se me ha caído una bestia, vino a ayudarme a levantarla este hornero y le cortó la cola.

Y el cadí falló el caso diciendo al arriero :

—Dale la bestia al hornero, que trabaje con ella y la alimente, y el día en que le crezca la cola, que te la devuelva.

—¡No, no, señor!—le contestó—. Déjame mi bestia ; lo perdono.

Tocó el turno a los nietos que llevaban a su abuelo, a quienes el cadí preguntó :

—Decid. ¿Qué os pasa ?

—¡Señor!—le dijeron—. Nosotros íbamos llevando a nuestro abuelo, y este hombre venía gritando y manoteando ; le dió un golpe, cayó y murió.

Les dijo el cadí :

—Llevaos al hornero, dadle de comer y de beber, casadlo ; que tenga hijos, sus hijos los tendrán a su vez y él se volverá tan viejo como este hombre que murió. Cuando se haya vuelto como él, matadlo también vosotros.

Y respondieron :

—¿Para qué nos vamos a tomar esta molestia y a gastar dinero con él? Que Dios lo perdone, pues, como nosotros lo perdonamos.

Pasó, por fin, el judío ante el cadí, y éste le preguntó :

—¿Qué te pasa? Di.

—¡Señor!—dijo el judío—. Yo estaba de pie, viendo la pelea, y este musulmán me sacó un ojo.

Le contestó el cadí :

—Dos judíos valen por un musulmán ; por tanto, si le dejas que te saque el otro ojo, tú tendrás derecho a sacarle a él uno.

Y el judío contestó, mientras salía rápidamente :

—Lo he perdonado, lo he perdonado.

Terminaron todos los juicios, se marchó la gente y sólo quedaron el cadí y el hornero. Aquél dijo a éste :

—¿Cuántos querellantes me has traído? Ya ves que te he librado, y ahora, ¡Dios te ampare!

Volviendo el cuento al de la olla..., dijo para sus adentros: «El cadí me ha engañado, y es preciso que yo lo engañe, como él me engañó.»

Fué al zoco y compró un carnero; lo llevó a su tienda y lo estuvo cebando. Cuando llegó la fiesta grande, unos diez días antes, se fué a ver a un comerciante en una tienda y le dijo:

—Tengo un carnero superior y quiero venderlo; si quieres ven y lo verás.

—Muy bien—le dijo.

Se fueron a la tienda del primero, le enseñó el carnero, lo vió, le gustó y se le compró por diez duros. El comerciante le pagó y quiso llevárselo, pero el de la olla le dijo:

—¿Para qué te lo vas a llevar y te vas a molestar con él? Déjalo aquí hasta el día de la fiesta; entonces vienes y le lo llevas.

Esta misma operación hizo el de la olla con un segundo, con un tercero, con un cuarto; hasta con diez personas.

La víspera de la fiesta llevó el carnero ante el cadí y le dijo:

—Ven, mira este carnero.

Se acercó el cadí, lo tocó en el lomo para ver si estaba gordo y le dijo:

—¡Superior! ¡Número uno!

Y el de la olla le dijo entonces:

—Este carnero lo he vendido diez veces. Ahora, si viene la gente a querellarse de mí ante ti, enséñame una palabra para que yo no les dé ni el carnero ni los dineros y se marchen; tú te quedas con el carnero y los dineros me los guardo yo.

—Al que vaya a tu casa—le dijo el cadí—dile: «¡Baa!», y cuando se querellen contra ti ven y dime a mí también: «¡Baa!», y no hables ni pronuncies más palabra, sino solamente di: «¡Baa! ¡Baa!»

Se marchó el de la olla, se llevó el carnero, lo ocultó y pasó la noche durmiendo. Al día siguiente amaneció el día

de fiesta, y salió y se sentó a la puerta de su casa. La gente empezó a venir por el carnero. Vino el primero, y le dijo:

—Dame el carnero.

—¡Baa!—le contestó.

Vinieron el segundo, el tercero y hasta los diez, y todos le decían: «¿Dónde está el carnero?», y a todos daba por única contestación: «¡Baa! ¡Baa!»

Viendo esto lo cogieron y lo llevaron ante el cadí; llamaron a su puerta, salió y le dijeron:

—¡Señor! Este hombre nos vendió un carnero; somos diez, cada uno se lo pagamos y cuando hemos venido por él sólo nos contesta: «¡Baa! ¡Baa!»

El cadí dijo entonces al de la olla:

—¿Dónde está el carnero que has vendido a esta gente? ¿Tú les has vendido un carnero y has cobrado el precio de diez?

—¡Baa!—le contestó.

El cadí repitió su pregunta y otra vez y otras tantas el de la olla le contestaba: «¡Baa! ¡Baa!» Y viendo que no hablaba otra cosa les dijo:

—Este hombre está loco, y los locos ni venden ni compran. Marchaos, pues, en paz y felices Pascuas.

Después que se marcharon el cadí dijo al de la olla:

—Ya has visto que te he librado de ellos y te he tranquilizado. ¿Dónde, pues, está el carnero?

—¡Baa!—le contestó.

Siguió el cadí hablando con él y el otro no decía sino «¡Baa! ¡Baa!»

Hasta que una vez habló y le dijo:

—¿Te acuerdas del día en que me engañaste con la olla? Pues ahora yo te he engañado a ti. Me voy a degollar el carnero, y tú, ¡por Dios que no has de comer de él ni siquiera una tajada!

Y se marchó (1).

(1) Con el título *El cadí de Emesa* publicó M. R. BASSET un cuento

6.—CUENTO DEL BODEGONERO

Este era un hombre forastero que llegó a Rabat y no tenía un cuarto. Empezó a trabajar en el *moquef* (1), logró ganar unos tres duros y se dijo: «Alquilaré una tienda y empezaré a vender en ella *keftsa*» (2).

Tomó la tienda y la arregló; compró carne al carnicero y la picó *keftsa*. Una vez que la hubo picado *keftsa* trajo los alambres, puso en ellos la *keftsa*, empezó a asarla y el humo subía.

Vino un hombre que traía un pan, se sentó a la puerta de la tienda, comenzó a cortar trozos de pan, untaba con él el humo y se lo comía, hasta que se le acabó el pan. Cuando el pan se le hubo terminado le dijo el bodegonero:

—Dame el sueldo.

—Yo no he comido carne—le contestó—; sólo he comido el humo que subía al cielo.

—Págame—le replicó—, y si no me pagas me querellaré de ti.

No quiso pagarle, y se le querelló ante el caíd.

Marcharon al caíd, llegaron a él y dijo el maestro bodegonero al caíd:

—Señor, yo vendo *keftsa* y la aso; este hombre ha veni-

parecido en la «Revue des Traditions Populaires». Al marroquí le falta un episodio obsceno que aquél tiene y, en cambio, añade el último episodio.

Es cuento popular en Asturias, Caso. Véase LLANO DE AMPUDIA: *Bellezas de Asturias*, Oviedo, 1928, pág. 313.

(1) «*Móquef*»: un lugar donde van los forasteros y esperan para que los llamen a trabajar; el que allí espera es jornalero (*taleb maazu*). (Traduzco la explicación que el moro me dió.)

(2) «*Keftsa*»: «Masa formada de carne muy picada revuelta con especias. La comen asada. Envuelven con la masa unas varillas de hierro, a las que se queda adherida cierta cantidad de ella, y en esta disposición las colocan sobre el fuego hasta que está a punto. La venta se hace en unos establecimientos especie de figones, adonde acude el público a comerla.» (M. ALARCÓN: *Textos árabes de Larache*, Madrid, 1913, pág. 183.)

do, ha traído con él un pan, ha empezado a untarlo con humo y a comérselo, hasta que lo ha terminado. Se ha levantado tranquilamente y no me ha pagado, y cuando le he dicho: «Págame», me ha contestado que no me pagará.

Y el caíd dijo al dueño del pan:

—¿Tienes algún dinero?

—Sí—le respondió.

—Dame—le dijo—un par de duros.

Se los dió y el caíd los sonó, y dijo al bodegonero:

—¿Has oído el sonido de ellos?

—Sí—le contestó.

—Esta es tu paga—le replicó—. Así como él comió el humo, así tú también has oído el sonido de los dineros (3).

Y la paz.

7.—CUENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUS

Había un hombre en los días de Dios que pasaba por un cementerio situado muy lejos de la ciudad, y se encontró tres montones de duros. Fué a cogerlos y he aquí que pasaron otros dos hombres y le dijeron:

—¿Tú te has encontrado ese dinero?

—Sí—les respondió.

—Pártelo con nosotros—le replicaron—; tú tomas un montón y nosotros dos los restantes.

(3) Es el mismo asunto de un cuento de *El Sobremesa*, de Timoneda, titulado «A buen capellán, mejor sacristán». (Cf. J. HURTADO y A. GONZÁLEZ PALENCIA: *Historia de la Literatura Española*, Madrid, 1921, pág. 424.)

Lo he estudiado en comparación con otros cuentos occidentales y orientales en el artículo *Con la ilusión basta*, «Boletín de la Real Academia de la Historia», 1932, vol. C, págs. 766-779. Extr. de 20 págs., 4.º Este artículo está reproducido en *Historias y leyendas*, primer vol., de mis «Estudios Literarios», Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942, págs. 145-160.

Temió de ellos que lo matasen y les contestó :

—Está bien.

—¿Quién entrará en la ciudad para comprarnos provisiones?—dijeron ellos.

Y enviaron a aquel hombre para comprárselas. Cogió el dinero y fué. Entró en la ciudad, compró tres panes y en cada uno de ellos puso manteca.

Y dijo entre sí: «Yo he encontrado el dinero y esta gente quiere partirlo conmigo. Ahora compraré veneno y lo pondré en el pan.»

Conforme lo pensó lo compró y lo puso en los dos panes de ellos ; en el suyo no puso nada.

Cuando él se había marchado, los otros dijeron también :

—¿Este hombre va a partir con nosotros? Ahora si viene lo mataremos.

Poco después volvía. Dejaronlo hasta que llegó a ellos y les dió los panes ; lo cogieron, le apretaron por el cuello y lo mataron.

Y se dijeron :

—Ahora nos comeremos los panes.

Los cogieron y empezaron a comer de aquellos en los cuales había veneno. Comieron el primero, y al segundo se murieron.

Y he aquí que Nuestro Señor Jesús pasó por el cementerio, y encontró tres hombres muertos al lado de tres montones de duros. Y dijo :

—El que lo quiso todo, lo deja todo. Este dinero es el mundo, y el mundo es semejante a un perro, y a los que lo siguen sin regla he aquí lo que les sucede.

Nuestro Señor Jesús los resucitó y cuando hubieron vuelto a la vida, les preguntó por lo sucedido. Ellos se lo contaron como fué, y le pidieron que los dejase vivos en el mundo. Quedaron vivos ; partió entre ellos los dineros y se mar-

charon (1). Les preguntó qué Religión seguirían, y ellos le respondieron:

—Seremos cristianos, pero necesitamos—le dijeron—quien nos enseñe las cosas de la Religión cristiana.

—Id—les dijo—a un convento de frailes, donde sea.

Y les dió una cosa como señal, diciéndoles:

—Enseñad esto al fraile, y él os enseñará las cosas de la Religión.

Siguiendo este consejo, se marcharon al fraile, y lo encontraron que ya los esperaba, y les dijo:

—Ahora mismo ha estado conmigo el Mesías, y me ha dicho que veníais a mí para que os enseñase la Religión de los cristianos. Y he alabado al Mesías, que ha empezado a enviarme gente como vosotros.

Y se volvieron cristianos.

Esto es lo que hay de las cosas de Nuestro Señor Jesús.

8.—TODO ES POR LA MUJER

Esto era lo que era (y Dios está en todas partes)...

Este era un Sultán que estaba un día con su mujer en la azotea distrayéndose, y vió un hombre que pasaba con un haz de leña cargado a la espalda.

Y el Sultán dijo a su mujer:

—Mira este pobre hombre, que viene fastidiado con esta lluvia y con este viento.

Y su mujer le contestó:

—Todo es por la mujer.

—¿Por qué es todo por la mujer?—dijo el Sultán.

—La mujer, si quiere al hombre, le dará un consejo bueno.

(1) Sospechò que el resto del relato lo inventara el narrador. Cf. *Logia et Agrapha domini Iesu*, collegit, vertit, notis instruxit, MICHAEL ASÍN PALACIOS («Patrologia Orientalis», París, Didot, tomo XIII, fasc. 3, pág. 384). donde se ve un relato semejante.

—Si todo es, pues, por la mujer—la dijo—, tú serás la que te cases con el leñador, para que le des buenos consejos y le enseñes lo que ha de hacer.

Llamó a los siervos, el Sultán; le contestaron: «¡Presentes, señor!», y les dijo:

—Ved; llamad al hombre que lleva el haz de leña.

Se fueron los siervos, lo llamaron y lo trajeron. Le hicieron llegar hasta el Sultán, y éste preguntó al hombre leñador, diciéndole:

—¿Estás casado?

—Sí—contestó.

—¿Tienes hijos?

—Sí—contestó.

—¿Cuántos tienes?

—Tengo cuatro niñas y dos niños pequeños.

—¿Y te casarías otra vez?

—¡Señor!—le contestó—. ¿No puedo con la mujer que tengo y voy a aumentar otra?

—Aquella—le dijo el Sultán—te la alimenta Dios, y ésta también Dios te la alimentará. Quiero, pues, que la tomes en matrimonio.

—¡Señor!—le replicó—. Si tú quieres que la tome, la tomaré.

Llamó entonces el Sultán a los notarios; se la dió; escribieron la escritura y se la entregaron al leñador. Y éste cogió la escritura y la mujer, y se volvió por su camino.

Cargó el haz a sus costillas; cogió a la mujer de la mano y se marchó a su casa. Cuando llegó a la casa hizo entrar a la mujer segunda. Y le dijo su mujer primera:

—¿Qué es esto que traes contigo?

Y le repitió toda la historia como había sucedido.

Salió a vender el haz; lo vendió por cuatro perras, y se marchó a comprar comida. Comenzaron a guisarlos sus hijos para comer, y la mujer forastera que le había dado el Sultán vió con sus propios ojos a los hijos del leñador que guisan la comida y se la comían antes de que se cociese; y su

padre y su madre y la mujer forastera se quedaron con hambre. Al día siguiente el se marchó a hacer leña, y la mujer forastera le dijo:

—Cuando vayas al monte y te vuelvas, tráete dos varicas.

Salió el leñador hacia el monte a hacer leña; llegó y habiéndose terminado el árbol de que hacía leña comenzó a buscar otro árbol que fuese fácil para hacer leña y estuviese seco. Encontró uno superior y seco. Comenzó a trabajar en él e hizo caer como un haz. Se bajó, reunió la leña, la ató con la cuerda y cortó dos varas. Se cargó el haz a la costilla y salió andando. Y llovió mucho; y llevó el haz al zoco y no encontró quien se lo comprase, porque con la lluvia la gente no salía.

Se levantó la mujer nueva, cogió leña de aquella y comenzó a quemarla; aquella madera hizo humo; ella lo olió y se encontró con que era palo de *comari* (1). Apagó la lumbre, cogió la madera que había traído su marido, la metió en su cuarto; comenzó a separar el *comari* bueno del malo, poniendo el bueno junto y el malo en otro lado. Lo dejó hasta el día siguiente por la mañana, en que llamó a su marido y le dijo:

—¿Queda todavía del árbol del que cortas?

—Sí—le contestó—. Ayer precisamente lo empecé.

—Cuando lo hayas cortado—le dijo—tráete aquí la madera y no la vendas.

—Muy bien—le contestó.

—Hoy—le dijo ella—no vayas a hacer leña; te voy a dar un poco de *comari* para que me lo vendas.

Se sentó hasta que llegaron las diez del día, en que la gente sale a vender y comprar, y ella sacó como cosa de una libra y se la dió, diciéndole:

—Lleva esto al zoco y véndelo.

Se marchó el leñador al zoco, se lo dió a un pregonero para que lo vendiese. Lo cogió el pregonero y lo empezó a

(1) «Comari» es aloe.

vender; dió con él muchas vueltas hasta que lo vendió en cuatro duros la libra. Consultó con el dueño, y le preguntó:

—¿Lo vendo por cuatro duros?

—Véndelo—le respondió.

Lo vendió, fué a cobrar y trajo el dinero. Cogió de su mano el dinero el leñador; pagó al pregonero su sueldo (2), se llevó los dineros y se fué a su casa. Se juntó con su mujer nueva, le dió los dineros y le dijo:

—Lo he vendido por cuatro duros.

Cogió ella tres duros y le dejó uno para que fuese a comprar alimentos. Se marchó, compró la comida, la trajo y cogieron una parte de ella; comenzó a guisar la comida, y cuando empezó a cocerse, los hijos empezaron a comer de la comida; la mujer nueva les dió en las manos con la vara, diciéndoles:

—Dejadlo.

Temieronla, y lo dejaron; se guisó la comida, la partieron, a cada uno le dieron su porción y dijo a su marido:

—Anda; haz leña y tráela.

El se marchaba a hacer leña y la traía, y su mujer todos los días le daba una libra para vender.

En esta forma siguieron un espacio de tiempo. Un día reunieron muchos dineros de aquel árbol, y dijo la mujer nueva al hombre:

—Quiero derribar esta casa y hacerla a mi gusto.

—Está bien—le contestó.

Envió ella por los maestros albañiles, vinieron y se sentaron en la puerta de la casa. Y dijo a su marido:

—Tráeme un papel que sea grande.

Se lo trajo y dibujó en él igual que la casa del Sultán. Sacó el papel a los albañiles y les dijo:

—Construidme esta casa igual que el dibujo que está en el papel.

—Muy bien—le contestaron.

(2) Por cada cuatro duros dan al pregonero una moneda de dos reales.

Les dió dinero, y se pusieron a construirla:

Pasaron días y más días, se construyó la casa, se terminó y fué a verla; la encontró igual que la casa del Sultán. Invitó a la gente, hizo una fiesta en ella y degolló allí una cabra; pasó el día y las gentes se fueron. Y después que pasaron dos o tres días más, dijo a su marido:

—Convida al Sultán, que venga a ser tu huésped.

Fué a convidarlo, y el Sultán vino a su casa. Cuando vino el Sultán y lo entraron a la casa, se quedó admirado y dijo entre sí:

—Esta casa es igual que la mía; cualquiera diría que ésta es mi casa.

Y la mujer que él había dado al leñador, habló y dijo:

—¡Oh, Sultán! ¿Son todas las cosas por las mujeres o no?

La oyó, la conoció y la dijo:

—Sí, por cierto, señora.

El Sultán recibió la hospitalidad y se marchó.

9.—HISTORIA SOBRE LA VIDA DEL PROFETA

Estaba un día el Profeta en la aljama dando *hadices*, y dijo:

—El que corta las relaciones de la sangre, tendrá al Señor por enemigo (1).

Y nuestro señor Alí se despidió del Profeta, y éste le dijo:

—¡Dios te ponga sobre la ganancia (2) que vas a encontrar!

Salió por la puerta de la Paz (3), caminó como unas tres

(1) «Qataa eddemm»: como cortar la sangre, dejar de visitar a la familia. Los hermanos están obligados a visitar a las hermanas; si no lo hacen, «cortan la sangre», y entonces Dios se constituye protector (*ukil*) de la preterida.

(2) «Ganima», «Galima»: ganancia, botín. En Albarracín se usa aún esta voz para indicar el producto de un hurto de frutas, patatas, etc.

(3) Puerta que todavía existe en Medina.

horas y se encontró al pueblo de los cristianos (4). Comenzó a pelearse con ellos, los mató a todos y siguió andando hasta un bosque que había al lado. Entró en él y encontró allí un hombre llamado *Alhattab*. Le gritó:

—¡Ah, *Alhattab*!

—¡Presente!—le contestó.

—Ve—le dijo—al río Sebú y de todo lo que hay allí, toma lo que quieras.

Y entró en la ciudad, y echó un pregón diciendo:

—¡Oh, musulmanes! El que quiera ganancia, que vaya al río Sebú.

Empezó la gente a salir de allí y a ir al río Sebú y cada cual se llevó lo que pudo.

Nuestro señor Alí se marchó a Cufa, a casa de su tía. Y esta tía suya estaba todavía en la infidelidad (5). Siguió andando y llegó hasta ella y entró a su casa. Y ella comenzó a decirle:

—¡Oh, sobrino mío! ¡Cuánto tiempo hace que estás ausente de mí!

—Nosotros—le replicó—estamos ocupados en los asuntos del mundo.

Y se estuvo en su casa de huésped.

Volvamos ahora a aquellos cristianos con los que peleó nuestro señor Alí.

Había un Sultán que estaba sentado en su trono, y un día se emborrachó; y empezó a pasar su mano por su cara y a gritar:

—¡Alabado sea quien crió esta cara sin narices!

Subió a su consejo, acudieron sus visires y les dijo:

—¿Hay alguno que pueda conmigo en un combate?

—No, ¡oh Sultán!—le contestaron los visires.

Y un fraile viejo le dijo:

(4) Muxrikin: «los asociadores, los creyentes en la Trinidad»; se da este nombre a los cristianos.

(5) Literalmente: «en la ignorancia».

—He oído hablar a los árabes y no podrás con el más pequeño de ellos, porque están ayudados del Señor de los cielos y prosternan en la tierra sus frentes.

El Sultán escupió al cielo y la saliva le cayó a su rostro, y dijo:

—¡Por el Mesías y los adoradores de los ídolos! No dejaré de pelear contra Mohamed, hasta que lo traiga con una cuerda de cáñamo (6) esclavo a él y a su pueblo.

Colgó los pesos y echó el pregón en la ciudad, y decía el pregón (7):

—¡Oh todo aquel que esté al servicio del rey! ¡Que suba y que tome su sueldo!

Empezó la gente a subir, empezó el Sultán a pesar el dinero en la balanza y a darlo a los visires para que lo repartieran a los soldados. Y los soldados en filas de cientos y de miles, cogieron sus pagas. Y les dijo:

—¡Preparaos! De aquí a tres días estaréis de viaje.

Descansaron dos días, y al tercero empezaron a salir a las afueras. Se reunieron en las afueras, salió su Sultán y marcharon a la ciudad del Profeta. Llegaron al río Sebú y se encontraron con nuestro señor Alí. El Sultán le envió un esclavo, y éste marchó hacia nuestro señor Alí y se encontró con él; una vez que hubo llegado, le preguntó nuestro señor Alí:

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre—le dijo—es Budelfa (8).

—¿Qué habéis venido a hacer aquí?—le dijo nuestro señor Alí.

(6) «Kettan»: cuerda de cáñamo.

(7) Nótese que todo el desarrollo de la «movilización» del ejército cristiano está descrito según el método clásico en el Marruecos anterior a la ocupación europea.

(8) «Budelfa»: «el de la hoja de chumbera»; nombre grotesco aplicado a un cristiano por burla.

—El Sultán ha jurado—le contestó—llevar a Mohamed y sus compañeros prisioneros.

Y nuestro señor Ali cogió al siervo por las orejas, se las retorció (9), tiró de ellas y se las arrancó de su sitio, y se las dió en la mano diciéndole:

—Llévaselas al Sultán que las vea, y dile: «Este es el jalifa del Profeta; sal a pelearte con él.»

Entonces el Sultán mandó contra él a todos los soldados para que lo cogieran; empezó a pelear con todos y los venció, los derrotó y mató al Sultán; los demás se marcharon a su tierra y llevaron a la hija del Sultán la noticia de su muerte.

La hija del Sultán, llamada *Hasnata*, se puso las vestiduras de duelo, subió al Consejo, se sentó en el trono de su padre y comenzó a escribir cartas a los Sultanes, diciéndoles:

—El que cumpla mi venganza y me proteja me tendrá por su mujer.

Envío cartas a dos Sultanes; uno le dijo: «No puedo nada contra él.» Y otro Sultán lejano sacó a sus soldados, que eran incontables, y a los diez días salieron los soldados de la ciudad y él también salió; y los soldados iban marchando delante de él. Siguieron marchando y llegaron a la ciudad de *Hasnata*.

Llegó a *Hasnata* la noticia de que venía, y salió con los soldados a su encuentro. Cuando se lo encontró puso una espada en su boca y le dijo:

—¡He aquí que soy tuya, señor!

Y haciendo la reverencia (10), volvió a repetirle:

—He aquí que soy de tu fuerte brazo y de tu tajante espada (11).

Entró con él al sitio donde ella solía estar, y se sentaron.

(9) «Tartag»: retorcer las orejas, haciéndolas sonar como el castañeteo que producen los dedos al apretar una mano contra otra.

(10) «Bendeq»: «hacer la reverencia».

(11) Fórmula para ponerse bajo su protección.

Trajeron una zafra de vino, comenzaron a escanciar los dos y se ofrecían vasos mutuamente. Dos días estuvieron descansando de esta guisa en su mismo lugar. Pasados dos días, se levantaron y se marcharon a la ciudad citada.

En el momento en que llegaron a ella nuestro señor Ali estaba todavía en Cufa con su tía, y su tía era aún infiel.

Llegó al Profeta la noticia de que había venido el ejército y de que habían acampado en el río Sisban. Salió toda la gente que había en la ciudad y el Profeta se quedó dentro para ver si se ocultaba alguno. No encontró a nadie y salió.

Y principió la batalla entre ellos. Murieron soldados de los cristianos y soldados de los musulmanes. Al Profeta no le quedó mucha gente y empezó a llorar. Y descendió a él un ángel del cielo y le dijo:

—¡Oh, Mohamed! Si temes a estos cristianos, bajarán los ángeles del cielo y sin duda alguna los harán desaparecer.

—No lloro—respondió—por causa de los cristianos: ellos son nuestros enemigos como nosotros lo somos de ellos; no lloro más que por nuestro señor Ali, que no se ha presentado.

—Si quieres—le dijo el ángel—haz una oración de dos prosternaciones; te oirá y vendrá esta misma noche.

—Entre los dos—replicó—hay cuarenta días de camino.

—A pesar de eso—dijo—llámalo; te oirá y vendrá.

Hizo como dijo el ángel y lo llamó.

En aquel momento estaba nuestro señor Ali durmiendo; oyó la llamada, se estremeció y se despertó. Y dijo a su tía:

—He oído la llamada del Profeta.

—Acuéstate—le contestó ella—. Esto no es sino que vuestros sesos (12) están vacíos y Mohamed os ha embrujado y os ha quitado el entendimiento.

Se volvió a acostar y volvió a oír la llamada. Se estremeció, se levantó y dijo a ella:

—No hay duda; el Profeta me llama.

Y ella le replicó:

(12) «Demogat»: «ras», cabeza, seso.

—¿Cuarenta días de camino entre los dos y lo has oído?

—Ve—le dijo—y mira mi *xerhan* (13); si él escarba en el suelo algo pasa en el mundo.

Se fué a verlo y encontró que había cavado una sima delante de él. Se volvió a ver a nuestro señor Alí y le dijo:

—Levántate y mira lo que ha hecho tu caballo: me ha tirado la casa.

—Vete—le dijo—y ensíllalo.

Se marchó, cogió los arreos y fué a ponerlos a la espalda, y el caballo la olió y la encontró todavía infiel; la cogió de los cabellos, le dió vueltas y la arrojó contra el suelo.

Nuestro señor Alí oyó que había caído al suelo y se dijo: «Quizá el caballo haya tirado a mi tía.»

Fué corriendo a ver y se encontró a su tía caída de lado y desmayada. La roció con agua y volvió en sí, y le dijo:

—¡Oh, sobrino! En esta caída que he tenido he visto dos puertas, una roja y otra verde, y he visto a uno que estaba de pie entre las dos, y le he dicho: «Abreme estas puertas, que las vea.» «Las llaves de ellas—me ha contestado—las tiene nuestro señor Alí: la llave de la puerta verde, en su lengua, y la de la roja, en su espalda.» Ahora dime tú qué es esto.

—La verde—le respondió—es el paraíso, y la roja es el infierno. Y ahora, si quieres conseguir la puerta verde, islamiza como nosotros y vuélvete musulmana.

Se hizo musulmana. Ensilló él su caballo y lo sacó. Abrazó a su sobrino y le dijo:

—¡Oh, sobrino! Ya sabes que yo me quedo en esta ciudad, y si te vas, el Sultán me cogerá y me castigará porque me he vuelto musulmana.

—Ahora voy yo a casa del Sultán—le contestó.

Salió, se dirigió a casa del Sultán, llegó y el Sultán tuvo miedo de nuestro señor Alí. Por el miedo que le tenía salió

(13) «Xerhan»: nombre del caballo de Alí.

a su encuentro y le dió la bienvenida, y he aquí que nuestro señor Alí dijo al Sultán:

—¿Conoces a mi tía?

—Tu tía—le contestó el Sultán—es una cristiana y pbediente al Mesías.

—¡Era!—le dijo nuestro señor Alí—. Ahora se ha vuelto musulmana y la carne que le hayas de dar, dásela de carnero y de vaca, porque la carne de cerdo le está prohibido comerla, y atiende bien (14): yo salgo de viaje; si tú la coges y la matas, ¡engrandézcase mi boca por Dios!, y yo oigo alguna cosa, volveré desde mi ciudad aquí y destruiré tu ciudad.

Y el Sultán contestó a nuestro Señor Alí:

—Respecto de tu tía, no juzgaré yo al que mate y busque auxilio.

Se despidió de nuestro señor Alí, y éste salió de la ciudad.

Apenas hubo salido, Dios, ¡ensalzado sea!, le envió un ángel que tomó la forma de gacela. Y nuestro señor Alí dijo entre sí: «¡Cuánto tiempo que estoy ausente de mis hijos Alhasan y Alhosain! Ahora voy a coger esta gacela y se la llevaré.»

Dió una corrida, cogió la gacela y ésta gritó:

—Yo estoy bajo tu protección, ¡oh, Abdelkader el Chilali!

Y se escapó la gacela de sus manos. Volvió a correr tras ella, volvió a cogerla y le sucedió como la vez primera. Volvió a correr por tercera vez y le ocurrió como en las dos anteriores. Cuando dió la cuarta corrida se encontró en la puerta de Medina con la *mehalla* de su Profeta, y halló delante de ella los soldados cristianos, y se dijo: «No me iré a casa del Profeta, sino que me iré a cercar la *mehalla* de los cristianos, para que no se escape uno de ella.»

Y se fué a la *mehalla* de los cristianos, comenzó a darle vueltas, y al que salía le cortaba la cabeza. Siguió dándole vueltas hasta la mañana. Por la mañana empezó el combate;

(14) «Iqal lek. aaglek»: igual a «rud balek», «fíjate bien».

por la tarde fueron derrotados los cristianos y huyeron, y los musulmanes entraron en la ciudad de ellos.

Esto es lo que hay de este asunto. Y ahora *fatha* (15). El que me dé una limosna pequeña o grande por amor de Dios, Dios le hará vencer sobre sus enemigos y Dios lo colocará sobre las *aleas* del trono, que lo circundarán como circundan las murallas a la ciudad del Profeta. ¡Gloria a Dios, Señor de los mundos!

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.

(15) «Fatha»: levantar las manos con las palmas hacia arriba mientras se recita el primer capítulo, «fátiha», del Alcorán.

Notas de folklore vasco

Cada vez es mayor la dificultad al recoger datos y testimonios de tipo folklórico. Parece que a medida que aumenta el interés de la gente ilustrada por la materia, éstos van haciéndose más escasos, y a poco que nos descuidemos las generaciones futuras se hallarán en el trance de buscar información en obras escritas por personas de épocas diversas, que no sentían de manera primordial la necesidad de estudiar los rasgos de la vida tradicional con exactitud y detalle.

Acaso el país vasco haya sido objeto de informaciones más abundantes que otras partes de la península; pero, sin embargo, quedan por analizar algunos aspectos de primera importancia en la vida rural y hay que precisar y aquilatar el valor de ciertas informaciones antiguas. Las páginas que siguen son una llamada a los aficionados, sobre todo de Guipúzcoa, para que intenten obtener datos acerca de tres tipos de leyendas o mitos sobre los que carecemos de la cantidad necesaria de elementos de juicio para llevar a cabo su estudio detallado. La primera clase es la de las leyendas referentes a la «Erensugue»; la segunda, la del ciclo de «Barriga-grande», y la tercera, la del mito de los «Basojaunak».

El mito de la *Erensugue*, *Erensuguia*, *Egansuguia* o *Le-rensuguia* no se halla estudiado convenientemente. Tal vez ya no haya modo de hacerlo. En la segunda mitad del siglo xix todavía se hablaba en San Sebastián de ella: era una serpiente enorme (*sugue* es serpiente en vascuence) que andaba por el mar y que algunos pescadores decían haber visto.

Esto me lo contaba mi abuela, doña Carmen Nessi y Goñi (1849-1935) cuando yo era pequeño. Mi tío, Pío Baroja, en su novela *Las inquietudes de Shanti Andía* (1), usando también recuerdos de la infancia, habla de la «Egansugue» varias veces. El párrafo más curioso que hay en dicha obra acerca de ella es éste (2):

«El viejo Yurrumendi, un extraño inventor de fantasías, le dijo a Zelayeta que aquella cueva era un antro donde se guarecía una gran serpiente con alas, la *Egan suguia*. Esta serpiente tenía garras de tigre, alas de buitre y cara de vieja. Andaba de noche haciendo fechorías, sorbiendo la sangre de los niños y su aliento era tan deletéreo que envenenaba con él.»

Yo no sé qué fondo de verdad habrá en las páginas que Agustín Chaho dedicó a la *Heren-sugue*, la serpiente de las siete cabezas, en su obra *Biarritz entre les Pyrénées et l'Océan. Itinéraire pittoresque. Première partie* (3). Evidentemente hay algún dato real en medio de tanta prosa caleturienta:

«Une fable racontée pour les Basques parle du «Dernier-Serpent» *Heren-suguiá*, armé de sept gueules flamboyantes (sept volcans), qui doit incendier la terre à la consommation des siècles... Un coq pondit un petit oeuf, et le cacha dans le fumier; de cet oeuf naquit *Heren-sugue*. En ce moment le monstre est profondément endormi sous terre, au bord d'un lac infernal, la tête appuyée sur les genoux d'une femme de beauté ravissante, qui est son esclave. La destinée du Grand-Serpent est attachée à un autre oeuf mystérieux; un ramier bleu couve cet oeuf, sur quelque brins d'herbe, au haut d'un rocher solitaire des Pyrénées» (4).

Parece que Chaho se basó en la tradición oral para redac-

(1) Madrid, 1911.

(2) Pág. 52, cap. VIII del lib. I.

(3) Bayona, A. Andreossy, s. a.; págs. 172-175, cap. XXV.

(4) Págs. 172-173.

tar la primera parte del párrafo transcrito. Estamos ante el mito del basilisco, tan extendido por toda Europa.

Lo que sigue, el que se crea que si alguien rompe este huevo vendrá un cataclismo, ya es más sospechoso. Chaho estaba muy influido por la moda védica y sánscrita de su época, y quería encontrar, no sólo analogías generales, sino detalles particulares que fueran semejantes, para probar que los vascos estaban relacionados de modo directo con ciertas fantásticas tribus indias.

Como de todas suertes era hombre de ingenio, bastante más que su detractor, el erudito y malhumorado J. Vinson, que siempre tuvo ideas muy prosaicas y vulgares, relacionó a esta serpiente misteriosa con otras que aparecen en leyendas medievales vasco-francesas, como la serpiente de Valdextre, a la que mató el caballero de Çaro (Valdextre está en el alto Soule), y con otra a la que combatió Gastón de Belsunce en Saint Pierre d'Irube (5), que tenía tres cabezas.

Luego, en la segunda parte de su *Itinerario*, con más audacia, relacionó a esta *Heren-sugue*, como él la llama, con el dios de las inscripciones latinas del Pirineo, *Leheren* (6). De todo lo que se dice aquí no se puede sacar casi nada en limpio, pues es obra imaginativa. Lo que sí queda es la primera posible relación de *Heren*, *Eren* y *Egan* con *Leheren*. Como él mismo notó, *Lehen* quiere decir en vascuence primero; *Eren* se traduce por tercero; *Egan* alude más claramente a las alas de monstruos y a su aspecto volador (7).

Las tradiciones que sobre la *Herensugue* recogieron folcloristas científicos, como Cerquand, Wentworth Webster,

(5) Págs. 176-178, cap. XXVI; 179-180, cap. XXVII.

(6) *Biarritz...*, *Deuxième partie* (Bayona, s. a.), 68-83, cap. XXXVII.

(7) Op. cit., segunda parte, pág. 75: *heren*, sin embargo, no creo que pueda traducirse también por último, como él lo hace. Último es *asquen*. La relación de *sugúa* = la serpiente en la raíz *su* = fuego, que el mismo Chaho establece, no deja de ser—por lo menos—curiosa. Su tesis es la de que *Leheren* y *Heren* aluden a la serpiente que produce el principio y el fin del universo = el fuego.

Vinson y Azkue no arrojan nueva luz sobre el asunto. Son cuentos del ciclo del caballero que mata a una serpiente monstruosa para salvar a una dama, cuentos tan extendidos y comunes en Europa que es muy difícil sacar ninguna consecuencia precisa de ellos (8), u otros en los que una joven queda cautiva de una serpiente (9). Unos pertenecen al ciclo de San Jorge; otros, al de la bella y la bestia.

En los cuentos del ciclo de San Jorge los eruditos encontraron en una época la «supervivencia» de viejos mitos cósmicos, pero en todo caso son «supervivencias» en un grado tan extremo de reelaboración que es imposible aprovecharlas en un estudio de exégesis religiosa y mitológica de un país particular.

Más interesante sería recoger en los puertos de mar y zonas costeras pequeñas creencias e ideas sueltas sobre serpientes fabulosas que no estos cuentos uniformes y repetidos.

Chaho habla también en otras obras de nuestra serpiente, pero sin decir más novedades, insistiendo en sus fantasías (10).

El cuento de «Barriga Grande», tal como lo solía narrar mi abuela materna, lo trae también mi tío Pío Baroja en su novela *El mayorazgo de Labraz* (11):

«Había un hombre extraordinario que se llamaba Barriga Grande. Era alto como una montaña y tan grueso que cada dedo suyo era mayor que el roble más grande del monte. Al nacer, sus padres llevaron una vaca al niño para que bebiera

(8) W. Webster: *Basque Legends...*, Londres, 1879; págs. 20-38. Vinson: *Le folklore du pays basque*, París, 1883; págs. 56-60. Vinson traduce *Heren sugue* por «la triple serpent». R. M. AZKUE: *Euskaleriaren yarkintza*, II, (Madrid, 1942), págs. 131-135.

(9) *Basque Legends*, págs. 39-41.

(10) *Voyage en Navarre pendant l'insurrection des basques (1830-1835)* (2.^a edic., Bayona, 1865), págs. 227-232, cap. sobre los Pirineos. Lo mismo que en esta obra, que apareció primero en 1836, se dice en la *Histoire primitive des euskariens-basques; langue, poésie, moeurs et caractère de ce peuple. Introduction a son histoire ancienne et moderne* (Bayona, 1847), páginas XVII-XX (introd.).

(11) Barcelona, 1903; págs. 294-297, lib. V, cap. IV.

la leche, pero Barriga Grande se echó sobre ella y se la tragó de un bocado.

Entonces los padres, viendo la voracidad de su hijo, determinaron abandonarlo en el monte; reunieron todos los bueyes que había en el pueblo y arrastraron a Barriga Grande a un monte muy apartado, en donde lo dejaron.»

Aquí el relato en la novela se interrumpe. El niño crece entre los animales y se hace más forzado que lo que era. Siendo mozo ya, sale en busca de aventuras.

«Marchaba Barriga Grande a la corte de un gran rey cuando se encontró en el camino con una zorra, que le dijo:

—Barriga Grande, ¿adónde vas?

—A la corte.

—¿Quieres llevarme contigo?

—Bueno.

Se acercó la zorra y Barriga Grande se la tragó. Siguió tranquilamente su camino, ¡ale, ale!, y al poco rato se encuentra con un toro, y le dice como la zorra:

—Barriga Grande, ¿adónde vas?

—Pues a la corte.

—Si quisieras llevarme contigo...

—No hay inconveniente.

Y se tragó al toro como se había tragado a la zorra.

No tardó mucho tiempo en ver a un arriero que iba con una recua de doce mulas al pueblo. Al ver a Barriga Grande le preguntó, como la zorra y el toro:

—Barriga Grande, ¿adónde vas?

—A la corte.

—¡Caramba, qué a gusto iría contigo?

—Ven si quieres; te llevaré.

Y abrió la boca y fueron pasando adentro las doce mulas y el arriero. Barriga Grande había tragado tanto que tenía sed, y al pasar junto a un río se arrodilló en la tierra, se agachó y se tragó el río. Así repleto llegó a la corte, y pidió

permiso para ver al rey ; le hicieron pasar a un jardín y cuando se encontró en los corrales dijo :

—Salte, zorra.

Salió la zorra, y a ésta quiero y a ésta no quiero, destrozó todas las gallinas de un corral. Pasó Barriga Grande a un salón lleno de arcas con onzas de oro y de éste a otro, y al llegar a las despensas dijo :

—Salte, arriero.

Apareció el arriero con sus doce mulas y las cargó de chorizos, jamones, cecinas y se fué.

En esto llegaron los criados del palacio, notaron la falta de las provisiones en la despensa y dijeron :

—¡Barriga Grande las ha comido!

Entonces el rey, en castigo, mandó que lo fusilaran, y como el gigante era tan alto, de miedo de que no le mata-
ran, ordenó que fueran todos sus soldados.

Llevaron a Barriga Grande a la plaza del pueblo y los soldados apuntaron :

—¡A la una, a las dos...!

Y ya iban a decir : «¡A las tres!», cuando Barriga Grande dijo :

—Salte, toro.

Salió el toro y cogió a un soldado y lo echó al aire, y luego al otro, y al otro, y no dejó ni uno.

Entonces el rey, viendo que era un hombre tan extraordinario, dijo :

—¡Nada! Lo que hay que hacer es un monte de leña, echarle encima a Barriga Grande, amarrarle bien y pegar fuego después y hacer una gran hoguera.

Lo echaron encima de la leña, le sujetaron manos y piernas y le prendieron fuego a la leña. Se encendió una gran hoguera. La gente decía :

—¡Ahora! ¡Ahora ya se quema!

Cuando Barriga Grande gritó :

—¡Salte, río!

Y salió el río y apagó todo el fuego.

Entonces el rey, viendo que era un hombre tan extraordinario, le dió todo el oro que quiso para que fuese a su tierra. Allí Barriga Grande se casó con una giganta y fué muy feliz.»

Tengo mis dudas respecto a la expansión de este cuento en el país vasco, aunque se hayan recogido algunos del mismo ciclo por folkloristas conocidos.

Don José Miguel de Barandiarán y Azkue han recogido en Guipúzcoa y Vizcaya algunas referencias a los «Bosojaunak». Estas referencias son de todas formas aún escasas, y convendría que alguien las ampliara para ver también el valor que se puede dar a testimonios más antiguos contenidos en obras de tipo artístico (12) y ver su relación con los datos del país vasco-francés.

Al hablar A. Chaho de las leyendas vasco-francesas trata del *Baso-Jaun* = Señor del Bosque, con hipérbole acostumbrada. Pero se puede ver, por investigaciones posteriores, la cantidad de elementos de origen popular que proporciona.

Las primeras descripciones se hallan en su *Voyage en Navarre pendant l'insurrection des basques (1830-1835)* (13). Repite casi los mismos conceptos en *Biarritz entre los Pyrénées et l'Océan. Itinéraire pittoresque. Première partie* (14). Años después, W. Webster (15), proporciona interesantes datos de origen popular, así como J. Vinson (16), que duda de la antigüedad del mito de basojaun (17).

El autor aprovechado en las colecciones de J. Vinson y W. Webster fué F. Cerquand, cuya obra *Légendes et récits populaires du pays basque* es muy rara (18).

(12) *Eusko Folklore. Materiales y cuestionarios*, XIV (Vitoria, febrero, 1922), págs. 7-8; XV (marzo, 1922), p. 10. AZKUE: *Euscaleria ren yakintza*, I, (Madrid, 1935), págs. 354-358; II, págs. 307-311.

(13) Págs. 259-263, cap. VII.

(14) Págs. 164-171, caps. XXIII-XXIV.

(15) *Basque legends*, págs. 47-59, cap. IV.

(16) *Le folklore du pays basque*, pág. XIII de la introd.

(17) Ver también págs. 10-11, 42-45.

(18) En el «Bulletin de la Société des Sciences, Lettres et Arts de

El literato guipuzcoano J. V. Araquistáin publicó por su parte *El baso-jaun de Etumeta. Novela histórica vascongada* (19), en la que no hay nada aprovechable, según me parece. Cita a Michel como autoridad en lo que a la extensión del mito se refiere, y a su vez este gran erudito, en *Le pays basque; sa population, etc.* (20), copia el texto de Chaho en su *Voyage...* (21). D. Juan Iturralde debió encontrar alguna referencia en la zona fronteriza de Navarra (22) y, como he dicho, Barandiarán y Azkue han recogido testimonios guipuzcoanos y vizcaínos sobre los «Basajaunak». ¿Podrían recogerse más?

JULIO CARO BAROJA.

Pau», 2.ª serie, tomo IV (1874-1875), págs. 233-235; tomo V (1875-1876), páginas 183-260; tomo VI (1876-1877), págs. 450-531; tomo XI (1882-1883), páginas 101-294.

(19) Tolosa, 1882.

(20) París, 1857; pág. 154.

(21) En la *Histoire primitive des euskariens-basques*, págs. XL-XLI el mismo Chaho se copia otra vez.

(22) AZKUE, op. cit., I, p. 358.

CREENCIAS GALLEGAS

La procesión de las ánimas y las premoniciones de muerte

I

El culto de los muertos en Galicia

El culto de los muertos, en Galicia, además de su hermoso aspecto de piedad cristiana, tiene aún el de supervivencia del viejo culto tribal, del antiguo patriarcalismo indoeuropeo, en que reside la mayor fuerza de nuestro pueblo, el culto de la familia y del hogar, piedra y asiento de toda sociedad verdaderamente humana.

Las benditas ánimas del Purgatorio son las que más ofrendas obtienen del pueblo gallego, dice Murguía. Las ofrendas que la Iglesia dispone y las que manda la tradición del tiempo antiguo. En todas las iglesias aldeanas, antes de la Misa parroquial, el cura sale con el alba y la estola y el sacristán al lado, con la caldera de agua bendita y el hisopo, a rezar los responsos por las ánimas de los feligreses. Las personas de la familia de los muertos van echando los cuartos en el pavimento del presbiterio, o en la caldera del agua bendita, y por lo que echan, el sacristán va diciendo al abad: «Un de *recordèris*, un de *Lázaro*, un de *pecantem*...» Y también llevan velas de cera. Y no solamente se ocupa la gente de las ánimas de la familia; en el Rosario familiar no falta nunca «un Padrenuestro por las benditas ánimas del Purgatorio, en

general, y en especial, por las de nuestra mayor obligación». Y se piden limosnas para ellas. El mendigo a quien damos algo, da las gracias diciendo: *Vaya pol-a alma dos seus defuntiños*. Las ánimas tienen iglesia propia en Santiago; allí se oía toda la mañana, de cinco en cinco minutos, el conocido pregón: «¡Ánimas benditas! Den algo para las benditas ánimas, quien pudiere, por el amor de Dios.» Murguía asegura que, siendo él muchacho, salían por Santiago adelante los santeros, con una campanilla y un cepillo, pidiendo para las benditas ánimas; y refiere que, en la provincia de la Coruña, ofrecían al cura, para las ánimas, el primer pollo de la pollada. Y no hay cruce de caminos en que no haya una de esas capillitas o altares de piedra, con unos santos toscamente hechos y pintados de colores vivos, debajo de los cuales está representado el Purgatorio con las ánimas ardiendo entre llamas bermejas, con las manos derechas hacia el cielo. A veces están tan sólo las ánimas en estos bajorrelieves de humilde arte popular, que tienen debajo un cepillo para las limosnas de los caminantes, por lo que se llaman *petos das ánimas*. En ellos depositan las gentes de las aldeas los objetos perdidos que encuentran por los caminos, sin saber quien pueda ser su dueño, en la seguridad de que éste los ha de recoger allí, pues de allí no pueden faltar, estando guardadas por las benditas ánimas, a quienes todos respetan. Existen otras costumbres, como la de rociar con agua bendita las tumbas de los parientes, al salir de la Misa parroquial; alumbrarles con velas, en la iglesia, por el año adelante, y en los cementerios el día 2 de noviembre, en cuya ocasión se suele hacer también con aceite; poner el mismo día, en las casas, en una vasija con aceite, tantas lamparillas como difuntos a los que se quiera honrar, etc.

Existe, además, la idea de que las almas en pena vuelven a este mundo, con diversos motivos, todos ellos religiosos o morales: para pedir sufragios; para encargar a sus familiares que cumplan las promesas u ofrendas que dejaron incumplidas, paguen deudas, restituyan lo mal adquirido, etcéte-

ra : para hacerles advertencias acerca de su mala vida, darles quejas, descubrir el lugar donde tenían dinero escondido... : incluso para cumplir ellas mismas los votos que no cumplieron en su vida. En esto, lo más notable es lo que se cuenta de San Andrés de Teixido, cuyo santuario, situado en lugar apartadísimo, a la orilla del mar, cerca del cabo Ortegal, ha de ser visitado por todo cristiano, antes o después de la muerte, pues el que de vivo no ha hecho la peregrinación, la ha de cumplir de muerto, generalmente bajo una forma animal.

No es éste el único caso en que las almas de los difuntos se aparecen bajo una forma animal. En casi todas partes, las pequeñas mariposas nocturnas, especialmente las blancas, que vienen a revolotear alrededor de la luz, o las que de día se posan sobre las personas, llamadas en el país *volvoretas*, *velaiñas* y también *palomas*, son consideradas—sin duda en recuerdo de la mariposa Psiquis, o de otra tradición paralela—como almas desencarnadas, que se presentan en esa forma.

En esto, como en lo de la peregrinación a Teixido, se trata más bien de una suerte de disfraz o apariencia bajo la cual se disimulan las almas, que de la creencia en que éstas habitan los cuerpos de aquellos insectos u otros bichos. Parecen mariposas, pero en realidad, son almas ; esto es lo que sucede. Por lo tanto, el partido que de ello ha querido sacarse para probar, o inducir, por lo menos, una antigua creencia en la transmigración de las almas, no tiene, a nuestro juicio, fundamento alguno. Acaso haya influido en este intento la hipótesis de una creencia en la reencarnación, propia de los pueblos célticos. Esta, al menos en la forma, cara a los discípulos de Allan Kardec y a los de Helena Petrovna Blavatsky, con que fué presentado por algunos de los primeros celistas modernos, es bastante aventurada. No hemos encontrado, en Galicia, ninguna tradición clara acerca de la transmigración de las almas, aunque sí algún caso de posesión de un vivo por el alma de un difunto, y aún de animación de un cadáver por una de éstas. Sin embargo, estos son casos que deben tomarse con precaución, pues, actualmente, la im-

portación de ideas espiritistas y teosóficas procedentes de América, en las aldeas gallegas, es mucho mayor de lo que se supone. Centros espiritistas funcionan, o han funcionado por lo menos, en lugares apartadísimos, donde causa verdadera sorpresa la noticia de su existencia.

Los relatos acerca de las apariciones y permanencia entre los vivos, de las ánimas de los difuntos, dan la impresión de que éstos siguen viviendo entre nosotros, bien que en forma invisible. Me refiero a los verdaderamente tradicionales.

Así, por ejemplo, la costumbre de dejar sitio y poner plato en la mesa, para los muertos más recientes de la familia, en la noche de Difuntos o en la Nochebuena; la de no cerrar las cancelas de golpe, para no lastimar a las ánimas; la de considerar pecado barrer la *lareira*, de noche, pues las ánimas vienen a calentarse en ella, y si se barre, se las echa atrás; la de echar a la lumbre, por Navidad, un tizón para que se calienten... En San Ciprián de Viñas (Orense) dicen que las ánimas andan todas las noches por las casas, pero los muertos quedan en el atrio (donde están enterrados), pues las almas, mientras no se purifican, tienen que andar por la tierra (1).

Esta frecuencia de las apariciones, esta permanencia de los difuntos entre los vivos, esta familiaridad tan natural y corriente con los muertos, llevaron al mitógrafo y folklorista asturiano don Constantino Cabal a suponer que, para los pueblos antiguos de la Península, por lo menos para los astures, Galicia era el país adonde iban a morar las almas de los difuntos (2).

Parte el señor Cabal de un cuento asturiano, en el cual,

(1) Véase Murguía: *Galicia* (Col. «España y sus monumentos», Barcelona, 1888), pág. 229.

(2) *El infierno de la Asturias pre-romana* («Boletín del Centro de Estudios Asturiáno», año I, núm. 4). Cf.: *La mitología asturiana. Los dioses de la muerte*, Madrid, 1925, págs. 17 ss., y *Mitología ibérica*, en «Folklore y costumbres de España», Barcelona, A. Martín, 1931; vol. I.

un señor que fué al infierno a buscar a un procurador, se encontró con que no podía salir, y poniéndose en oración, vió en lo alto un agujero, y por él, el Apóstol Santiago le arrojó una cuerda, por la cual subió, encontrándose, al salir, en tierra de Galicia. Supone se trata del agujero que, según doña Carolina Michaelis de Vasconcellos, existe en Compostela, por el cual tiene uno que pasar, de muerto o de vivo, y que debe ser aquel del Pico Sacro en que quiso entrar el Barón de Rosmital, para que le fuesen perdonados todos los pecados, aunque renunció al ver que uno de sus acompañantes que entró primero, corrió peligro de ahogarse. Pone Cabal este agujero en relación con el *Yeun Elez*, un tremedal junto al Mont-Saint-Michel, de que habla Le Braz. Aquel agujero, pues, sería la puerta del infierno, es decir, del otro mundo.

Mas las leyendas y tradiciones relacionadas con el Pico Sacro son tantas y tan variadas, que resulta, por ahora, imposible determinar cuáles son las primitivas.

Ni la creencia en la peregrinación que hacen de muertos a San Andrés de Teixido—en Asturias y Portugal, a Santiago de Compostela—los que no fueron de vivos; ni el hecho de ser Galicia uno de los *Finisterres*, donde, según creencias antiguas, especialmente bretonas y célticas, se embarcaban las almas para el más allá; ni las tradiciones acerca de ciudades sumergidas—Antioquía, en la Limia, Lamas da Aguada, Carregal, Doniños, Maside, etc., que pueden relacionarse con la de Lucerna en Valverde, del Pseudo-Turpín—suministran una prueba suficiente de la tesis del señor Cabal. El que todo éso quiera decir que Galicia era tenida por el país de los muertos, tiene que suponerlo el mitógrafo.

La tradición acerca de las ciudades sumergidas bajo las aguas, en las que todavía se oyen, como en la bretona de Ys, doblar las campanas y cantar los gallos, lo que sugiere es que en ellas siguen viviendo los que las habitaban cuando la ciudad fué cubierta por las aguas, y no otras almas que vinieran de otra parte a penar o gozar allí. Propiamente, no se trata de difuntos, sino por el contrario, de vivos, de gentes

que purgan en vida sus pecados. Son poblaciones *encantadas*, como los moros que habitan debajo de tierra, en los castros, mámoas y monumentos prehistóricos o muy antiguos. Son comparables a la ciudad y palacio de la Bella del Bosque Durmiente, o los de la descrita en la historia de la princesa Guinara y de su hijo en *Las mil y una noches*.

Más parece indicar el hecho de haber existido en Galicia un *río del olvido*, el Limia, que griegos y romanos identificaron con su Leteo. Cabal cita el hecho que probablemente inventó Estrabón (III, III, 5) o sus informadores—celtas y túrdulos que viniendo de Lusitania, pasaron el Limia, y se quedaron en Galicia olvidados—para explicar el nombre y el mito. Esto, si el mito no se ha originado del nombre: *flumen oblivionis* puede venir del nombre indígena del río: *Belionis* o *Belión*, de donde hoy, lago *Beón*; el mito pudo originarse de una falsa etimología elaborada por los romanos.

Otro argumento en favor de su tesis aduce el señor Cabal: la localización de los Campos Elíseos en Galicia, con la cita, que se ha hecho famosa, de *La romera de Santiago*, de Tirso de Molina.

El señor Bouza Brey afirma poseer notas de obras del siglo XVII diciendo que Galicia es, según los antiguos, el lugar de los Campos Elíseos. En especial, cita el libro de Fr. Alonso de Villarino *Esclarecido solar de las religiosas recoletas de Nuestro Padre S. Agustín...*, t. II, Madrid, 1691, quien hablando del convento de Villagarcía, dice: «Y si la corriente de gravísimos autores no asentara que los Campos Elíseos (en que juzgaron los antiguos quedaban las almas de los difuntos gloriosos, sin pasar al otro Mundo) fueron los de la Limia en Galicia: el que viera en Galicia lo que se ve desde Vista Alegre, con gran fundamento se moviera a juzgar que aquello era lo que los Antiguos tuvieron por Elíseos Campos.» Y añade que hoy se llama a esa parte del pie del convento *Campos Elíseos*, nombre que, antes de leer aquel rarísimo libro, creyó ser un *cultismo* sustituido al de *Campo dos*

lixos, con que se conoció una tierra adonde iban a parar las inmundicias.

A pesar de todo, la localización de los Campos Elíseos en Galicia, me parece un indudable *cultismo* de eruditos humanistas, como eran todos los «gravísimos autores» del siglo xvii. En cambio, no se cita ningún autor antiguo que lo afirme.

El hecho de que el P. Villerino se refiera precisamente a los campos de la Limia nos descubre, a mi modo de ver, cuál es el fundamento en que se basan los «gravísimos autores». El cual no es otro que la leyenda del río del olvido y su identificación con el Leteo. En cuanto a Tirso de Molina, se trata probablemente de una hipérbole para ponderar la belleza de las tierras gallegas. También pudiera haber alguna equivocada atribución a Galicia de las leyendas referentes a las islas Hespérides. Porque, además, debemos recordar que la localización en Occidente del país de los muertos se refiere siempre a islas, y no a tierras continentales. Precisamente, según observa el mismo Cabal, a los Finisterres célticos iban las almas a embarcarse para aquellas islas desconocidas (3).

De todos modos, las creencias referentes a las ánimas del Purgatorio, aunque a veces se hallen contaminadas con supervivencias paganas, en su mayor volumen son de origen cristiano, y no parecen tener relación con las leyendas referentes a los Campos Elíseos, al Leteo ni a ninguna representación semejante.

En parte, se fundan en una doctrina perfectamente ortodoxa: la posible comunicación en ciertos casos permitidos por Dios de los muertos con los vivos (apariciones, advertencias, indicaciones, consejos, petición de sufragios, cumplimiento de votos, etc.). Estas representaciones, entre las que pueden encontrarse, sin duda, muchos casos reales, han su-

(3) Cf. V. R.: *O país dos mortos* (en *Nos*, «Boletín mensual da cultura galega», núm. 34, 15 ontono 1926, pág. 15), y *O país dos mortos (en gádega)*, en ídem, núm. 36, 15 nadal 1926, pág. 19.

frido, por efecto de una piedad familiar hereditaria y de tradiciones antiquísimas grabadas en la memoria colectiva, exageraciones, deformaciones, ampliaciones que, no obstante, conservan un marcado carácter cristiano. Si tienen alguna vez su raíz en creencias anteriores al Cristianismo, se nos presentan como una *versión cristiana* de las mismas.

Aquí vamos a tratar tan sólo de una de las representaciones de la mente popular gallega relacionadas con las almas del Purgatorio, precisamente aquella que puede ofrecer cierto paralelismo con representaciones paganas, o sea la procesión de las ánimas, y como ésta se presenta frecuentemente como anuncio de muerte para alguien y se relaciona con otras premoniciones de esta clase, trataremos también de estas premoniciones.

II

La procesión de las ánimas

La procesión de ánimas en pena, que, según la creencia popular, recorre de noche los caminos y los campos, y aun entra en los lugares y aldeas, es muy conocida y ha sido descrita muchas veces por los escritores gallegos, asturianos y portugueses, porque se trata de una creencia que comparten las tres regiones.

Murguía llama *Compañía* o *Estadea* a las almas en pena que van por los caminos anunciando la muerte de aquel en cuya casa entran o a cuyo tejado tiran piedras. No falta entre ellas el guía o predecesor: en Bergantiños, un carnero negro; en Orense, el primer caminante. He aquí cómo describe la tradición orensana: Por la noche los difuntos se levantan y se reúnen en la iglesia, y al sonar las doce salen por la puerta principal. Un vivo, hombre si el Santo Patrono de la iglesia es varón; hombre o mujer si el Patrón es Santa, va delante llevando la cruz y el caldero del agua bendita con el hisopo. No puede mirar hacia atrás ni saber lo que pasa. Recibe

las órdenes sin que él sepa cómo. Cada fantasma lleva una luz, pero no se le ve. Sólo se siente un aire que pasa y el olor de la cera. El que va delante no puede dejar la cruz. El que *anda con los difuntos* tiene mal color, adelgaza y no se siente bien. No puede referir lo que ve ni decir que anda con la Compañía. Si encuentra en el camino a otro puede darle la cruz y el caldero, y entonces él queda libre y el otro tiene que ir con la compañía. Pero el que, al sentirla pasar, traza el círculo y se mete en él, a ese no lo coge. También puede echarse boca abajo, pero entonces los difuntos caminan por encima de él y lo dejan molido. Estas procesiones anuncian la muerte con un año de anticipación a aquel a quien la compañía visita. Cuando va a morir, las visitas son a menudo. También, a veces, los difuntos salen a las doce del día (4).

Nicolás Fort Roldán, bajo el nombre de *Visita o Estadea*, describe «una procesión de visiones formada por los espíritus de los que fueron y de los que aún viven. Surgen los primeros del cementerio, después de las nueve de la noche; la primera alma lleva una cruz, la segunda el *escano* o cajón de ánimas, las demás, unas un ataúd y las demás hachas de cera; unas veces en silencio, otras salmodiando, buscando a los vecinos vivientes, prolongan el paseo cuando los vivos mudaron de casa, y aun embarcan en una *buceta* para cruzar la ría del Ferrol. El espíritu del predestinado, advertido por unos golpecitos hacia las diez de la noche, sale por el ojo de la llave o por el hueco de la puerta y acompaña a los difuntos, mientras sigue descansando su cuerpo y roncando en la cama. Si no acude al aviso, lo sacan a la fuerza del lecho y le dan en el campo tal paliza que muere a las pocas horas. Así recorren lugares y parroquias hasta que llega el alba, en que se van a las sepulturas y se encuentran los vivos encaramados en un árbol, tejado o a la orilla de una sima, empuñando la tea transformada en hueso».

«Contra la compañía hay que atrancar puertas y ventanas

(4) *Galicia*, págs. 224-225.

antes de las nueve de la noche.» «Entre las nueve y las diez, —deja la noche para quien es.» «Si algún curioso es sorprendido fuera de casa debe fingirse dormido y apretar los puños para no formar en la fila ni recibir el hacha fatal.»

«No le priva esta conversión de alma en pena para seguir con sus costumbres, pero de todas maneras no tarda en ponerse amarillo y languidecer, repugnar el trato y aislarse y acabar por morir a los quince o veinte días» (5).

Carré Aldao dice que la Santa Compañía es: «Reunión de las almas del Purgatorio. A las doce de la noche salen en procesión por la puerta principal de la iglesia, llevando muchas luces y dejando olor a cera. A quien encuentran lo obligan a ir delante con la cruz y la caldera del agua bendita. Solamente se libra si encuentra a otro y le entrega la cruz antes de trazar el círculo. La creencia en esta procesión de las ánimas existe en Francia... Augura muerte. Se desvanece frente a la casa del vecino, a quien previene del mal que le espera tirándole piedras al tejado» (6).

Con los textos precedentes basta para dar una idea de los caracteres generales de la procesión de las ánimas. Antes de entrar en detalles, haremos algunas indicaciones acerca de los nombres que recibe.

III

Nombres que recibe la procesión de las ánimas

Los principales son los siguientes:

1.—Procesión de las ánimas.

Es la designación más corriente, por lo menos en el Sur

(5) *Almanaque Ferrolano para 1901.*

(6) *Geografía general del reino de Galicia*, de A. Martín (bajo la dirección de F. Carreras Candi), Barcelona; «Provincia de La Coruña», tomo I, págs. 80-81.

de Galicia, especialmente en la provincia de Orense, y más en las comarcas donde la tradición referente a ella se conserva más viva, como, por ejemplo, en la Limia.

2.—*Santa Compañía*.

Parece ser más propia de las tierras del Norte. Es el nombre más extendido entre los literatos y escritores, por lo cual casi se ha convertido en la expresión técnica de la idea. «Compañía» indica una colectividad, una hermandad de almas que van juntas. Es «Santa» por componerse de almas que están en el Purgatorio, y por lo tanto, de personas que no han muerto en pecado mortal, que se han salvado de la condenación eterna; son «fieles difuntos», componentes de la «Iglesia purgante», que se están purificando de sus pecados, y llamados a participar más tarde o más temprano de la bienaventuranza. Son, pues, almas «santas». En Asturias se les llama por ello *Buena gente* (7).

Sin embargo, como veremos, hay expresiones y creencias que contradicen o mitigan, aparentemente al menos, este concepto.

3.—*Hoste*: hueste (cf. asturiano *Güestia*) (8).

Probablemente se llama así por ir muchas almas juntas, como formando «hueste» o «mesnada» (cf. francés *Mesnie*). Mas también puede indicar este nombre una contaminación con ciertas representaciones de probable origen céltico o germánico—*Mesnie Hellequin*, *Wild Jaeger*—de ejércitos de fantasmas que combaten, cazan o persiguen enemigos o animales.

Cabal (9) rechaza la etimología que deriva «hueste» del

(7) Cabal: *Mitología ibérica*, pág. 192.

(8) Cabal, l. c.

(9) *Mitología ibérica*, págs. 192-193, y *Los dioses de la muerte*, páginas 127 ss.

alemán *Geist*, «espíritu» (Juan Ibero: *Alma astur*, Oviedo, 1918, mayo; artículo «Se habla el bable en Rusia»), y la reduce, con razón, al sentido de «ejército»: «Ello es que «hostis» significa «el enemigo» y significa «el ejército». Y aunque nadie hizo hincapié en semejante detalle, ello es que la palabra «hostis» significó «extranjero», «huésped», «peregrino»; aduce el texto de Guillermo de Alvernia cuando traduce *uest antigua*: «*Vulgari hispanico, exercitus antiquus*», y la consideración muy atinada de que «de ser «hostis» un alma alguna vez no sería por «enemiga», sino por «huésped».

«Hoste» es, pues, el ejército de las almas.

4.—*Hostilla*.

Probablemente, del latín *hostilia*, plural de *hostilis*, «enemigo», lo cual parece contradecir la interpretación anterior. Sin embargo, hemos indicado ya el hecho de ciertas contaminaciones sufridas por la tradición de la procesión de las ánimas. Esta se trueca a veces en cortejo de brujas.

He aquí un caso típico:

«Una vez venía un^o muchacho «de la pretensión»—es decir, de ver a su novia—; era de noche y en el camino vió que venían detrás de él dos filas de mujeres, cada una con su vela encendida; se paró a un lado hasta que pasaron las mujeres y vió que la que venía detrás era coja, y fué y le quitó la vela. Las mujeres siguieron su camino, y el mozo, todo *escazurrado*, se fué por otro, pensando qué sería aquello. Pasó la noche y al otro día se fué junto al cura y le contó lo que le pasara, y el cura le dijo que aquella misma noche cogiese un bastón y fuese a colocarse en el mismo sitio, que a la misma hora habían de volver por allí, y que le diese la vela a la coja; después, con el palo, hiciese un círculo y en el medio una cruz, pues aquellas mujeres *eran brujas* «y han de tratar de despedazarte y comerte». El mozo hizo lo que le mandó el cura; *las brujas* vinieron a la misma hora, el mozo le entregó

la vela a la coja y después dieron la vuelta y lo rodearon, pero como tenía la cruz no le pudieron hacer nada» (10).

Encontraremos esta confusión de las ánimas con las brujas más adelante, en un texto de Valle-Inclán. Por su parte, Cuveiro Piñol, en su conocido Diccionario gallego, bajo *Santa Compañía*, inserta lo siguiente: «Entre el vulgo, creída hueste o procesión de brujas que andan de noche alumbradas con huesos de muertos, llamando a las puertas para que les acompañen a los que desean que se mueran pronto, con una porción de disparates a cual más absurdos y misteriosos.» Se ve que Cuveiro Piñol no se ocupaba de estas cosas, en virtud del desprecio que sentía por ellas, y era partícipe de la idea común a muchos semicultos de que las brujas son seres del otro mundo, a los que se atribuyen todos los fenómenos inexplicables.

5.—*Estantiga* o *Estandiga*.

Esta expresión se hace derivar de *hostis antiqua*, designación propia de los diablos. El enemigo del género humano aparece designado en el Apocalipsis (XII, 9) como la «serpiente antigua (*serpens antiquus*)», esto es, la serpiente tentadora del Paraíso; el llamarle *Antiquus hostis* se atribuye a San Gregorio Magno (*Expositio Moralis*, lib. III, *in secundum caput Job*). En España la expresión *uest antigua*, en el sentido de diablo, es empleada por Berceo en los *Milagros de Nuestra Señora*:

*Sabía él cosa mala, toda alevostá,
ca con la uest antigua avíe cofradía.*

El poeta alude aquí al pacto con el diablo. El elemento

(10) Caneda, Monforte de Lemos (Lugo). Comunicado por don Jesús Rodríguez.

común *hueste* ha sido, probablemente, la causa de llamar *Estantiga* a la procesión de las ánimas (11).

6.—*Estadea*.

Cabal (12) la explica de este modo: *Estantigua*, en portugués y gallego, a veces, *Estantiga*, se contaminó con *estatua*: «Estatua es una figura que representa la persona ya difunta» (Covarrubias). *Estadal* (del latín *statualis*, *statalis*, derivado de *status*) se llamaba a una vela para alumbrar a los muertos, porque *status*: el cirio antiguo tenía la altura de un hombre. De aquí, *Estat-inga*, *estat-al*, *estat-ua*. Estatua, en Portugal, se encuentra *estadua*. Y de aquí que por Galicia, aún en nuestros días, a la hueste le llamen la «estadea».

A nuestro juicio, *Estadea* debe referirse más bien a *estadal*, aludiendo a los cirios de la procesión, que a *estatua*. Sin embargo, la presentación de los muertos en estatua es frecuente en las leyendas (13).

7.—*Antaruxada*.

Este nombre lleva, según nos comunican, en Boborás (Carballino, Orense). Sin embargo, esta palabra designa a veces otras cosas. Un alumno nos comunica lo siguiente: «*Antaruxada* consiste en que antes de morir o antes de suceder una desgracia existen señales de lo que va a suceder. Yo no sé si es el demonio quien ejerce esta misión, si son almas perdidas que no pueden entrar en el cielo ni en el infierno (así dicen los emigrantes que cuentan en la Habana), si son los ángeles del cielo almas buenas enviadas por el Señor. Se ven diferentes cosas, entre ellas: unas veces se ve salir el

(11) Cf. Cabal: *Mit. ib.*, págs. 192-193, y *Los dioses de la muerte*, páginas 133 ss.

(12) Op. cit.

(13) Véase Víctor Said Armesto: *La leyenda de Don Juan*.

ataúd de casa del individuo, acompañado del cura, personas, etcétera. Otras veces se oye llorar y muchas veces se conoce quién llora, porque se le comprenden las palabras. Otras veces se ve pasar el Santísimo Sacramento y se oyó la campanilla de la iglesia y se ven las luces que lo acompañan. Otras veces se oye la dulce música del cielo (cuando el niño la ha de llevar)... Dicen que hay muchos perros, personas, etcétera, que andan con la *antaruxada*, y así nos cuentan lo siguiente: Dice una mujer: «Cuando yo era pequeña, tendría unos doce años, le oí decir a un hombre que le llamaban el tío Pepe: «Comadre, cuando esté en la cama o en otro sitio y llamen por usted, responda siempre: ¿*Quen é?*, por que a mí me pasó un caso: estaba un día en la cama y llamaron por mí: «¡Pepe, Pepe!». Respondí: «Mande», y me dijeron: «Ande a correr.» Yo no me quería levantar, pero me amenazaron y tuve que levantarme e irme con un hombre que quién sabe por dónde me llevó. Sólo que toda la noche anduvimos alrededor de iglesias y, por último, me dejaron en la iglesia del Campo. Para no volver tuve que andar por la iglesia...» Preguntando ahora a nuestra gente: «Pero, ¿qué es esto?», responderán: «Un *fadaíro*.» «¿Y qué es un *fadaíro*?» «Nada, *aire*. ¿Qué sabemos nosotros?» (14). El informador entra luego en consideraciones sobre si el aire puede hacer estas cosas, etc.

Otro informador nos dice: «Existen los llamados *antaruxados*, que andan de noche y anuncian la próxima muerte de una persona. En estos términos dicen haber muchas personas que ven antes de que ocurra tal fallecimiento la procesión fúnebre» (15). El nombre de *Antaruxada* para la procesión de las ánimas parece ser corriente en la comarca de Lalín (Pontevedra) (16).

(14) San Cosme de Cusanca, Irijo (Orense). Comunicado por don Emilio Nogueira Dacosta.

(15) Castro Dozon (Lalín, Pontevedra). Doña Anuncia López López.

(16) Doña Manuela Fernández Areas, de noventa y cuatro años, 1935.

En cambio, los Diccionarios de la Real Academia Gallega (17) y de Carré Alvarellos (18) dicen que *antaruxa* es la bruja que besa el trasero al diablo, que se presenta en forma de cabrón, en el aquelarre. La vacilación entre las brujas y las ánimas en las visiones nocturnas es, como se ve, frecuente.

8.—*Pantalla*.

Se nos comunica esta expresión con referencia a Beariz (Carballino-Orense) (19). Probablemente hay aquí una fusión de *pantasma*, «fantasma» (por estar la procesión formada por fantasmas o afectar las ánimas formas fantasmales), con *espantallo* o *espantalla*, «espantajo» (por el miedo que infunden a quien las ve).

9.—*Visión*.

Cuyo sentido es obvio. Se llama así también a las otras apariciones y a las señales de muerte.

10.—*Visita*.

Porque va a visitar en muchas ocasiones las casas de los que van a morir.

(17) Página 179. Aduce los siguientes versos del P. Sarmiento en su *Colección de muchas palabras, voces y frases gallegas*:

<i>Pescuda, pescuda</i>	<i>ou por antaruxa</i>
<i>pois eres seu neto,</i>	<i>que beixaba ao Demo.</i>
<i>por qué a turraron</i>	<i>Se foi por ser meiga</i>
<i>n'un grande braseiro,</i>	<i>das que fan venenos</i>
<i>se foi por ser bruxa</i>	<i>para enfeitizare</i>
<i>que chupaba os nenos,</i>	<i>aos homes ben feitos.</i>

(18) Segunda ed., pág. 87. Se me ha hecho notar una posible contaminación de la palabra *antaruxada* con «antroido», cast.; «antrúejo», carnaval, acaso por lo carnavalesco de las comparsas de brujas.

(19) Comunicada por don Arturo Noguerol.

IV

Cuándo sale la procesión

No siempre se precisa el tiempo ni la ocasión en que ha de salir la procesión de las ánimas. En la comarca de Lobeira y otras de la Limia Baja puede andar por los caminos tanto de día como de noche (20). En cambio, en la mayor parte de los lugares las horas propias de la procesión son las de la noche. En Baltar (Ginzo) se llama por eso a las ánimas *as da noite* (21). En Asturias, la *Güestia* dice a los vivos:

*Andad de día,
que la noche es mía* (22).

Parece, en efecto, sumamente claro y convincente, en lógica normal, aunque simplista—y siempre tiende a ser simplista la lógica—, que de noche, cuando el mundo visible desaparece sumido en las tinieblas, sea cuando se manifiesta lo invisible. Lo decimos para prevenir cualquier eventual apelación a una mentalidad «pre-lógica».

En todas partes donde existe esta tradición se dice que anda preferentemente de noche. En Baviera, Tirol, Freiburg y St. Gall, en Suiza, se le llama *Nachtvolk* (23). Cortejos nocturnos de fantasmas en forma de entierro son conocidos en Escocia y en Gales (24). También en Bretaña y en otros países de Francia (25).

(20) Lobeira, Entrimo, etc., del partido de Bande (Orense).

(21) Comunicado por don Augusto V. Veloso.

(22) Cabal: *Los dioses de la muerte*, pág. 132; Aurelio de Llano Roza de Ampudia: *Del folklore asturiano*, Madrid, 1922, pág. 73.

(23) *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, unter Wort.

(24) Anatole Le Braz: *La légende de la mort à la Basse Bretagne*, páginas 60-61, notas; tomo I.

(25) *Ibid.*, pág. 60.

La mayor parte de los informes que hemos recogido en Galicia afirman que la procesión sale todos los días (26).

Algunos la limitan a ciertas épocas del año: en el mes de octubre (27), de diciembre a marzo (28), o a ciertos días: los sábados (29) o los viernes (30).

En cuanto a las horas, los más convienen en que el recorrido comienza a las doce de la noche, hora crítica de las apariciones y de los prodigios, centro de la noche, cuando el sol está en el nadir, en el fondo del cielo. Algunos informantes lo limitan a una hora: de doce a una:

*Dind'as doce â unha
anda a mala fortuna (31).*

Alguna vez se sitúa la salida de la procesión a las tres de la mañana (32), o al romper el día (33), o a las nueve; pero estas son excepciones.

V

La procesión y su ceremonial

Por lo común, la procesión sale de la iglesia parroquial (34). Lo cual es naturalísimo, pues en las aldeas de Galicia los muertos son enterrados invariablemente en el atrio

(26) Laza, Verín (Orense), doña Celsa Vila Puga; Pepín, Verín (Orense), doña Julia Rodríguez Pazos, etc., etc.

(27) Feligresía de Mundil, Cartelle, Celanova (Orense).

(28) Grou, Lobeira (Orense), don Manuel Prieto Salgado.

(29) Rabeda (Taboadela, Orense), don Antonio Gulín Vila.

(30) Sandianes, Ginzo de Limia (Orense), doña María de los Remedios R. Durán.

(31) Laza, doña Celsa Vila Puga.

(32) Laza, doña Celsa Vila Puga.

(33) Rabeda, don Antonio Gulín Vila.

(34) Allariz, Cambeo, Grou, Pepín, etc., etc.

de la iglesia ; ésta se halla, por lo tanto, colocada en el centro del cementerio, presidiendo, como es derecho, el mundo de los muertos, que descansan a su sombra.

Una versión más detallada que las otras, aunque contaminada, como sucede muchas veces en Galicia, con detalles burlescos, describe así su formación :

«Se levanta primero aquel que haga más tiempo que está enterrado, y grita :

—*¡ Levantáivos, difuntos,
e saí todos xuntos !*

Se levantan todos, cogen la cruz y una campanilla y marchan adonde les parece, después de dar una vuelta alrededor del atrio cantando de esta manera :

—*A tumba é d'ouro,
salta no touro ;
o touro é touro bravo,
salta no adro :
o adro é de barro,
escáchall'as pernas e revitall'o rabo.*

Después van por los lugares, y al primero que encuentran le entregan la cruz, y entre los meses de diciembre y marzo tiene que salir todas las noches hasta que encuentre otro que lo renueve» (35).

La procesión a veces se dice que marcha en silencio, sintiéndose a su paso tan sólo un ruido como el que hace el aire en las chimeneas, pero van tocando siempre la campanilla (36). La campanilla—que todavía en nuestra juventud precedía los entierros en Galicia, mientras los difuntos fueron

(35) Grou, Lobeira (Orense), don Manuel Prieto Salgado.

(36) Entrimo, Bande (Orense).

transportados a hombros—se menciona frecuentemente en la procesión de las ánimas (37).

Debemos adelantarnos a hacer observar que la procesión de las ánimas parece indudablemente construída a base de dos modelos reales: el acompañamiento del Santo Viático y el entierro. Poseemos versiones en que la procesión de las ánimas ha sido confundida con el paso del Viático:

«Oí contar que por el puente del Hospital venía un hombre y vió venir como si viese los Sacramentos. Y dijo:

—*Ehi veñen os Sacramentos. ¿Qué será isto?*

Y fueron pasando todos y quedó uno detrás, y le dijo:

—*¿Ti qué quedas facendo?*

Y llevaba un palo y le dió un palo en la vela y la dejó quedar, y marchó corriendo y dejó la vela.

Y era un hueso de un difunto» (38).

Otras veces se dice que la procesión «va compuesta como un verdadero entierro, con cruz, faroles, caldero de agua bendita, acompañantes, etc.» (39). O «va por el mismo camino que llevan los entierros» (40). O «consiste en ver, oír de noche (rara vez por el día) los entierros, acompañamiento y demás ceremonias mortuorias tal como han de suceder luego después» (41). Una nota que poseemos sin indicación de lugar ni informador dice: «Cuando van en procesión hacen ceremonias como entierros, llevan cuatro un cadáver; otros llorando y otros hacen de curas y van cantando responsos.»

Otra extraña versión, no confirmada, es la siguiente: «En Bribes los frailes sacaban en Compañía el cuerpo vivo de Ruy Díaz de Andrade, y en San Fiz de Bixoy a don Lorenzo Martelo, para escarnecerlos y porque no podían entrar en el infier-

(37) Manzaneda, Trives (Orense); Trasestrada, Lobeira, Entrimo, Peín (Verín), Ginzo de Limia, etc.

(38) Lalín (Pontevedra), doña Manuel Fernández Areas.

(39) Entrimo.

(40) Allariz.

(41) Parada de Labiote (Irijo, Orense), doña Erundina Rodríguez Trigás.

no porque no tenían conciencia, de modo que iban en penitencia y castigo» (42). Esta versión puede asemejarse acaso a un eco lejanísimo del cazador salvaje (*Wilde Jaeger*) o de alguna leyenda semejante de castigo de pecados graves; como en la anterior existe, seguramente encontramos el de los entierros fantasmas de la tradición francesa (43).

Mas también sucede que las ánimas vayan cantando, sea la letanía (44), sea otras oraciones (45), sea los responsos por los muertos (46). Otras veces cantan una estrofa alusiva:

*Cando éramos vivos,
andábamos pol-os camiños;
e agora que somos mortos
andamos por entre os hortos
tocando nas campanillas
e comendo pementos* (47).

Este cantar se encuentra casi igual en Asturias (48) y en Portugal (49).

A veces, cuando pasa la procesión se oyen ayes lastimeros (50).

Las ánimas van generalmente formadas en dos filas, y llevan invariablemente luces encendidas. Estas luces son, unas

(42) Camilo Díaz Valiño, en *Nos*, «Boletín mensual da cultura galega», núm. 5, 24 San Xoán 1921, págs. 15 ss.

(43) Anatole Le Braz, op. cit., pág. 60. El autor citado llama a esto *l'intersigne de l'enterrement*, que es uno de los anuncios de muerte.

(44) Layas (Cenlle-Ribadavia), don Manuel Viso.

(45) Armeses, Listanco (Carballino, Orense). Véase A. Fraguas en *Nos* («B. m. da c. g.»), núm. 96, 1931; pág. 224.

(46) Nota sin indicación de lugar ni de informador.

(47) Manzaneda, Trives (Orense), doña Benita Acuña.

(48) Cabal: *Mit. ib.*, pág. 90, y *Los dioses de la muerte*, pág. 140. También lo menciona M. Roso de Luna: *El tesoro de los lagos de Somiedo*, con el «Andad de día, —que la noche es mía.»

(49) *Revista Lusitana*, 1910, pág. 287.

(50) Laroá, Ginzo de Limia (Orense), don Antonio Rodríguez Casas.

veces, velas o cirios (51); otras, huesos de difuntos (52); otras, faroles (53), o simplemente luces (54). No es raro, como veremos, que las velas de las ánimas se conviertan en huesos de difuntos. En Soutolongo (Lalín, Pontevedra) nos explicaron que los huesos de difuntos alumbran de noche. En Mundil las luces que llevan las ánimas son de color azulado.

Todas las informaciones que aluden al vestido de las ánimas coinciden en que van de blanco—color de los fantasmas—; la información citada de la Rabeda dice que llevan túnicas blancas, que sus manos són descoloridas y que llevan los pies descalzos.

Como veremos, a veces se puede reconocer a las almas que forman parte de la procesión.

Esta, en sus recorridos, unas veces sigue—como hemos indicado más arriba—el mismo camino que los entierros; otras, anda por toda la parroquia, pero jamás traspasa sus límites (55). Por lo tanto, no se trata de una sola procesión, sino que cada parroquia tiene la suya. Lo cual se relaciona con la importancia que en Galicia tiene la vida parroquial y la relación de vecindad que engendra. Cada feligresía viene a formar como un verdadero clan, cuya base es, en realidad, el servicio religioso.

La misma información asegura, por último, que si el patrón de la parroquia es una santa (Santa Comba, Santa Cristina, etc.), la procesión va formada exclusivamente por las almas de las mujeres difuntas; si, por el contrario, el patrón es un santo, (San Vicente, San Ginés...), entonces van las de los hombres.

(51) Layas (Cenlle), Lobeira, Vilaboa (Allariz), Sandianes (Ginzo de Limia), Lalín (Pontevedra), etc., etc.

(52) Laroá (Ginzo de Limia), don Antonio Rodríguez Casas; Rabeda (Taboadela, Orense), don Antonio Gulín Vila.

(53) Don Alejandro González Cerviño, sin indicación de localidad.

(54) Manzaneda (Trives), Baltar (Ginzo), San Miguel de Berredo (Celanova), etc.

(55) Lobeira, Bande (Orense). Recogido por don Joaquín Lorenzo.

VI

Vivos y muertos

La procesión de las ánimas se da generalmente como anunciadora de muerte para los vivos. Pero de esto nos ocuparemos aparte.

También haremos capítulo especial de lo referente a la conducción de la cruz en la procesión de las ánimas. En efecto—como nos han explicado en Alongos, Toén (Orense)—, las ánimas como son espíritus, no pueden llevar la cruz, que es un objeto material, con peso y masa, por lo cual tiene que llevarla una persona viva. Ahora bien, este hecho tiene variadas y contradictorias derivaciones, merecedoras de especial estudio.

Fuera de estos dos puntos, la primera relación de la procesión de las ánimas con los vivos es la cuestión de si éstos pueden verla o de algún otro modo advertir su presencia. La gran masa de nuestras observaciones da por supuesto que la procesión es visible, al menos, de noche. Por lo menos, se verían las luces, y, en efecto, se ven, aun a gran distancia.

En Lobeira, Entrimo y comarcas de la Limia Baja (56) se distingue, empero, cuando la procesión anda por el día y cuando anda por la noche. En el primer caso, es invisible; sólo puede verse a los vivos que portan la cruz y el caldero del agua bendita, que es mencionado siempre en aquel país, pero no a las ánimas. Sin embargo, su paso o su presencia se hace notar de diversos modos: se oye un rumor como el del viento en las hojas del maíz; se percibe el fuerte olor de la cera; se siente un temor, un desasosiego, un encogimiento del ánimo inexplicables... En cambio, de noche se ve perfectamente la procesión, con todos sus detalles.

A veces sucede que las ánimas no quieren ser vistas, o,

(56) Informaciones recogidas por don Joaquín Lorenzo.

por lo menos, quieren ocultar el lugar adonde se dirigen. He aquí algunos casos:

«De la aldea de Cobas cuentan los *berredaos* cosas que hacen estremecer. En la cruz de la calle de la Plaza aparecían las *ánamas* (sic) con unas luces, pero ocurrió que pasaban un día por la Plaza dos mujeres y le decía una a otra:

—Llégate, que me subo por la pared, pues desde aquí se ven las luces que llevan las *ánamas* en la mano.

—Tú loqueas—repuso la compañera.

—*Inda toupe* si no es cierto que se ven las luces.

Estando en al disputa llegaron las *ánamas* y agarrando a las mujeres por la *coleta*—se refiere al cuello de la camisa o cuerpo del vestido—las llevaron para el otro mundo, y desde entonces no se supo más de ellas» (57).

«Cuentan dos mozos que viniendo una vez del *fiadeiro*, al pasar por junto a una iglesia, de noche, oyeron reventar una cosa como si fuera del otro mundo, y en el momento, por detrás de ellos, vieron pasar a las ánimas con faroles encendidos y las quisieron seguir, pero andaban mucho y no las alcanzaban, y tropezaban en las piedras como si se las hubieran puesto a propósito» (58).

«Otra superstición de que hablan las viejas es la procesión de las ánimas: según ellas, salía todos los días dicha procesión, a las tres de la mañana, y si algún curioso se atrevía a mirarlas, ellas le tiraban un hueso a la cara» (59).

«Estaba una mujer hilando en su casa, de noche, y pasó la Santa Compañía, y uno le tiró una pierna de muerto diciendo:

—*Ti qu'estás fian fianco,*
faille unha media pra ese pernanco.

(57) San Miguel de Berredo (Celanova), doña Carmen Somoza Pato.

(58) Don Alejandro González Cerviño, sin indicación de localidad.

(59) Laza (Verín), doña Celsa Vila Puga.

Ella quiso tirar con la pierna y no pudo: la pierna quedaba siempre con ella y andaba con ella por la casa.

Fué junto al cura, y éste le dijo que cuando pasara la Compañía que le tirase la pierna fuera y cerrase la ventana a prisa. Lo hizo así, y los de la Compañía aún volvieron a tirar la pierna, pero pegó en la ventana y no pudo entrar» (60).

«Otra vez era de noche y una mujer sintió tocar unas campanillas, y dijo: «Voy a ver para dónde van las ánimas», y se asomó a una ventana. Y le dieron una bofetada con una mano muy fría; llegó a la cocina y se desmayó» (61).

En la comarca de Lalín (Pontevedra) se habla mucho de estas *labazadas frías* que propinan los difuntos a los vivos. Indican la frialdad de la muerte. En un *portelo* que hay en un camino muy frecuentado, entre las parroquias de Lalín y Goyás—si no recuerdo mal—, quien lo atravesase después de la media noche se expone a recibir *labazadas frías*, pues los difuntos frecuentan aquel sitio.

Otras veces las ánimas se dejan ver sin mayor inconveniente para ellas, aunque no sin cierto peligro para quien las ve.

«Si encuentran a alguien por el camino lo hacen ir con ellas, y después tiene que hacer lo que ellas le manden, si no para otra vez no lo dejan marchar para su casa y lo hacen andar siempre con ellas» (62).

«Si le meten la cruz o la vela a algún vivo, tiene que andar en la procesión alumbrando e ir a la visita de los viernes, pero después no sabe adónde fué» (63).

«Venía una vez un mozo de la *tuna* y vió venir la procesión, y entonces se tumbó, porque así no le podían hacer nada. Al llegar junto a él decían:

(60) Nota sin indicación de localidad ni de informador.

(61) Ginzo de Limia.

(62) Layas (Cenlle, Ribadavia), don Manuel Viso.

(63) Sandiánes, Ginzo de Limia (Orense), doña María de los Remedios R. Durán.

—*Eiquí cheira á vivo, cheira.*

Y él contestaba:

—*Cheira a pan de Nogueira» (64).*

Así como los muertos tienen un olor característico para los vivos, por lo visto, también los vivos para los muertos. Es curioso que también los moros encantados de los castros distinguen a los cristianos por el olor, diciendo: «Aquí huele a carne de cristianillo vivo.»

Y muchas veces se les responde, como defensa, diciendo que huele a «pan cocido». Aquí deben ser notadas dos cosas importantes: la defensa mágica, consistente en engañar y despistar al espíritu o enemigo poderoso diciéndole que es otra cosa distinta de lo que él cree, y la relación que esto puede tener con el olor característico de las diversas razas (judíos, negros, etc.), muchas veces desagradable para otras. Aquí se confrontan, por un lado, los moros y los cristianos; por otro, los muertos y los vivos, como si dijéramos, la raza de los vivientes y la raza de los difuntos. En uno y otro caso, los gallegos, por confesión propia, huelen a pan. ¿Por qué? ¿Por ser el pan considerado como cosa excelente? ¿Aludiendo a una base de alimentación que, como el pan centeno, tiene un olor más pronunciado que otro pan y que comunicaría su olor al cuerpo?... Teniendo en cuenta que en Galicia, como en muchas otras partes, se suele apreciar, a veces, la carne de los animales por lo que comen, considerando que se puede comer la de aquéllos que, a su vez, «comen cosas buenas», pudiera pensarse que anda aquí la idea «primitiva» de la comunicabilidad de las cualidades en que se funda lo que se ha llamado «magia contagiosa». Véase más abajo lo que se dice acerca del hecho de comer con los difuntos, invitado por ellos.

«Murió una mujer y llevó consigo el secreto de los ahorreros de un hermano. A los pocos días de morir, una sombra acompañaba al hermano de la muerta, dándole *grima* mirar para ella. No desapareciendo la sombra, un tío cura le dijo

que fuese a requerir a su hermana, que quizá fuera ella la que venía a acompañarlo a este mundo.

Por la noche llevó los brazos en cruz y fué al Camposanto para requerirla. Al poco tiempo de llegar oyó unos pásos y vió un bando de almas que pasaban rezando ; se arrimó a un lado y preguntó :

—¿*El ven ahí doña Mariquita?*

—*Non, ven mais detrás.*

Tornaron a pasar otros y les hizo la misma pregunta, obteniendo semejante respuesta. Después de pasar muchos bandos llegó doña Mariquita, hablándole de esta manera :

—*Os cartos están na trabe. Eu estou no'inferno e non podo ver a cara a Noso Señor, pero dille ao señor tío que como non deixe de marmurar e non cambie de vida, ten aquí unha cama agardando por él.*

El hermano marchó y murió a los tres meses, pero en este tiempo nadie vió la sombra que aparecía antes» (65).

«La Visión da de comer en la encrucijada al que pasa: si come, tiene que andar con ellos ; si lleva pan y lo come, no le pasa nada» (66). No es ésta la única versión en que las ánimas frecuentan las encrucijadas ; a veces es en ellas donde se juntan, en lugar de ser en la iglesia (67). En esta idea debió influir la contaminación con la de los cortejos de brujas, pues las encrucijadas, los *trivios* y cruces de caminos son lugares preferidos para las reuniones de brujas, operaciones de magia negra, apariciones del diablo, etc., lo cual, como es sabido, se remonta a representaciones paganas muy antiguas.

Por último, existe la historia, muy repetida, del *robo de la vela*.

«Pasaba una vez la Santa Compañía cerca del Camposanto. Un hombre que la vió pasar le quitó la vela a un ánima

(65) A. Fraguas, l. c.

(66) Oído en la feligresía de Soutolongo (Lalín, Pontevedra).

(67) Rabeda (Taboadela, Orense), don Antonio Gulín Vila ; La Estrada (Pontevedra), doña Ana Meixide. ‘

que iba al final y echó a correr con ella. Al día siguiente le enfermaron los hijos, le ardió la casa y se le juntaron tantas calamidades que se lo fué a contar al cura. El cura le dijo que restituyese la vela en el mismo sitio donde la había cogido. Lo hizo así el hombre y desde entonces le fué bien» (68).

Lo mismo hizo un mozo de Sandianes. Se fué a confesar y el cura le dijo que fuese a esperar la procesión en el mismo sitio y le metiese la vela en la mano a la que fuese sin ella. La fué a esperar y detrás de todas venía un ánima sin vela. Le metió la vela en la mano y le dijeron: *Suerte tuveches, suerte tuveches* (69).

VII

El portador de la cruz

Hemos visto que como las almas no pueden llevar la cruz tiene que ser una persona viva, dotada de fuerza material, la que la conduzca. Por eso, en la procesión de las ánimas va siempre, por lo menos, un vivo; a veces, dos: uno que lleva la cruz y otro el caldero del agua bendita (70); otras veces, más, llevando diversos objetos litúrgicos (71). Pero de lo que más se habla es de uno solo, el cual lleva ordinariamente la cruz; excepcionalmente, el caldero (72) o el estandarte (73).

Se dice, en general, que si las ánimas le meten la cruz o el caldero—también el estandarte, una vela, etc.—en la mano a una persona viva que encuentren por el camino, aquella persona no tiene más remedio que cargar con ella, aceptar su papel y salir todas las noches con las ánimas.

(68) Vilaboa (Allariz), don José Conde Rumbao.

(69) Doña María de los Remedios Rodríguez Durán.

(70) Entrimo.

(71) Allariz.

(72) Cambeo (Coles, Orense), doña María Encarnación Alcaraz del Río. Entrimo, notas de don Joaquín Lorenzo.

(73) Montederramo, Trives (Orense), doña Felisa Gómez Domínguez.

En Cambeo se cuenta lo siguiente: «Un anciano, el tío Gervasio, refiere que una noche, al pasar por delante de la iglesia para ir a su casa, vió un grupo de ánimas que andaban en procesión con un estandarte y un calderito con agua bendita, y antes de que pudiera escapar se acercaron a él y le metieron el caldero en la mano, teniendo que acompañarlas toda la noche, y lo peor fué que también las siguientes, pues al dar las doce escapaba de donde estuviese y marchaba al atrio de la iglesia» (74).

En Lobeira se dice también que, «esté donde esté», el portador de la cruz, todas las noches, llegada la hora, tiene que ir a ponerse al frente de la procesión. Incluso algunos que estaban en Castilla con motivo de la siega o con otro cualquiera, venían de allá todas las noches a llevar la cruz (75).

En Laza se cuenta de un mozo que tenía que ir a buscar todas las noches la cruz a la iglesia, y que, «acompañado d'unha cadelíña negra c'un axóuxe (cascabel)», andaba con ella de las doce a la una de la noche (76).

En Pepín, «un individuo tenía que ir todas las noches, a las doce, para asistir a la procesión de las ánimas. No le valían pretextos: había que ir y nada más, aun cuando estuviera en una fiesta bien animada, al dar las doce, tenía que marchar hacia la iglesia. Su ausencia no era notada por ninguno de los presentes. Se dirigía a la puerta de la iglesia, tenía que ponerse de espaldas y le metían en la mano una cruz de hueso y le hacían una indicación para que empezara a andar. Llevaba también una campanilla, que tenía que ir tocando él mismo. Una de las ánimas lo acompañaba en su música con un tambor. De esta forma tenía que seguir un camino escogido por la comitiva, pero nunca por la víctima» (77).

Esta relación, la más detallada que poseemos acerca de

(74) Doña María Encarnación Alcaraz del Río.

(75) Notas de don Joaquín Lorenzo.

(76) Doña Celsa Vila Puga.

(77) Pepín, Verín (Orense), doña Julia Rodríguez Pazos.

este punto concreto, contiene circunstancias verdaderamente preciosas, si las ponemos en relación con otras esparcidas en diversas informaciones.

La de que la ausencia del que abandona a las doce de la noche una reunión de gente para acudir a la procesión de las ánimas no sea notada por los circunstantes—aunque no se explique cómo se verifica este fenómeno—, unido a lo que antes apuntamos de venir algunos de Castilla con el expresado objeto, moviéndose con la celeridad de las almas no unidas a un cuerpo, hace pensar, sin duda, en lo que Frazer (78) llama—con referencia a los «primitivos»—«alma exterior»; los antiguos germanos, *Filgia* (79), y los modernos ocultistas, «cuerpo astral». Como quizá en el caso de las brujas que acuden al aquelarre o que andan transformadas en bestias, como quizá en el caso del *lobisome* y otros semejantes—acaso también el *nubeiro*, que va en la nube tempestuosa y la dirige y guía—, puede ser también que el vivo que va en la procesión de las ánimas sea, en algunos casos, imaginado, y lo haya sido con más generalidad en otros tiempos, yendo, no en su cuerpo físico, sino exteriorizando su espíritu, saliéndose de su cuerpo y marchando en alguna especie de cuerpo sutil que, no obstante, conserve la apariencia y semejanza del material—o dejando, por el contrario, en el lugar en que se hallaba una apariencia fantástica de su persona... Pero todo esto no puede ser más que una hipótesis difícilísima de comprobar, pues las representaciones populares—siempre vagas e imprecisas en Galicia—van perdiendo contornos y transformándose, habiéndose perdido, probablemente, muchas de sus motivaciones internas, y quedando, muchas veces, tan sólo la cáscara, sin el espíritu que la animaba.

En cuanto a la manera de ser dirigido el portador de la cruz por las almas que van en la procesión, si recordamos lo

(78) *Le trésor légendaire de l'Humanité (feuilles détachées du Rameau d'Or)*, París, 1925; pág. 50 ss.

(79) Eugén Mogk: *Mitología nórdica*.

que hemos citado de Murguía: «Recibe las órdenes sin que él sepa cómo», lo encontraremos perfectamente concordante con la relación que acabamos de transcribir. Parecen también algo semejante a lo que se dice acerca de las órdenes que se reciben durante el sueño hipnótico, que, a veces—se dice—, el hipnotizado, ya despierto, cumple contra viento y marea de sus propios impulsos e inclinaciones y de los obstáculos e impedimentos que se le opongan. Puede haber en los casos que se nos refieren de portadores de la cruz verdaderos efectos de autohipnosis. Recientemente hemos oído uno, referido por quien lo ha observado personalmente, y que ofrece todas las garantías de máxima veracidad.

Aconteció el caso en la comarca de El Ferrol del Caudillo, siendo joven la persona que lo contó. Trabajaba en su casa un obrero con el cual nuestro informador había hecho gran amistad. Este obrero se quejaba muchas veces de un enorme cansancio, y como nuestro informador le preguntase insistentemente por la causa, después de muchas evasivas, acabó por confesarle que andaba todas las noches con la Estadea.

Naturalmente, su patrono y amigo trató de disuadirlo de aquella idea, diciéndole que sin duda soñaba, pues la Estadea no existía, no era más que una creencia supersticiosa propia de gente ignorante.

El obrero, lejos de convencerse, insistió, jurando y perjurando que la Estadea salía todas las noches, que él la había visto y andaba en ella, de modo que no podía dejar de dar crédito a lo que percibían sus ojos. Y, por fin, desafió a su amigo a que fuese con él una noche, y vería las ánimas tan bien como él las veía. Se convinieron y, en efecto, una noche salieron juntos.

El obrero llevó al joven por un largo camino hasta llegar a una dehesa llena de robles, y allí le dijo que esperarían a que pasase la Estadea. Pasó un rato y entonces el obrero dijo: «¿Ves? Ahí están, ahí vienen.»

El joven no veía nada, pero el otro le señalaba el lugar

por donde, según él, pasaban las ánimas, como si en efecto las viese, y, por fin, llegó un momento en que se puso a caminar con paso de procesión y como si llevase empuñada en la mano una vela. El joven, que seguía sin ver nada y estaba asombrado de lo que veía hacer a su compañero, lo sacudió, le gritó, diciéndole que allí no había ningún ser del otro mundo ni de éste más que ellos dos, y el acompañante de la Estadea acabó por estremecerse como si despertase y regresaron ambos a casa.

No cabe duda que aquel hombre padecía lo que se llama una *alucinación*, con arreglo a las doctrinas psicológicas corrientes a fines del siglo pasado, que diagnosticaban tales fenómenos sin dar razón convincente de sus causas ni de su mecanismo. No es que hayamos adelantado mucho en este terreno, pero las teorías más modernas acerca de los fenómenos del inconsciente o subconsciente acaso hayan abierto un camino más practicable para explicar esta clase de hechos.

La ciencia tiene argumentos para todo, pero la superstición le opone otros tantos. En el relato que acabamos de presentar aparecen juntas dos personas, de las cuales una ve la procesión de las ánimas; otra, no la ve. La ciencia puede decir que la psiquis de la segunda es normal; la de la primera, no. Pero la tradición popular explica a su modo el hecho de una manera muy clara y muy lógica.

Dice que no todos los hombres tienen la facultad de ver las cosas del otro mundo. Lo invisible es invisible para la generalidad, pero hay algunas personas, que incluso pueden ser muchas, que poseen el poder de percibir lo invisible, que poseen la mirada hiperfísica, la videncia...

Se indican varias causas, entre las cuales retendremos, por ahora, una, a la que tendremos que referirnos más adelante: según una opinión muy generalizada, poseen la facultad de ver las cosas del otro mundo aquellas personas a las cuales en el bautismo, por una equivocación del cura, en lugar de serles impuestos los óleos de los vivos les fueron los de los

difuntos. Con referencia especial a la *Güestia* se menciona la misma creencia en Asturias (80).

Muchas versiones dicen que el que anda con la cruz tiene la facultad de predecir la muerte de las personas (81). Esto es, sin duda, porque dirigiéndose la procesión a las casas de los que van a morir, puede deducir fácilmente la proximidad de la defunción. En Ginzo de Limia «había un hombre que siempre andaba con la cruz, y una vez que iba con ella quiso saber a qué casa la llevara y la señaló con un lápiz; para el otro día fué a mirar, y de allí a pocos días murió una persona en aquella casa». Otras veces, por el contrario, después de andar con la procesión, no sabe adónde fué (82) o «no puede decir nada de los ritos que hacen, ni siquiera que forma parte de ella, bajo pena de muerte» (83).

El portador de la cruz o del caldero sólo puede librarse de su obligación entregándosela a otro. Si logra encontrar en el camino, cuando va con la procesión, otra persona viva, puede entregarle la cruz, y el que la recibe tiene que sustituirlo.

En Entrimo, «aquel a quien le cayó la desgracia de tener que llevar el caldero no se ve libre de su obligación mientras no consiga dárselo a otro. Para esto, cuando la procesión encuentra en su camino a un hombre que lleve las manos libres, el portador del caldero le pone éste en una mano y le dice: «*Tócache a ti.*» Así queda libre y se va para casa, aunque nunca puede decir nada de lo que vió ni afirmar ni negar que anduvo llevando el caldero» (84).

En Cambeo, el tío Gervasio, de quien ya hemos hablado, «de pasar las noches en vela, fué *devecendo* y enfermó de

(80) A. de Llano: *Del folklore asturiano*, pág. 70.

(81) Piñor, Toén (Orense), doña Nieves Failde Touriñán; Riomuiños. Quintela de Leirado (idem), don Isidoro Rojo Fernández, etc., etc.

(82) Sandianes (Ginzo de Limia), doña María de los Remedios Rodríguez Durán.

(83) Entrimo. Notas de don Joaquín Lorenzo.

(84) Idem íd.

bastante cuidado, sin dejar por eso de ir con las ánimas, y hubiera muerto si una de las veces que andaba en la procesión no pasara un perro por su lado, al cual metió el caldero en la boca, viéndose libre desde entonces y siendo el perro el que lo sustituyó en las demás noches en la procesión de las ánimas» (85). Aquí es un animal el que sustituye al hombre. Pero fijémonos en que es un perro, animal que ya hemos visto figurar en la procesión. El perro es también anunciador de muerte.

En Guntimil (Ginzo de Limia) contaba un vecino a otro lo siguiente: «Una noche venían los mozos de cortejar de Parada cuando se les apareció el Roquiño de Gudes y dijo a uno de ellos: *Toma, toma a cruz*, y tanto miedo cogió que estuvo cuatro días en la cama muy malo» (86).

En Ginzo nos refieren esta graciosa historia: «Una vez andaba un hombre con la cruz; fué a dar la vuelta a una esquina, venía un tal Suárez y le dice el otro: «Toma esto», y le dió la cruz. El Suárez se empezó a poner malo y decían que moría, y decía el otro: «No muere, no.» Lo fué a ver y le dice:

(85) Doña María Encarnación Alcaraz del Río. La presencia de un perro en la procesión de las ánimas nos ha salido ya al paso en la información de doña Celsa Vila Puga, referente a Laza (Verín), en que el portador de la cruz va acompañado de una perra negra con cascabel. La relación del perro con la muerte es frecuentísima: los perros *venían a morte*, y por eso la anuncian cuando aúllan; dan grandes muestras de dolor cuando mueren sus amos; visitan su sepultura en el cementerio; 'desentierran cadáveres; a veces, los devoran; descubren los de los que han sido víctimas de un homicidio, etc. En el caso presente parece que se trata más bien de una sustitución de las que se mencionan muchas veces en las operaciones mágicas. Por ejemplo, cuando se evoca al demonio para hacer el pacto hay que ofrecerle una criatura viva, con alma, por lo cual, para evitar entregarle una persona o que se lleve a uno de los evocadores—que, por lo general, tienen que ser tres—, se le da a cambio un perro o un gato. En realidad, es un engaño que se hace al diablo. Pues bien: el perro del tío Gervasio es también un sustituto animal y hasta una suerte de engaño hecho a las ánimas.

(86) Don Francisco Ferreiro Colmenero.

—¿Qué tienes, Suárez?

—Tú bien sabes lo que tengo.

—Pues no te apures, qué eso tiene remedio. ¿Cuánto me das y te ando yo?

—Te doy cuarenta reales.

—Ya está.

Y siguió él andando con la cruz.»

Se puede uno librar de que le entreguen la cruz de varias maneras. Las principales son:

Abrir los brazos en cruz y decir cuando se la quieren dar: «Cruz teño» (87).

Llevar los brazos cruzados (88).

Llevar las dos manos ocupadas, sea con piedras, sea con leña, sea con arena, etc. (89).

Echarse en tierra boca abajo (90). Sin embargo, hemos oído decir que éste no es buen procedimiento, pues las ánimas pasan por encima del que está echado y lo dejan maltrecho. También hemos visto que lo indicó Murguía.

Trazar un círculo con una cruz en medio alrededor de uno y permanecer dentro de él mientras pasa la Hueste. Este medio se recomienda para todos los casos de aparición de almas en pena, y las referencias son tantas que no hay para qué hacer cita especial.

En fuentes literarias se encuentra también empleado en estos casos el *risco de Salomón* o *pentalfa*, que es el que en Portugal llaman *signo-saimão*, de universal empleo mágico.

Llevar en la faltriquera cuernos de *escornaboís* o *vaca loura* (*lucanus cervus*) (91).

(87) Entrimo, Alongos, etc.

(88) Forxa de Castelaos (Ginzo de Limia).

(89) Entrimo. Notas de don Joaquín Lorenzo.

(90) Sandianes y otros muchos lugares. Es el medio más generalmente mencionado, en uso también en Bretaña, Alemania y otros países.

(91) Mundil, Cartelle (Celanova). Los cuernos de *vaca loura* se emplean también contra las brujas, mal de ojo y, en general, contra toda mala influencia, como medio apotropaico.

Llevar ajo en el bolsillo (92).

Estos dos últimos procedimientos se emplean constantemente contra las brujas. El primero responde al pensamiento de que las puntas, en especial los cuernos, rechazan las malas influencias; los ocultistas modernos dicen, a veces, que atraen o que dispersan y disuelven los «flúidos», como sucede con los pararrayos. El segundo se funda en la virtud de los olores fuertes, sobre cuyo tema habría mucho que hablar.

El que anda con las ánimas aparece demacrado, desmejorado, débil, de mal color, enfermizo, de un aspecto como de pretuberculoso. Esto se atribuye, a veces, a las malas noches y al cansancio de las largas caminatas; otras, al contacto con los difuntos, cuya palidez y demacración adquiere.

A causa de esta apariencia enfermiza, hay ocasiones en que andar con las ánimas se considera como deshonesto. No hace muchos años, un mozo de las cercanías de Allariz quería llevar al Juzgado a una moza porque había dicho de él que andaba en la procesión de las ánimas.

En lo que se refiere a la sustitución del portador de la cruz, una versión que se separa de las más conocidas es la de Trasestrada. Dice así:

«Después de enterrados, los difuntos vuelven a la vida, aunque bajo otro aspecto. Aparecen a los que andan de noche rondando, van también a las casas de los que están enfermos para decirles cuándo han de morir. Otras veces le entregan la cruz a un vecino cualquiera, y entonces es éste el que va a morir. El vecino que muere le entrega, después de estar enterrado, la cruz a otro, que muere después. Por eso cuando muere alguien en la parroquia se dice que le dió la cruz el que murió antes que él» (93).

(92) Idem. Puede decirse del ajo lo mismo que del cuerno de *vaca ioura*.

(93) Doña Estrella Esperanza Mourinho. No podemos ocuparnos aquí de la atracción que, según la creencia popular, tiene el muerto sobre los vivos, de las creencias acerca del *aire* del difunto, etc. La tradición que acabamos de consignar parece un eco de ellas.

Aquí, sin duda, está desfigurada la tradición; se trata de una forma nueva, una de las muchas derivaciones de que es susceptible la procesión de las ánimas, que algo puede enseñarnos sobre la transformación de los mitos.

VIII

La procesión y las premoniciones de muerte

Es general la idea de que la procesión de las ánimas anuncia la muerte de las personas a cuyas casas se dirige: «Todos los viernes van de visita a la casa donde ha de morir alguna persona» (Sandianes). «Antes de morir alguien, la *procesión do caldeiro* lo va a visitar y hace un simulacro de entierro» (Entrimo). «Anda por las calles de los pueblos y va de unos a otros, visitando las casas en que va a morir alguno» (Lobeira). «Van a las casas de los que están enfermos para decirles cuándo han de morir» (Trasestrada). «En estos términos se dice haber muchas personas que ven antes de que ocurra el fallecimiento la procesión fúnebre» (Castro Dozón). «La *Antaruxada* o Santa Compañía es señal de muerte» (Lalín). «Consiste en ver y oír de noche (rara vez por el día) los entierros, acompañamiento y demás ceremonias fúnebres tal como han de suceder después» (Parada de Labiote). «Visita las casas de los enfermos en peligro de muerte» (La Estrada).

También sucede que la procesión de las ánimas anuncia la muerte de los que la ven (94).

Esta tradición ha sido utilizada por Valle-Inclán (95): Don Juan Manuel Montenegro regresa borracho de la feria en noche tempestuosa, y ve la Santa Compañía... Una Santa Compañía que comienza siendo de ánimas y acaba siendo de brujas. Llega a su casa y le sale una criada con un candil:

(94) Lalín. Notas de don Joaquín Lorenzo.

(95) *Romance de lobos*, jornada primera, escenas primera y segunda.

«El caballero.—¡Sopla esa luz, grandísima bruja!

La Roja.—¡Ave María! ¡Qué fieros! ¡Ni que le hubiera salido un lobo al camino!

El caballero.—¡He visto la Hueste!

La Roja.—¡Brujas fuera! ¡Arreniégoate, Demonio!

Sopla la vieja el candil y se santigua medrosa. Cierra el portón y corre a tientas por juntarse con su amo, que comienza a subir la escalera.

El caballero.—Después de haber visto las luces de la muerte, no quiero ver otras, si debo ser de ella...

La Roja.—Hace como cristiano.»

El que después de haber visto la Hueste no se debe ver luz, se halla confirmado por varias informaciones que hemos recogido personalmente.

Otra versión asegura que las almas de los que van a morir van en la procesión (96).

La procesión es, pues, no sólo anuncio, sino también causa de muerte. Responde esto último a la vieja idea de que la muerte llama a la muerte, de que los muertos reclaman otros muertos. Existe, no obstante, manera de librarse de acudir a la llamada de los muertos. Con referencia a los ayuntamientos de Boborás Beariz y Avión, se nos comunicó lo siguiente: «La *Estandiga* pasa por la puerta del que va a morir y llama a la puerta de la casa. Si el interesado abre la puerta, su muerte es segura; pero si al llamar a la puerta les echa un gato negro, se salva y no muere» (96 bis). Es, nuevamente, la idea de la sustitución: se entrega una vida a cambio de la propia, una criatura de poco valor por otra valiosa. Concuerda con otras versiones en que para librarse hay que atrancar puertas y ventanas desde las nueve de la noche.

Bajo este aspecto, la procesión de las ánimas entra en la categoría de las *premoniciones de muerte*. Estas son de dos

(96) Entrimo. Doña Julia Rodríguez Pazos. También se dice esto en otros lugares.

(96 bis) Comunicación de don A. Noguerol.

clases: las que provienen de determinadas personas que poseen la facultad de percibir lo invisible y las que pueden ser observadas por cualquiera.

La mirada hiperfísica es privilegio, principalmente, como ya hemos dicho, de los que han sido bautizados con los óleos de los difuntos. En efecto, en el ceremonial del Sacramento de la Extremaunción se ungen con los santos óleos los órganos de los sentidos, lo cual no es difícil interpretar proéticamente, como si con aquella aplicación del óleo santo se abrieran los sentidos del moribundo a las realidades del otro mundo en que va a penetrar. Nada más sencillo que pasar de aquí a creer que a quien se le aplican, no al término de la vida, sino al comienzo, se le abrirán también para poder contemplar aquellas realidades mientras vive. De todos modos, recibe tal facultad, no por deseo ni esfuerzo propio, sino involuntariamente, como un hado.

En general, se encuentran en Galicia numerosas personas de quienes se asegura que anuncian con anticipación la muerte de sus vecinos. Unas veces se limitan a decir, cuando no hay motivo alguno para sospecharlo: «*Vai haber morto na parroquia*»; otras veces precisan el lugar, la casa o la familia; otras, por fin, señalan la persona que va a fallecer, advirtiéndoselo a ella misma o a alguno de sus familiares.

Hemos oído a personas muy serias y dignas de crédito, de un vecino de Sobrado del Obispo, cerca de Orense, cuyos aciertos en esto eran verdaderamente sorprendentes. Nos han referido casos en que este individuo, hablándose delante de él de un vecino agonizante, desahuciado completamente por los médicos, aseguró: «*Pois d'esta non morre*», y, en efecto, contra toda razón y toda esperanza, el enfermo recobró la salud. En cambio, dicen que anunció con toda precisión una muerte tan imprevisible como la de uno que se cayó de una escalera de mano a la que estaba subido, y el anuncio precedió en varios días al suceso. Todos los informadores coinciden en asegurar que los pronósticos de aquel hombre no fallaban jamás.

No siempre son los óleos de los difuntos los que transmiten o confieren esta propiedad. A veces es un sino, un hado —¿*fadaíro*?— que el individuo posee de nacimiento, con el cual viene a la vida, o que adquiere después quién sabe por qué causas.

Una muchacha de Sabadelle (Pereiro de Aguiar, Orense) nos decía: «Hay personas que tienen un sino y anuncian la muerte de las personas, y, a veces, de noche, tienen que recorrer siete provincias.» Se trata, sin duda, de los que otra versión de las que hemos dado cuenta llama *antarruxados*. Palabra que puede querer decir «embruados». El *sino* puede venir de muchas partes.

Ya hemos visto que al vivo que lleva la cruz en la procesión de las ánimas se le concede muchas veces la virtud de predecir la muerte. A veces la conserva después de haber abandonado su lúgubre oficio: «En San Payo (Entrimo) murió hace poco un hombre llamado Lázaro de Esperanzo, del cual decían que había andado en otro tiempo con el caldero en la procesión de las ánimas. Este hombre predecía exactamente la muerte de las personas» (97).

No son sólo los difuntos lo que ven los que poseen tal vista hiperfísica, ni sólo la muerte lo que anuncian: «En la aldea de San Marcos, cerca de Compostela, parroquia de San Fiz de Solobio, había un señor que tenía un criado que, como nunca iba a misa, fué preguntando por su amo:

—¿*Por qué non vas â misa?*

—¿*Ay, señor!*—respondió—. *Porque vexo os difuntos debaixo de min.*

Y ante el pasmo del amo:

—*Tamén sei, señor, que na fonte de «tal parte» hay diñeiro; pra sacalo precisase ir alí c'unha baeta paxiña e unhas tixeiras*» (97 bis).

Es decir, que ven las ánimas, ven el porvenir de las perso-

(97) Entrimo. Doña Julia Rodríguez Pazos.

(97 bis) Comunicado por don Fermín Bouza Brey.

nas, ven los tesoros ocultos y también los seres encantados—moros, damas, etc.—y los demás espíritus.

La segunda clase de premoniciones, que cualquiera puede tener, consisten en percibir lo que llaman *señas*. En Ginzo de Limia se dice que «hay señas de todas las personas antes de morir».

«Las *señas* son apariciones y representaciones que tienen las personas de algo que va a suceder. Cuando estaba yo en mi aldea, algunos mozos me contaban las señales que ellos habían visto. Coincidió, cuando yo estaba pasando una temporada, con la muerte de una mujer del pueblo de Pepín (Verín). A los dos días siguientes, comentando la desgracia con unos paisanos de allí, les dije que me había sorprendido el fallecimiento de la buena mujer. Uno de los mozos que allí estaban me dijo:

—Quizá a vosotros os haya sorprendido la muerte de esa mujer, pero a mí no; era cosa que hacía ocho días que esperaba.

Me contó entonces lo que había visto: Una noche pasaba por delante de la casa de la tía Fulana (la difunta), y al pasar por delante de la puerta noté un resplandor tan grande que incluso me molestó la vista; empecé a ver mucha gente, vi los curas que iban (eran los que fueron después en el entierro) y conocí la gente que lo acompañaba; en el centro vi una caja rodeada de cirios y pude ver que la que iba dentro era la tía Fulana» (98).

Se trata aquí del *intersigne de l'enterrement* de que habla Anatole Le Braz (99), con referencia a Bretaña, Gales, Escocia, etc., y al cual ya hemos aludido más arriba.

Le Braz llama *intersignes* a estas «señas» de que venimos hablando, y que en bretón reciben los nombres de *seblanchou*, o sea *semblants*, «semejanzas» o «apariencias»; *sinaliu*, que traduce por *signes avertisseurs*, pero que significa lo mismo

(98) Doña Julia Rodríguez Pazos.

(99) *La legende de la mort*, t. I, pág. 60.

que nuestras «señas», y *traous pont*, «cosas de espanto», equivalente a la expresión gallega *cousa ruin*.

Estas «señas» son variadísimas. Algunas, muy conocidas: aullar los perros, romperse un espejo, volar cerca de la casa o posarse en el tejado alguna de las aves tenidas como de mal agüero—*moucho*, *curuxa*, *pega*, etc.—apagarse determinadas luces.

Por los Ayuntamientos de Villar de Santos y Rairiz de Veiga, en la Limia, la señal más certera y temida consiste en sentir un fuerte olor a cera sin que haya ninguna vela encendida. Son numerosísimas las personas que aseguran haber experimentado esta sensación como anunciadora de muerte en las casas o lugares en que lo sintieron. Contiene una clara alusión a los blandones del funeral.

En el Ribero de Avia es el olor a aceite el que sustituye al olor a cera, alusión a las lamparillas con que en las casas se alumbraba al cadáver, y cuyo olor característico se nota con anticipación cuando va a ocurrir un fallecimiento.

El hecho de apagarse las luces en un funeral anuncia otra muerte, pudiéndose determinar, hasta cierto punto, entre qué personas ha de ocurrir: si se apagan hacia el medio del catafalco, morirá uno de la familia del difunto; si en la cabecera, el cabeza de familia; si a la derecha o a la izquierda, una de las personas situadas hacia el lado que se apaga la luz (100).

Entre los animales anunciadores de muerte los hay reales y fantásticos.

Los reales los hemos mencionado ya en su mayor parte; son, principalmente, aves, y una, a veces, refinada *ornitomanía* popular sabe sacar agüeros de sus evoluciones y de sus graznidos. No podemos entrar ahora en tantos detalles.

Pero hay una *seña* ornitomántica que no debemos dejar de mencionar: cuando una gallina canta como el gallo anuncia muerte en la casa. Esta creencia existe, exactamente igual,

(100) Soutolongo, Lalín (Pontevedra). Notas de don Antonio Fraguas.

en Bretaña, Escocia, Gales e Irlanda (101). Lo más notable es que, en este caso, se puede practicar una verdadera operación mágica de *choc-en-retour*, que evita que ocurra la muerte anunciada por el canto de la gallina; consiste tan sólo en matar inmediatamente la gallina que cantó como el gallo. Así, haciendo recaer la desgracia sobre quien la anunciaba o acaso la causaba, se aparta de la cabeza de la persona amenazada. Esto es pura magia, y hace sospechar la idea de si es la gallina la que causa la muerte, en lugar de limitarse a anunciarla. Según Le Braz, en Leitrim se aconseja también matar la gallina.

Los animales fantásticos que anuncian la muerte suelen ser un perro, un lobo o un zorro. Tenemos vagas indicaciones acerca de un gran perro blanco que aparece en los *rueiros* o en las encrucijadas, anunciando la muerte de tal o cual persona. El famoso *Urco* de Pontevedra, acerca del cual se ha investigado, fantaseado y bromeado sin cuento por casi todos los escritores gallegos, y cuyo nombre se hace corresponder al castellano *Huerco*—derivado del latín *Orcus*, el infierno, el mundo inferior o subterráneo, la morada de los muertos, las tinieblas que reinan en él y también el dios que lo preside: Plutón-Hades o bien *Dis* o *Dite*—, que se aplica a la sombra del muerto o del que va a morir y al ataúd (102), se representa en figura de perro que presagia infortunio, y ha sido identificado con el Cerbero.

De un *lobo blanco* se nos ha informado en varios lugares de la provincia de Orense. El lobo blanco aúlla en una colina cerca de la aldea cuando va a morir alguien, y se le ve allí por la noche.

Por último, se habló también mucho en los comienzos de

(101) Le Braz, op. cit., pág. 43.

(102) Sabal: *Los dioses de la muerte*, pág. 53 ss. En Pías (Mondariz, Pontevedra) el *Urco* es «un ave muy grande que anda de noche y que—unas veces cuando va a morir una persona; otras veces, siempre—grita como una cabra o como un gato...»

la investigación sobre el folklore gallego de la *raposiña de Morás*, bestia fantástica nocturna que lanza fuego por los ojos y acerca de la cual no pueden ser más confusas las informaciones.

Debe ser la misma *raposa dos mornacos* de que habla una comunicación procedente de Vilanova dos Infantes: «Es frecuente verla esperar a la puerta de la casa de los moribundos de alma negra, usureros generalmente. Los testigos oculares que nos relatan haberla visto, dicen que esperaba el alma de algún cacique usurero» (103).

IX

La «Sociedad do Oso»

Una de las más curiosas derivaciones de la procesión de las ánimas es la «Sociedad do Oso», que se dice existente en Verán.

La Sociedad está formada por personas vivas vecinos de aquellos lugares, pero no se sabe quiénes forman parte de ella. La información que poseemos acerca de ella dice así:

«En Verán hay una «Sociedad do Oso». Cuando un socio está enfermo y no es de muerte, si va el médico a verlo, uno de la Sociedad se acerca a él y le dice: *Excusa ir, que d'esta non lle vai*.

Cuando muere, el día anterior o el mismo día, van todos los socios a buscarlo a la casa, con su cura, y llevan en las manos huesos encendidos como si fueran velas—a lo cual debe su nombre la Sociedad—. Pasan sin tropezar con nadie. Otras veces se ve una multitud de bultos que no se sabe quién son ni lo que es. Y, sin embargo, es de gente viva, no de fantasmas.

Al llegar a la iglesia tienen el entierro, y lo entierran,

y todo esto aconteció de noche. Pero el cuerpo del difunto queda en la casa.

Una mujer, la víspera de la fiesta, llegó muy temprano a Verán, antes de salir el sol, y vió la iglesia abierta. Entró y vió la gente haciendo un entierro. Se acercó y uno le dió una vela encendida, y ella la tuvo en la mano mientras duró aquello, y al acabar la apagó y la metió en la cesta que llevaba en el brazo; pero al salir el sol fué a mirar la vela y vió que era un hueso de muerto» (104).

La agrupación de las ánimas, muchas veces de los muertos de una parroquia, es decir, de los antepasados, de los progenitores, se ha convertido aquí en una Sociedad secreta compuesta por personas vivientes, Sociedad cuyas funciones parecen ser las de cualquier Hermandad o Cofradía devota. Sin embargo, parece haber en esta Sociedad, respecto a la parroquia, cierto espíritu de secesión, que se manifiesta en el hecho mismo de tener su servicio religioso aparte, hasta, al parecer, su capellán, independientemente del servicio parroquial. Claro que esto sucede también con muchísimas Cofradías. Pero estos caracteres y el hecho de ser secreta la Sociedad, no puede menos de hacer pensar—aun a quien como el que esto escribe no es partidario de buscar a todas las creencias populares precedentes de orígenes prehistóricos—en las Sociedades secretas de los «primitivos» y en la oposición que, a veces, se ha querido ver entre ellas y las organizaciones gentilicias.

Como se ve, todos los miembros de la Sociedad poseen la facultad de prever la muerte de las personas y anunciarla con seguridad. La premonición de muerte parece ser allí privilegio de los que forman parte de la «Sociedad do Oso».

Igualmente gozan de la facultad de abandonar temporalmente su cuerpo, pues que cuando van en procesión atraviesan todos los obstáculos físicos sin tropezar con ellos, atravesándolos como cuerpos sutiles. Se nos dice que son vivos

(104) Véase *Nos* («B. m. da c. g.»), núm. 5, 24 S. Xoán 1921, pág. 17.

y no fantasmas porque, en efecto, se trata de seres vivientes y no de difuntos; pero, por otra parte, se nos asegura que cuando van a enterrar al consocio difunto no llevan el verdadero cadáver, el cual queda en la casa de cuerpo presente, por lo cual lo que llevan tiene que ser algo así como su sombra o fantasma. Son, pues, los socios de esta extraña Cofradía seres de doble vida, que tienen una vida como hombres vivientes, como los demás, y otra como fantasmas desencarnados. Viven a la vez en este mundo y en el otro.

Este mito merece una investigación más profunda si, efectivamente, es todavía posible. Habría que perseguir todos los detalles; habría, sobre todo, que averiguar si hay algunos que, en efecto, se figuran pertenecer a la sociedad y analizar sus experiencias.

La relación con la procesión de las ánimas y con las premoniciones de muerte es patente. Ampliando la información se encontrarían, sin duda, otras bien interesantes.

X

Interpretaciones de la procesión de las ánimas

Murguía, y con él la mayor parte de los escritores gallegos que se han ocupado del asunto, creyeron en el origen céltico del mito de la procesión de las ánimas, y de la misma opinión fué Menéndez y Pelayo (105). En efecto, se encuentran, como hemos visto, numerosos paralelos en los países célticos, y también en los de lengua germánica.

Pero si se puede ver el indudable parentesco existente entre las formas gallegas, asturianas y portuguesas del mito con determinadas formas célticas y germánicas, su genealogía y su historia no han llegado a ser determinadas satisfactoriamente.

(105) Citado a este propósito por Cabal: *Los dioses de la muerte*.

Suelen acudir numerosos autores, incluso gallegos, a la *Mesnie Hellequin* y al *Wilde Jaeger*, pero en uno y otro mito no se trata de ningún modo de nada que se parezca a una procesión, sino de ejércitos o cabalgatas de cazadores que por la noche pasan por el aire en un viento tempestuoso (106). Son, ciertamente, gentes del otro mundo, ejércitos o tropas de difuntos, pero que hacen cosas enteramente distintas a las que hacen las ánimas que van en la Hueste. Sólo el nombre de «hueste» podría aproximarlas; pero, decididamente, no hay ningún parentesco entre una cosa y otra.

Doña Carolina Michaelis (107) supuso que las dos representaciones que acabamos de citar se originan en el mito de Wotan, cuando, cabalgando sobre las nubes, asistía a los combates y se llevaba en su hueste las almas de los héroes que caían en el combate. La ilustre hispanista creyó que la procesión de las ánimas andaba por los aires: «*a companha aerea que baila nas paisagens gallegas*», cuando en realidad anda por la tierra. Lo que de su trabajo y del de Menéndez Pidal, al que replica, se desprende es más bien que la tradición de un ejército fantástico de demonios pudo existir en alguna época en Castilla, entre los siglos XIII y XV, por los testimonios del poema de Fernán González, de Berceo y de Diego de Mendoza en su *Guerra de Granada*, concordantes con lo que dice Guillermo de Auvernia, a cuyo ejército se puede acaso suponer un precedente en el cortejo de Wotan. Otra supuesta derivación de éste, la leyenda del «cazador salvaje», se encuentra en Cataluña y en el País Vasco. Pero ni una ni otra tienen con la procesión gallega de las ánimas sino un parecido lejanísimo. En Galicia la procesión de las ánimas se confunde a veces, como hemos visto, con un cortejo de brujas, pero no con demonios, ejércitos ni cazadores.

(106) La descripción de ambos mitos puede verse en Cabal: *Los dioses de la muerte*, pág. 140 ss., y en Julio Caro Baroja: *Algunos mitos españoles*, pág. 73 ss.

(107) *Revue Hispanique*, 1900, pág. 10 ss.

La nota impresionante es, sí, la de aparecer en Berceo los demonios

*con çiriales en manos e con çirios ardientes;
con su rey en medio, feos, ca non luçientes.*

El señor Menéndez Pidal hace notar que esto es traducción de un modelo latino de Vicente de Beauvais: «*ostendit ei albos clamydatos cum multitudine condelaborum clamantes, et in medio principem sedentem, erat enim diabolus et ministri eius.*»

He aquí algo que puede hacer dudar, o, por lo menos, sospechar una contaminación antigua, producida también fuera de España. Pero, de todos modos, su carácter cristiano y medieval es marcadísimo.

De todos modos, la procesión de las ánimas no parece poder derivarse de un modelo pagano, sea clásico, sea germánico.

Es una formación independiente, de origen cristiano, como pretendió Menéndez Pidal, y que tiene sus paralelos en Alemania en el *Nachtvolk*, que «aparece como procesión de almas de muertos que en fila de espíritus pasan, las más de las veces, como procesión, rezando», de la cual forman parte también «las sombras de los vivientes cuya próxima muerte se espera», que «avisa en caso de muerte», que «cuando llega a su proximidad o se responde a sus golpes en la puerta, hay que marchar con ella»... (108). Todo lo cual indica un origen completamente diverso.

Desde luego, se dan frecuentes contaminaciones de la procesión de las ánimas con el cortejo de las brujas, semejante a la hueste acaudillada por Frau Holle, por Diana o por Herodías.

(108) *Handw. des deutschen Aberglaubens*, unter *Nachtvolk*. Cita: Baumberger, *St. Galler Land*; Kuoni, *St. Galler Sagen*; Herzog, *Schweizer Sagen*; Manz, *Sargans*; Mannhardt, *Germanische Mythen*; E. H. Meyer, *Mythologie*.

Observando el tratamiento que reciben en ellos los elementos clásicos—esto es, de los pueblos mediterráneos—y nórdicos—esto es, célticos y germánicos—en ellos englobados, creo que no puede dudarse de que en ambos mitos se trata de formaciones medievales, y, por lo tanto, coherentes con la concepción cristiana del mundo. Se corresponde uno a otro en oposición polar: de un lado, las almas buenas, que se purifican en el Purgatorio, y que se presentan en este mundo, aisladamente o en procesión, casi siempre—salvo las contaminaciones inevitables—con piadosos propósitos, anunciando la muerte a los fieles para que se preparen a bien morir: de otro lado, las almas perversas, que se suponen entregadas al diablo y ocupadas en su servicio... En cierto modo, no es más que la realidad de la vida transportada al reino de la fantasía, estilizada en un elocuente dramatismo.

En el texto de Valle-Inclán que hemos citado, la Hueste comienza excitando a don Juan Manuel al arrepentimiento, y acaba con fórmulas burlescas de brujería. Es la mezcla—acaso involuntaria por parte del gran escritor—de los dos mitos, completamente distintos y opuestos, para producir en el lector una impresión equívoca y desconcertante, como la que, en efecto, producen muchas veces las formas folklóricas gallegas, llenas por lo común de profundidad, proyectadas sobre un fondo indeciso y lejano atravesado por múltiples ecos.

Las interpretaciones, estudios y paráfrasis del mito de la procesión de las ánimas que se han hecho por escritores gallegos y por otros que no lo son, han sido tan numerosas que es imposible recogerlas, no ya todas, sino tan sólo una parte.

El doctor Nóvoa Santos publicó una (109) que ofrecía una triple visión de la Santa Compañía, como interpretación alucinada de un hecho tan corriente como el paso del Viático de noche por una *corredoira*, como hecho real de conciencia y como posible realidad ultrafísica, esta última, desde el punto de vista del autor, un poco confusa y también un poco técnica.

(109) *A Santa Compañía*, colección «Céltiga», La Coruña: cuad 11.

Sobre la de Asturias compuso una bella explicación el teósofo doctor Roso de Luna (110). Ve este autor en la *Güestia* la reunión de todos los muertos que nos son queridos y que de vivos nos quisieron, nuestros padres, hermanos, parientes, amigos, maestros y compañeros, que cuando llega la hora de nuestra muerte vienen a recibirnos, salen a recogernos en el umbral del otro mundo, que es su mundo, y nosotros entonces vamos a entrar también a formar parte de la Santa Compañía, llevando también encendida nuestra luz... En ella están las almas inmortales de los grandes muertos de todos los tiempos, que nos visitan invisibles para revelarnos sin que lo sepamos nuestra vocación y nuestro destino.

No es así, precisamente, pero esta concepción es la más aproximada a la verdad simbólica que yace en la idea original de la procesión de las ánimas.

VICENTE RISCO

(110) *El tesoro de los lagos de Somiedo.*

La Catorcena

Tradición Segoviana

I

Reinaba en Castilla Don Juan II y gobernaban en su nombre, por ser aún de menor edad este monarca, su madre, la reina Doña Catalina de Lancaster, y su tío, el infante Don Fernando de Antequera, que fué después rey de Aragón, cuando ocurrió en Segovia, que entonces era residencia de la Corte, un suceso tan extraordinario que ha sido perpetuado entre los segovianos para memoria del odio que tenían los judíos a la religión cristiana.

En los primeros días del mes de septiembre del año 1410, un sacristán de la parroquia de San Facundo, que se encontraba en la mayor miseria, no pudiendo atender a todas las necesidades de su casa, determinóse a pedir prestada cierta cantidad a un judío de los muchos que entonces había en la población, y se dirigió a casa de don Mayr, que entre los hebreos era el que tenía fama de llevar menor interés y ser el menos exigente en cuanto a las condiciones del préstamo. Todo angustiado pintó el sacristán a don Mayr su mísera situación, rogándole por caridad que tuviese compasión de él y le prestara alguna cantidad de dinero, aunque fuese pequeña, con la cual pudiera hallar remedio a sus necesidades. Atento escuchó el judío la relación que le hizo el sacristán, y cuando éste terminó de referir el objeto que allí le llevaba, don Mayr, mirándole con cierto aire de protección, le dijo: «Bien claro veo que tu situación tiene poco de halagüeña; pero si te doy alguna cantidad, no tengo su reembolso seguro, por-

que nada tienes que me pueda servir para que responda del pago del dinero que te entregue.» «Es cierto, señor—le contestó el sacristán—, porque si tuviese en mi casa algún objeto de valor, ya lo hubiera vendido y no me vería obligado a suplicaros que me socorrieses.» «No hay por qué apurarse—le replicó don Mayr—, porque si haces lo que te diga, te entregaré el dinero que necesites, sin exigirte su devolución.» «Mandad en mi persona como queráis—le contestó el sacristán, agradecido—, que por serviros sería capaz de intentar hasta lo imposible.» «No hace falta tanto, amigo mío—le dijo don Mayr, en tono afable—; sólo exijo que me traigas una Forma consagrada de las que guardáis en vuestras iglesias, y en cambio te daré la cantidad que necesites.» «Señor—murmuró el sacristán—, lo que pedís no puedo... hacerlo.» «Pues si dudas..., cuenta que no he dicho nada y renuncia a que te entregue cantidad alguna, a no mediar la anterior condición.» «Al oír vuestras palabras un terror extraño embarga mi corazón, pero es tanta mi pobreza, que cumpliré lo que queréis.» «Está bien—dijo don Mayr, satisfecho—. A la noche, cuando toquen a queda las campanas de la ciudad, vuelve a esta casa (1), y si traes una Hostia consagrada, yo te daré el dinero que necesites; pero procura guardar absoluta reserva acerca de nuestra entrevista.

* * *

Cuando se retiró el sacristán, don Mayr, paseando lentamente por el zaguán de su casa, pensaba de esta manera: No es un gran negocio el que hago, pero, en fin, cumpliré la palabra que di a la Sinagoga, hará dos o tres semanas, de robar a los cristianos lo que ellos llaman el Cuerpo de su Dios, y tomaremos en El venganza de los muchos ultrajes que constantemente infieren a nuestras personas y haciendas.

(1) La calle donde estaba la casa que habitaba don Mayr se llamó desde entonces calle del Mal Consejo.

II

No era aún bien entrada la noche y don Mayr tenía en su poder la tan ansiada Forma consagrada: el sacristán había sido puntual a la cita y había cumplido su palabra, entregándole, a su vez, el astuto judío unas cuantas doblas, con las que quedó el infeliz sacristán muy satisfecho. Dirigióse apresuradamente don Mayr a la Sinagoga, donde ya estaban congregados los judíos más fanáticos de la ciudad, y apenas vieron entrar al famoso médico, que lleno de júbilo les enseñaba la Sagrada Hostia que llevaba consigo, prorrumplieron como energúmenos en horribles blasfemias, insultando todos a porfía a aquel Cuerpo del Salvador, y determinaron echarla en una caldera de agua hirviendo que tenían preparada al efecto; pero apenas la soltó don Mayr de sus manos, para arrojarla en la caldera, cuando la Hostia se elevó en el aire con gran majestad, rodeada de nubes celestiales; comenzó a temblar la Sinagoga como si fuera a hundirse a impulsos de un fuerte terremoto, y abriéndose en la pared una ancha grieta (2) salió por ella la Hostia, dejando a los judíos como muertos; tal era el espanto que les había producido el maravilloso suceso que atónitos acababan de presenciar.

III

En tanto que los judíos trataban de explicarse cómo se había verificado aquel prodigio, la Sagrada Hostia se dirigió al convento de dominicos de la Santa Cruz, que estaba situado en el otro extremo de la ciudad, y entrando en la iglesia se quedó en el aire ante un fraile que estaba celebrando el sacrificio de la Misa; lleno de santo temor, el religioso tomó con gran reverencia aquella Forma que de un modo tan singular se le presentaba y la colocó en el viril que había en el

(2) La pared donde se abrió la grieta la llamaron en lo sucesivo los cristianos, la pared del milagro.

altar mayor, invitando al pueblo, que había presenciado sobrecogido esta extraordinaria aparición, a que diera gracias a Dios por haberles honrado con tan inesperada visita. Enterado el prior por el padre celebrante de lo que había ocurrido en la iglesia de su convento, reunió la comunidad para participarla aquel milagroso suceso, y se acordó dar la Santa Hostia aparecida como Viático a un novicio que estaba enfermo, el cual falleció santamente a los tres días de haberla recibido, y el prior entonces dió cuenta al obispo, don Juan de Tordesillas, de todo lo ocurrido.

El prelado se apresuró a comunicárselo a la reina Doña Catalina y al infante Don Fernando, y se dispuso que se hiciera una información para averiguar la procedencia de aquella Sagrada Forma. El sacristán de San Facundo, al saber lo que había pasado, confesó que él había entregado a don Mayr una Hostia consagrada, y se arrepintió de haber dado por una cantidad de dinero el Cuerpo de su Salvador, como Judas había vendido el de su Maestro. Fueron presos don Mayr y los judíos que más se distinguían en la ciudad por su fanatismo, y en la prisión declararon que por el odio al cristianismo habían buscado aquella Forma consagrada para escarnecerla, y dicen también los escritores de aquel tiempo que don Mayr confesó que había envenenado a Don Enrique III cuando era médico de este monarca; por todo lo cual fueron condenados los más complicados por estas declaraciones a ser arrastrados, ahorcados y descuartizados, para que su trágico fin sirviera de ejemplar escarmiento a los demás. La autoridad real confiscó la Sinagoga a los judíos y se la entregó al Obispo, que la purificó y dedicó al culto cristiano con advocación de Corpus Christi, y se acordó que en lo sucesivo la procesión del Santísimo fuese a este nuevo templo, para memoria del milagro. Don Juan de Tordesillas hizo donación de esta iglesia y casa accesoria a los canónigos de Párraces, que en 1572 se la vendieron a las religiosas Franciscanas de la penitencia, que pasaron a establecerse allí para pedir a Dios diariamente perdón por la ofensa que en aquel lugar había recibido.

IV

Desde entonces la ciudad de Segovia hace todos los años una función, que se llama La Catorcena, debiendo este nombre a que alternaban siete parroquias de la ciudad con otras siete de los arrabales para celebrar fiestas en expiación del sacrilegio que cometieron los judíos con el Cuerpo de Jesucristo y en recuerdo del milagro que Este obró para demostrarles su inmenso poder. No obstante, cuando se hizo el arreglo parroquial de la diócesis de Segovia, en los últimos tiempos del reinado de Isabel II, se redujo el número de parroquias de la capital a cuatro, cada una con su ayuda de parroquia, se sigue llamando La Catorcena la función que en ella se celebra todos los años. El primer domingo de septiembre sale del templo que le corresponde celebrar La Catorcena una procesión con el Santísimo Sacramento, que va a la iglesia del Corpus Christi (3), y la parroquia que le toca celebrar al año siguiente La Catorcena hace una función, que se llama la Reseña. Cada feligresía rivaliza para hacer con toda la solemnidad posible su respectiva función de iglesia, y entre los múltiples festejos que además se preparan no faltan el característico baile de tamboril ni las iluminaciones, contribuyendo cada cual con lo que puede para que se celebre esta tradicional fiesta con lujo y alegría.

GABRIEL M.^a VERGARA

(3) En la noche del 2 al 3 de agosto de 1899 se incendiaron la Iglesia y convento del Corpus, que no tardaron en ser reedificados por la piedad de los fieles.

Máscaras y sermones de Carnaval en Cotobad

Hace dieciséis años, al declinar las fiestas del clásico carnaval cotobadés, hemos publicado en la revista *Nos* (1) un artículo con un conjunto de notas sobre la vida de los barrosos en la época del dinamismo festivo, que el calendario establece en el límite con la Cuaresma. Durante el tiempo transcurrido se fueron transformando o extinguiendo los clásicos disfraces y las fiestas de esta tierra, comprendida entre los ríos Lerez y Verdugo, en la provincia de Pontevedra. La continua labor de recogida de datos nos ha permitido que, refundiéndolos con lo entonces publicado, se pueda presentar de modo completo este trabajo.

La fiesta que vamos a describir es el alegre colofón que la juventud pone a la clásica *ruada*, *rua* o *serán*, que de las tres maneras se llama, y viene celebrándose en determinados días de la semana, por lo general martes, jueves, sábados y domingos, con asistencia de mozas y mozos, que bailan al compás del canto y pandereta, alguna vez acordeón y rara vez gaita; pero nunca música formando banda, pues, de haberla, dejaba de ser *ruada* y se transformaba en *fiesta*.

(1) FRAGUAS FRAGUAS, ANTONIO: *O entroido nas terras do Sul de Cotobade*. «Nos», 15 mayo 1930, núm. 77.

LOS «ENTROIDOS»

Entroido y el verbo *entroidar* es sinónimo de hartazgo y de un ser deforme por la gordura, consecuencia del abuso en la comida; pero también lo es de persona bulliciosa y desasosegada, que alguna vez fatiga a los circundantes con su inquietud. Confirman nuestro aserto los siguientes dichos:

- Enchete, entroido.
- Come, entroido.
- Eres un bodelo; estás como un entroido.
- Estate quieto, entroido.
- Móveste mais que un entroido.
- Sai do medio, que pareces un entroido.

Del animal que ha robado comida con exceso se dice: *Anda que hoxe entroidaches.*

También de los zorros y lobos que mueren envenenados, y, en general, de cualquier animal daño que aparece muerto y muy hinchado, se dice: *Este entroidou, non fai mais mal.*

Después de alguna buena comida, en la que se ha pecado por exceso, es frecuente decir: *Vaia, Diol-o pague; vou farto como un chincho; cenei (ou xantei) como se fose martes de entroido.*

Más dichos relacionados con la comida:

- Non mires, que nos entroidas.
- Non che toca de entroidar.
- Vas entroidar por prea.
- Seica tes medo a que entroides.
- Mira se entroidas co-a chea.

El carnaval tiene dos partes: la comida y la fiesta. La comida es abundante y casera, hallándose presentes todos los miembros de la familia que pueden hacerlo; en las casas donde se acostumbra brindar, al pasar la ronda de la primera taza de vino, es frecuente decir: *Dios queira que de hoxe nun ano, con salú e paz.*

No importa que la fiesta sea movable; la expresión implica el período de tiempo hasta la llegada de idéntico día del año siguiente.

La comida se hace a las doce solares, y es íntima, sin invitados; pero de franca fiesta por la abundancia y los platos clásicos de la comarca, celebrándola el domingo y martes, quedando el lunes para el trabajo, con la comida corriente y los sobrantes del domingo. La cena es menos frecuente por la ausencia de los jóvenes y aun de los viejos, que van a la *ruada*.

La certeza de la abundancia de la comida lo indicaba claramente la copla:

Martes de entroido
has de venir,
cuncas e platos
han de ruxir.

Hay todavía el recuerdo de la abstinencia, que en otro tiempo seguía a la noche del martes y duraba toda la Cuaresma, según testimonia el cancionero de la comarca:

Adiós, martes de entroido,
adiós, meu amiguiño;
hasta Domingo de Pascua
non comerei mais touciño.

Adiós, martes de entroido,
unto vello e longaniza,
escondevos compañeiros
que hoxe é corta de Ceniza.

LA BINCHA O BANDULLO

El plato más característico es la *bincha* o *bandullo*. Al realizar la matanza del cerdo se llena de aire la vejiga y se cuelga al lado de los chorizos y longanizas. Retirados de los varales los chorizos, pasa la *bincha* a una esquina de la *touciñeira*, conservándose allí, dorada por el fuego y el calor del hogar.

En todas las casas, el domingo o el martes, a veces los dos días, *fan a bincha*, que no es más que un budín elaborado de la siguiente forma: recortada la parte superior de la vejiga que ha servido para estar colgada, se lava y se ablanda un poco, mientras se prepara la mezcla con pan de

trigo, leche, huevos, azúcar, manteca y limón en una barreja. Preparado debidamente, a veces con gran derroche de huevos, y una vez que ha formado cuerpo, se llena con una cuchara de boj, se cose la parte superior y se cuece en un gran caldero lleno de agua.

A veces revienta en el caldero, y para evitar este inconveniente, en algunas casas hacen el budín en una bolsa de lino, reconociendo que tiene distinto e inferior gusto al paladar.

PETOTES

La palabra *petote* indica un montículo de pequeño tamaño, una hinchazón en la cabeza, ocasionada por un golpe, y si es hecho de barro por los niños, se denomina *petotiño*. Fué mote de una mujer de baja estatura, y es el nombre del manjar más sencillo, y, sin duda, el más antiguo de la mesa del carnaval. El *petote* no es más que una masa de harina de maíz bien molida y alguna de centeno. Preparada la mezcla, se le separa en trozos, y dándole forma de huevo o de cilindro, se cuecen en agua. Una vez cocidos, se ponen en una fuente y se recubren de azúcar, tomándolos para sustituir al pan, acompañando al tocino y a la cabeza de cerdo.

O BOLO

Llamado también *bica*; es una bolla de harina de maíz sin levadura, de modo que resulta de sabor dulce; en algunos casos se incorpora algún otro ingrediente, como azúcar, pasas, etc.; a la masa se le incorpora un poco de manteca. *O bolo* se hace en la piedra del hogar, pero colocando una losa especial llamada *pedra do bolo*; colocado en ella, se cubre con un papel y una capa de ceniza; inmediatamente se prepara una pila de leña sobre la bolla y se le hace fuego hasta que cueza.

El día del bollo era el domingo, y de ahí la conseja que dan los gallos:

Cacaracá,
ponte na pá,
fai un bolo,
cómeo todo,
deixa un bocado
pra martes de entroido

CACHEIRA

Ninguna casa deja de celebrar el carnaval con un trozo de cerdo, y, por lo general, de la cabeza, disponiendo para ese día la parte correspondiente a las orejas. Por eso hay el dicho: *A fulano veulle ben o entroido pra rillar a orella.*

Acompañan a la *cacheira* algún chorizo de carne o cebollero, designando a veces para suplir otras faltas a *paiota*, chorizo de cebolla correspondiente al ciego, siendo el más voluminoso de todos los chorizos. Es asimismo obligado un trozo del tocino para acompañarse del *petote*, e indistintamente pueden ir a la olla un trozo de jamón, la lengua o el rabo. Por eso dicen los chicos:

Alegria, alegriote,
que anda o rabo do porco no pote.

LAS FIESTAS NOCTURNAS

Desde el día 1.º de noviembre, que se hace *o magosto*, hay fiestas de panderetas en determinados lugares, buscando para ello una sala, o, simplemente, un pajar, un lugar cubierto, donde se reúnen mozas y mozos, desde las ocho de la noche hasta las doce, o un poco más. Una cuidadosa distribución de días permite con frecuencia que los hombres puedan frecuentar las reuniones de los distintos lugares.

Al acercarse el carnaval, aumenta el número de días y de horas, procurando agotar todos los recursos festivos antes de llegar a la Cuaresma, en cuyo tiempo no se celebra ninguna fiesta ni baile, y la razón nos la da esta copla:

Agora é tempo santo,
non é tempo de cantar,
que están os Santos cubertos
co-a cara no altar.

Los días de carnaval asisten a las ruadas las personas mayores, deseosas de ver las máscaras, que van de unas parroquias a otras durante la noche. No hay otra fiesta por el día, y solamente, si *hay entroidos*, hacen un corto baile, esperándolos al aire libre.

CICHOTOS

Denominase *cichoto* o *cichote* la jeringa hecha con una caña. Para construirla se corta entre dos nudos y por la parte superior a ellos, para que así quede por un lado cerrada y por el otro abierta. La parte cerrada se taladra cuidadosamente con una punta, dejándola a modo de colador, para que pueda entrar y salir un líquido. El émbolo se hace de un trozo de roble, aplicándole en su extremo un poco de estopa, de manera que quede ajustado al hueco de la caña, permitiendo sin dificultad el desplazamiento en el interior, para que pueda llenarse de agua a voluntad.

El *cichoto* lo utilizan los chicos y aun los mozaibetes. La fiesta tenía lugar el domingo de sexagésima, a la salida de misa, y solamente ese día y durante el tiempo que pasan por los caminos próximos a la iglesia las mozas de la parroquia. Una vez que han pasado las mozas, es frecuente que continúe entre los chiquillos una verdadera batalla de jeringazos y chapuzones, que dura tanto cuanto duren los *cichotos*.

Para llevar a cabo la misión de mojar la gente, se sitúan en los lugares más estratégicos, que, naturalmente, tienen agua, como pozos y presas, o que la han llevado en calderos, como al campanario de la iglesia.

La parroquia que ha conservado durante más tiempo la costumbre de los *cichotos*, y donde se hacía con mayor en-

tusiasmo, era en la de Loureiro, acaso por la circunstancia de pasar próximo a la iglesia un copioso caudal de agua, que permitía el pesado juego, del que no siempre salían bien parados, pues más de una vez recibían los buenos tirones de orejas y alguna que otra paliza familiar; pero nada sentían tanto como perder el *cichoto*. La amenaza para que no descargase el chaparrón era: *Se che vou ahí, métoche o cichoto debaixo dos pes, que cho rompo*. A veces era la amenaza un poco más subida de tono, que ponía en el mismo plano *cichoto* y propietario.

CORRIDA DO GALO

El domingo llamado *de corredores* se reúnen los mozos en un barrio, donde se disputa dar el golpe mortal al gallo que ofrece un tabernero, o pone un mozo, no de modo gratuito, porque, si bien no cobra el gallo, cobra la participación en el torneo.

Colocan el gallo de forma que le puedan cortar la cabeza de un certero golpe de sable, para lo cual se cuelga de una cuerda tendida entre dos balcones o dos árboles, con las alas amarradas. Una vez preparado, se establecen las normas de juego, y se van alistando los mozos que quieren tomar parte en él, que es una especie de *pita ciega*. En las normas se prohíbe tomar puntos fijos de referencia para los pies; de lo contrario, aumenta la cuota del participante.

El mozo dispuesto a correr el gallo, se coloca a unos diez o doce metros, y una vez vendados los ojos, se le da el sable, y va en dirección al gallo, descargando el golpe allí donde se figura que está el animal. Las múltiples equivocaciones de los corredores las celebra el público, motejando de «chasco» el fracaso del jugador. La corrida dura el tiempo que vive el gallo, si es que ante los fracasos no queda con vida.

El vencedor recibe como premio el animal decapitado, que entrega a un tabernero, para que con él prepare una

cena, que celebran los mozos de la parroquia que resultó vencedora. A la corrida alude el lamento siguiente, que es el fragmento de un discurso del gallo:

Aquel día tan funesto,
Domingo de corredores,
que, en quitándome la cabeza,
me comerán los señores.

Esta fiesta no siempre se celebra el domingo, como dice la copla y designa la denominación popular; también el lunes y hasta el martes son días de corrida. La última que se ha celebrado tuvo lugar en Famelga, colocando el gallo Amable Cabirta Costa, que hizo un sable de madera para los participantes.

ENTROIDOS O MOMADAS

Reciben el nombre de *entroidos* o *momada* toda agrupación con disfraces que sale de un lugar a otro; también se las denomina *maskaradas* y *maragatos*.

Los mozos que van en una *momada* se denominan *lanceiros*, *madamitos*, *maragatos* y *vellos*; hay, además, los oficios: *paragüeiros*, *zapateiros*, *dentistas*, *barbeiros*, *limpabotas*, *guardia civil*, *retratistas* y *pobres*, y, por último, los que van de comparsas, que, generalmente, hacen de ciegos.

Las mozas disfrazadas pueden ir de *vellas*, *madamitas* y *muradanas*.

En muy contadas excepciones se viste el hombre de mujer o la mujer de hombre. Sucede el primer caso para hacer la mujer del ciego, que, por necesitar especial disposición para hacer coplas, se disponía un mozo fácil versificador, y se vestía de hombre alguna chica para quebrantar el miedo en el oscuro robledal al pasar la *corredoira* de una a otra aldea.

LANCEROS

De toda la composición es el lancero el que va vestido con mejor gusto, contribuyendo a su mejor arreglo las mozas del barrio y los familiares. El lancero es el orgullo de las mozas de un lugar, y por eso cuidan de su atavío. Visten traje antiguo de militar en día de gala, y mejor aun blanco de marino o americano, el cual se adorna con un mantón de color, cruzado por la espalda; a veces, un mantón de manila, una capa corta como las capas de los toreros, o, sencillamente, una capa de colegiala, con gran cantidad de cintas de seda colgando por la espalda y de los brazos. En la cabeza, un gorro de cartón de forma trapezoidal o sencillo tricornio; pero cualquiera que sea la forma, se adorna con profusión de cintas. En las piernas, polainas, por lo general negras; la de la derecha sirve de soporte a una bandera de colores nacionales y extranjeros y hasta de una sociedad deportiva; la bandera se arma en una caña india, y se le pone de remate una lanza de hojadelata. La cara la oculta con un antifaz de aspecto agradable. El lancero, visto a cierta distancia y al galope, recuerda un húsar abanderado.

Los lanceros van a caballo delante de los demás de la *momada*, y llevan cuernos de diferentes sonidos con los que anuncian la llegada de las máscaras a un lugar.

El número de lanceros varía entre dos y cinco, y no se repiten los disfraces en la misma *momada*, resultando un conjunto de diferente color, pero agradable y atrayente.

El cancionero tiene también su comparación con los lanceros:

Levas aire de lancero,
fachendoso lacazán;
heiche de poñer as cintas
d-unhas pallas de ferrán.

Vas diante, como un lancero,
pero non levas cabalo;
apaña de teu compadre
e xa tes besta sin rabo.

MADAMITOS

No todas las momadas llevan *madamitos*; para ser *madamito*, la primera condición que se requiere es ser muy buen bailarador y conformarse en esta fiesta, de tanto alboroto, con ser admirado por su baile y su porte. Eran frecuentes en las mascaradas de Aguasantas y Valongo, donde alguna vez hemos visto hasta cuatro parejas.

Los *madamitos* visten traje negro, a veces préstamo de antigua boda, sin adorno de ningún género; el antifaz es de cartón y lucen algunas joyas. Van todo el camino de gancho, sin separarse nunca las parejas.

De una chica que va muy bien arreglada se dice: *Vai que parece unha madamita*.

De una pareja que baila muy bien: *Bailan que nin madamitos*.

VELLOS

El grupo de mozos que van de *vellos* llevan disfraz característico, formado por una sábana de lino casero o por alguna colcha de las más vistosas, de género fuerte y de vivos colores, que hacen más raro al individuo. La colcha se cose alrededor de las piernas, formando a modo de polaina, y con habilidad disponen al cuerpo y brazos colcha y otros aditamentos, de manera que se presente de modo raro y caprichoso. Para no ser conocidos utilizan antifaz de piel de conejo, curtida en casa, forrada con tela, para que no lastime la cara.

El gorro es un sombrero de paja de los que utilizan en las faenas de campo. Para amoldarlo se dobla el ala, cosiéndola contra la copa en cuatro sitios; y en las esquinas salientes se amarran cuatro mimbres o cañas, que se recubren de papel y unen a unos treinta centímetros de altura.

De un grueso cinturón cuelgan cascabeles, campanillas y otros cencerros del ganado. En la mano llevan una cuerda o sogá, para sacar al baile un grupo de mujeres y para

dar con ella a los chiquillos, que a lo largo del camino los insultan llamándoles ¡Vello!... ¡Vello!... ¡Vello!...

MARAGATOS

Llevar como disfraz un traje del revés, con remiendos o piezas caprichosas, un uniforme de militar, o sencillamente un traje improvisado por la mano de una modista. El antifaz suele ser de *fol*, pellejo casero empleado para la harina y el grano, procurando que ajuste un extremo (o *cornello*) a la nariz; a veces llevan antifaz de cartón, imitando el hocico de algún animal, a los cuales se denomina de *fociño de can*. En la cabeza un gorro cónico o trapezoidal, con sus correspondientes cintas. Van provistos de cuerda como los anteriores, y se les insulta diciendo:

Maragato pato,
rabo de la cincha,
cuando el gallo canta,
maragato rincha.

OFICIOS

El disfraz de los que van desempañando un papel de oficio es, corrientemente, un traje deformado, con las piernas de distinto color, las mangas de la chaqueta de distinto tamaño, y el calzado enormemente grande. Su misión es hacer reír y dar algún susto a las mujeres.

MADAMITAS

La *madamita* es la compañera del *madamito*, puesto ocupado por su calidad de bailadora. Llevan traje de raso negro y bastantes joyas.

MURADANAS

Se da esta denominación a las chicas disfrazadas con *re-faixo*, *dengue* y *mantelo*, o sea con el antiguo traje de la comarca. Va una pareja solamente y llevan una rueca y una pandereta pequeña, dedicándose a echar la buenaventura a

los jóvenes, para que les den algún dinero. Aprovechan esta ocasión para descubrirle algún amor, un olvido, una promesa, etc.

VELLAS

Las mujeres de la momada son, en realidad, las *vellas*. El disfraz suele ser blanco, sirviendo admirablemente una buena falda con encajes y blusa del mismo estilo. Procuran no ser conocidas, para lo cual ocultan cuidadosamente la cara con un antifaz hecho por ellas mismas. Llevan colgada de la mano una bolsa de tamaño pequeño, llena de papeluchos, para echar a los chicos, y una ramita de acacia en flor, para pegar con ella o los que las descubren o se niegan a seguirle al baile.

LAS CARNAVALADAS

Es dicho muy corriente en Cotobad el de: *carnavalada*, para indicar que lo hecho no debía hacerse; pero designa también esta palabra el conjunto de hombres y mujeres que se desplazan de un lugar a otro con sus disfraces característicos. Esta agrupación suele llevar también la denominación de *momadas*, curiosa persistencia del recuerdo de la figura mitológica del dios hijo del sueño y de la noche. La agrupación sale para divertirse y para divertir a los demás con un extraordinario derroche de energías y una serie de trucos que hacen reír sin molestar.

Las *momadas* que salen por el día llevan algo de orgullo parroquial y procuran que sean acreedoras al elogio de los lugares que visitan. Las nocturnas son un poco más descuidadas en el indumento, y a veces son completamente improvisadas, nada más que para devolver una visita realizada por los de la parroquia limítrofe.

La momada diurna se dispone para salir después de comer, fijando hora y lugar de reunión. Los lanceros son los primeros en presentarse en el lugar convenido, y pausada-

mente se reúnen los demás componentes. Las mozas que no van disfrazadas acompañan a la *momada*, lo mismo que algunos mayores y los chiquillos.

Reunidos, y fijado el itinerario, salen los lanceros delante, separándose mucho de la comitiva, que va con calma, con objeto de que se reúnan para verlos en los sitios acostumbrados donde se sitúan las mozas con dos panderetas, para tocar en el momento de llegar la momada al punto donde se la espera.

En el primer trayecto del camino van pacíficamente; pero al dar vista al campo, donde son esperados, se lanzan a la carrera hombres y mujeres, dando saltos y fuertes *atuxos*. Maragatos y vellos cogen la cuerda por los extremos y la echan a modo de lazo a un grupo de mujeres, al mismo tiempo que les dan grandes abrazos y las obligan a salir al baile. Es curiosa esta costumbre de dar abrazos a las mujeres; mas téngase en cuenta que no llevan nunca un fin deshonroso, como lo confirma el hecho de que los abrazos más aparatosos se los dan a las viejas que están próximas al baile, o en los balcones, siempre que a ellos puedan llegar. Recuerda esto al *troteiro*, pero sin las prerrogativas de la máscara de Bande (2).

Por todas partes persiguen a las chicas, ogliándolas a salir al baile, y, si alguna se niega, recibe una fricción estreándole la cara con la *careta* de piel de conejo.

Las *vellas* corren persiguiendo a los hombres y llevándolos al baile. Cuando hay señores mayores procuran sacarlos, y, si se niegan o les hacen burla, le dan con la ramita que llevan en la mano. Hombres y mujeres que son arrastrados al baile no dan más que una vuelta, siendo abandonados por la pareja, que sale buscando otra; cuando una *vella* no puede sacar un chico, le ayudan las compañeras hasta conseguir su propósito.

Maragatos, vellos y vellas apenas hablan, saltan y atu-

(2) Vid. F. BOUZA BREY: *Máscaras galegas de origem prehistórico*. Guimarães, 1933. Sep. de Homenagem a Martins Sarmiento.

ruxan. Los oficios tienen cada uno su especialidad, con los correspondientes trucos. El *paragüero* lleva un paraguas muy grande, lleno de remiendos, y, además de ofrecer sus servicios como componedor, muestra alguno para la venta que lleva muy empaquetado, el cual, una vez enseñado, es motivo de risa, por ser ridículo por el tamaño, color, forma, etc.

El *limpiabotas* lustra con mucho donaire, pero siempre tiene alguna pillería, como llenar el cepillo de barro o arena y mancharle el zapato o cepillarle las piernas a las mujeres con cepillo de cerdas fuertes.

El *sacamuelas* lleva unas tenazas de herrero y tiene alguno de la *momada* que se presta para hacer de paciente. Le coloca las tenazas, dándole una serie de vueltas hasta que se ha juntado la gente a su alrededor; entonces, en un esfuerzo supremo, se suelta de las tenazas y se echan contra quienes contemplan la operación.

El *retratista* pone una caja y enseña una colección de fotos, esperando que se pongan delante unas cuantas chicas. Entonces separa la lata que hace de objetivo y descarga una pera de agua que lleva dentro.

Los *pobres* llevan un saco con musgo y tojo haciendo chepa, para que, cuando le dan en ella, se encuentren con los espinos, o simplemente para arrimar la espalda a las mujeres con objeto de molestarlas y hacerlas cambiar de sitio.

El *barbero* va cubierto con una sábana; lleva un caldero con agua harinosa y una escoba, procurando pasarla por la cara de las chicas.

El *zapatero* remienda un zapato, golpeando la suela con el martillo en la mano izquierda, cantando alguna copla alusiva al oficio o a las personas que le rodean.

Los disfrazados de oficios procuran dar algún abrazo a las mujeres que encuentran cerca.

Alguna vez la *momada* lleva un gaitero, en un carrillo adornado con hiedras y acacias en flor. De faltar el gaitero, las chicas tocan la pandereta durante una media hora. En

lugar apartado bailan las madamitas con los madamitos, y a veces también bailan los lanceros con tanta formalidad como los madamitos.

Fatigados de saltar y correr de un sitio para otro, va tomando el conjunto cierta armonía. Entonces una *vella* coge del ronzal un caballo de los lanceros y da una vuelta con el lancero alrededor del baile; al hacer esto mismo por segunda vez, los lanceros marchan para otra parroquia y empieza a desplazarse la momada, siguiendo el camino de los lanceros. Vellos y maragatos van observando en todo el trayecto dónde se encuentran grupos de mujeres para meterse con ellas, dándoles unos cuantos abrazos.

Las vellas, al terminar el último baile, cogen del brazo al chico que más le agrada y le obligan a seguirla así cogidos hasta el próximo lugar del baile, dejándole después de bailar la primera pieza.

Al dar por terminado el recorrido, vuelve la momada al punto de partida. Las chicas procuran llevar del brazo al novio o al pretendiente, o por lo menos aquel hacia el cual sienten un atractivo mayor.

Los hombres cambian el disfraz por el traje corriente, y las mujeres casi siempre continúan con el mismo de la momada, pero sin antifaz; y, como la llegada es siempre con noche, empieza la ruada, que dura hasta las tres o las cuatro de la madrugada.

Los días de salir son los tres de verdadero entroido: domingo, lunes y martes. Puede salir alguna el sábado, y por muy rara excepción en uno de los primeros días de la cuaresma.

Al no permitir las circunstancias salir de día, salen de noche, en cuyo caso la momada es mucho menos numerosa. Solamente van: *vellos*, *maragatos* y *vellas*. Acompañan a los disfrazados uno o dos mozos del lugar, que entran delante en la ruada, para que se percaten que va a entrar la mascarada, cuyos componentes realizan los mismos actos que al aire libre. No llevan oficios, pero realizan ciertos juegos que

causan gracia. Así, por ejemplo, entrar uno con una pala de tierra y detrás el compañero con *basoira de xesta*, con la que junta la tierra y da unos escobazos a las chicas.

La fiesta tiene todas las trazas de una danza primitiva por los gritos y saltos, lo mismo que por los colores de la indumentaria, los cencerros y el antifaz de piel de conejo o imitando otro animal

LAS COMPARSAS

Muy pocas veces se forman comparsas en estas parroquias. Recordamos una de Loureiro y otra de Aguasantas. Llevan uniformes especiales y realizan todos los actos con moderación. En una hacía un mozo de *arriero* y tenía por mulas de carga perros de *palleiro* adornados con cintas.

A CORESMA

El reverso de la vida de carnaval es la Cuaresma, palabra que indica estrechez de comida y se aplica a la persona que da poco de comer y por extensión a la flaqueza:

- Fulana é unha coresma.
- Das ben pouco, eres ben coresma.
- Está delgada, que parece unha coresma.
- Pasa fame como a coresma.
- Traspásate un fio como a coresma.

Terminado el carnaval, y viviendo todavía el fuerte desasosiego de esas noches, se hacía en los días de piñata una *coresma*, que era un espantapájaros con ropa de hombre o de mujer. Una vez construida, la llevaban a un determinado barrio por la noche, para que los sorprendiese a la mañana. Los mozos la escondían y procuraban averiguar de dónde procedía, para llevársela a la noche siguiente y quemarla en medio del camino, gritando: *¡Venlle acudir a roupa, Fulano!* Los viajes de la *coresma* eran bastante peligrosos y podían dar lugar a un desafío, lo que ha sido causa de la supresión.

Una razón de no haber fiesta el Domingo de Piñata era el temor a llevar el *burro* en la Doctrina, de la que eran examinados los vecinos de la parroquia, según el calendario que el párroco señalaba. Las mujeres que no contestaban se decía que llevaban el *burro* o el *carneiro*; pero solamente las compañeras sabían el castigo. Mas cuando habían hecho alguna fiesta, el *carneiro* era motivo de algún comentario en público para afeár su falta. No se crea que era solamente el miedo el guardián de la Cuaresma. Sobre ese temor de catecismo estaba la convicción de abstenerse de diversiones por lo que representa el Santo tiempo, como refiere la copla: Agora e tempo Santo, que dejamos anotada.

EL SERMÓN

Sermón del entroido es una peroración con dichos burlescos alusivos a las fiestas que se celebran y a los abusos que en estos días se cometen en todos los aspectos de la vida. Hasta fines del siglo XIX el sermón clásico se hacía en Famelga, barrio entonces de la parroquia de Loureiro, y hoy por razones muy especiales de la de Aguasantas. En el magnífico campo de feria que allí existe se reunían los vecinos de las parroquias para oír el burlesco sermón, que podía ser para afeár al Entroido, por sus excesos de comedor y bebedor, o la referencia del mismo Entroido, que nos cuenta lo que pudo observar y lo que le dieron de comer en las casas de los vecinos.

Representaban al Entroido por un hombre grueso, muy colorado, al que se notaban fácilmente las consecuencias de la buena mesa. El Entroido lo traían en un carro desde un lugar próximo llamado Agualta. Así empezaba un sermón:

Me tenéis que dispensar
por estar en silla alta,
pero veño muy cansado
desde la ciudá de Agualta.

En otro se hace referencia a un barrio de la misma parroquia:

Poñede moita atención,
porque é cousa acabada;
pra explicar estas verdades
vin hoxe desde a Coutada.

Colocado el Entroido en una especie de palco, para que todos le viesen, desde un balcón próximo recitaban un sermón, que muy bien podía ser de un solo individuo, por lo general estudiante y seminarista, o de dos y aun de tres. De uno de éstos se conserva el recuerdo de parte del sermón:

Cuando pasei por Quinteiro (3) alí convidáronme con outro tanto.
inda fervía o bandullo enteiro.

* * *

Fun pol-as casas de Rañas, Fun a casa dos da Godela,
teñen sempre as mesmas mañas, alí enchéronme con unha cani-
de comer un xamón enteiro [vela.
por non ser menos c-os do Quin- E vin a casa dos do Abadiño,
[teiro. alí fartáronme de petotes con

Ceguei as casas do Campo, [o touciño.

Alguna vez se colocaba también una cuaresma y se hacía alusión a su vida:

Coresma mirrada, Chegádevos a este home honrado,
nunca foches capaz que vos ha de dar con qué untar
de comer unha tallada. [o barbo.

Ha desaparecido la costumbre de reunirse en Famelga, y durante algunos años las momadas no tenían sermoneador; pero el cantero Manuel Carames compuso uno, que él mismo recitaba, y el cual nos ha sido facilitado por Argentino de Valongo. Carames recitaba el sermón montado en burro, con la espalda hacia la cabeza del animal:

Mis amados oyentes: ¡Oh Patriarca Garrán! (4)
un favor les voy a pedir, En el sitio donde me hallo,
que cierren bien la boca vuestros trabajos y fatigas se ex-
para se fartar de rir. [plicarán.

(3) Barrio de la parroquia de Valongo, lo mismo que los dos siguientes.

(4) Garrán, en el *Verbo* de los canteros, significa haragán, el que no hace nada.

Pero estoy muy agradecido,
por el gran concurso de gente
que aquí ha venido.

Venís a solemnizar
las fiestas de este gran santo,
que para muchos estos días
es peor que un encanto.

Porque con tanta rua
e con tanta festa,
a alguns o que comen
moi mal lles presta.

Venid y escucharéis con aten-

[ción

y llevaréis de este santo
el grande galardón.

Os voy a manifestar
toda su grandeza,
que a todos aventajó,
principalmente en pureza.

Ha sido el ejemplar
de las jóvenes y doncellas,
su cara siempre pura y bella
como las mismas estrellas.

¿Sabéis, fieles míos,
la pureza de este santo?

Pues a nosotros nos manda
que seamos otro tanto.

Ya en su modo de hablar
de las mozas solteras,
cuando le hablan algunos
ya piensan que es de veras.

Solicitan permiso

para las ruadas,
pasando noches enteras.

¡Ay! ¡Qué vidas desastradas!

Non contemos todo o que

[pasa,

porque elas ben o saben,
pero non hai que ter medo,
que d-ese caso se alaben.

Despois vaise chegando o tem-

[po

ias pobres c-os seus chocалlos,
â sua xente da casa

dánlle bastantes traballos.

Andano curando
por enfermédá,
e os da casa uns pr-os outros,
¿qué será, qué non será?

Andan tomando
mil clases de herba
e con perdón dos que me oien
habían de tomar berba.

Elas zurza non-o queren,
porque lle non convén,
desgraciados dos pais
que tales fillos ten.

Pois non lles dar libertá
e non hai que se cansar,
que, anque non saían da casa,
non han deixar de se casar.

Atendede ben o que vos digo,
e non tomar a conta a chanza,
que algunhas que non fagan caso
pagarán a confianza.

E pediredes a este santo,
as que estades conservadas,
que Dios vos libre de outro
[tanto.

Pois agora deixareivos
que seica encarmenarés
e vou començar cos homes
que aquí tamén corre interés.

Os mozos solteiros este ano,
como non ten chovido,
moitas rias e cachons ten co-
[rrido.

Van por pasear
e gastar os zapatos,
e, se cadra, e ven o caso,
cometer mil desacatos.

Esta e unha verdá moi pura,
que andan moito de noite
e a moitos vai botando
para a sepultura.

Pero coidado, mocíñas,
que nesta melicia
nos mozos non hai

senen malicia.

E mirade que o padricador ben

[vos avisa,

e vos, se queredes,

non tomés a conta a risa.

Encomendaivos a este santo

todol-os días con devoción,

e veredes como vos libra

de todo peligro e tentación.

Porque los mozos

en estos tiempos

son muy blasfemos

y lujurientos.

Xa lle quitan o mando os lo-

[bos,

que andan pol-a alta noite

como se estiveran tolos.

Son cousas da xuventú,

que anticipan a velleza

e botan a perder a salú.

¡Oh, jóvenes doncellas!

Emprenderéis nuevas vidas

siendo tan puras como las mis

[mas estrellas

Y acudamos todos

a nuestro Patriarca Garrán,

que espero que todos sus cora-

[zones influirán

Y venid todos a porfía,

saludando con la más tierna bi-

[zarría

¡Ave! ¡Oh, Patriarca Garrán!

Hoy a vos todos acudirán.

Espero de vos que nos favore-

[za vuestro auxilio,

humildándose todos bajo vuestro

[domicilio.

Vos que curáis a los sanos,

dais salú al que no la ha perdido.

¿Quién será la criatura

que os tendrá en olvido?

¡Oh, Patriarca Garrán!

Viendo que hacéis tantos mila-

[gros,

a vos todos acudirán.

Principalmente porque aventajó

[a toda criatura,

os voy a manifestar

toda su hermosura.

No había criatura

que le igualase

siempre en saber

de toda clase.

Porque a los diez años decía:

[tatá, tatá,

a los once: ego,

y a los quince cumplidos,

viendo su despejo

todos quedaban aturdidos.

Porque ya decía: mamá, lalá,

y llegó a los veinte,

ya se tenía a las mesas,

ya se enamoraban dél

hijas de Condes y Marquesas.

A los veinte fué a la escuela,

lo que jamás se ha visto cosa-

[como ella

A los treinta ya sabía:

Kristos, A, B, Z, Q.

¿Y no te admiras tú?

Pues habéis de saber

que llegó a Patriarca,

Patrón del Carnaval.

Y tú, que esto conoces,

no te hagas tan fatal.

Y vos, Patriarca Garrán,

que siempre en estos días

se come más carne que pan.

Sempre o Entroido

foi farturento,

pero ven sete semanas

e despois entra o descuento.

Pero agora nestes días

cada un comá pra diante,

que pra forrar,

tempo ha vir bastante.

Isto de carne, petotes e bandu-

[llo

comer deica atacarse
uns a outros cun estadullo.

Ir mollando pra que corra,
que chegar a de chegar
principalmente pro que morra.

O que por eso non teña
cartos no bulsón,
non sirve a este santo
con devoción.

Porque este santo penetra
os mais ocultos sentimentos;
por eso nos trai así contentos

Todos debemos pedir
con fervor e devoción
para que nos perdone
e nos bote a bendición.

E o que así non-o fixer
espere de santo
o que lle viñer.

A todos pido igualmente
que cada un nas suas casas
coma e beba deica deixalo pol-o
[dente.

Pero, fieles míos,
nos cuenta el Padre Basilio
de la vida de nuestro Patriarca
[Garrán,
en su famosísima historia,
que desde sus principios
tuvo mucha memoria.

Leeréis su vida en un libro ti-
[tulado
y veréis cómo este santo
al buen servicio nunca ha fal-
[tado.

Nos asegura el padre Guillen
[mo
que nuestro Patriarca Garrán
naceu o seculo! treinta e dous
[pol-a mañán.

Fué bautizado en las aguas
[bautismales
de las fiestas de Carnavales.
Y le han puesto por nombre

lo que jamás se ha visto a un
[hombre: ¡GARRAN!

Y su padre fué don Jacinto
[Rascuña,
y su madre doña Ana Durán.

Es familia distinguida;
como no tenían otro hijo
le querían por la vida.

Son naturales do Reino da Ru-
[sia;
pero por eso o rapaz
sempre tivo moita estrusia.

Estudou e sigueu unha carrei-
[ra.

E a vida dél foi desta maneira:

Estudou toda cras de artes e
[habilidás;
por fin teleou i-escapeulle os
[pais.

Veu correndo por éstas terras
[adiante,
co que ninguén coidaba neso
e demo da besta femia
chegou hoxe aquí o Peso.

Veu descubriendo as mauladas
que nos mozos e nas mozas
están atapadas.

Nos dice el santo que todo se
[publicará,
que nas mozas non hai senon
[garbo
e nos mozos vanidá.

Hai por ahí alguns vellos e
[vellas
que non ten moita cordura;
xa poden botar de conta
que están entrando na sepultura.

Pra ir a rua moita rebasa;
non sei se teran tanta
pra rezar o Rosario na sua casa.

¡Oh, padres, que familias te-
[néis!

Non hai que lle dar libértá,
que no último día

non sei como vos pasará.

Pues venid todos ante el Pa-
[triarca Garrán,
perdonalle a este meu auditorio,
que non volverán mais o pecado
[notorio.

Y vos, Patriarca Garrán, ¡per-
donadle!,
que jamás mozos con mozas se
[verán

¡Oh, Patriarca Garrán!
Ya las mozas no tendrán más
[garbo
ni los mozos más vanidad gas-
[tarán.

¡Oh, Patriarca Garrán! ¡Per-
[donadle!

Que ya viejos y mozas se con-
[vertirán.

¡Oh, Patriarca Garrán!
Ya los mozos no serán lujurio-
[sos,

ya dicen que jamás pecarán.
¡Oh, Patriarca Garrán!
Ya los mozos confiesan
que jamás de la casa saldrán.

Pues venid, venid, venid,
a buscar la bendición,
e vos, Patriarca Garrán,
báixalle a braceta o calzón.

Este ano co inverno
moreron moitas ovelas;
eu acabei o sermón
e vos bate as orellas.

En la última hoja del manuscrito del sermón había la si-
guiente postdata, obra del mismo Carames:

N-este presente ano
o día once deste mes
houbo unha aposta na rua de Va-
[longo,
que sirveu de entre mes.

E non hai que tomar a cousa
[en chanza,
comeron e beberon ben
a conta da benturanza.

Terminada la lectura del sermón, las máscaras daban
unos aturuxos y marchaban para otro lugar hasta concluir
el recorrido.

Como caso excepcional, hemos recogido la nota de un
sermón del Entroido, en el cual, después de haberle afeado
por sus faltas, le amenazaban con quemarle, si no deponía
su actitud. Ante la negativa del Entroido, se le imponía la
terrible pena. Para ello le encendían un cigarro, cuya mecha
estaba en contacto con un depósito de pólvora, que, al que-
marse, ponía fin a la fiesta.

Las máscaras no descubren la cara en todo el trayecto;
solamente si pasa el Santo Viático. Hemos recogido tam-
bién en la parroquia de Loureiro el relato siguiente: Una

vez se encontraron tres lanceros con el sacerdote que llevaba el Viático a un enfermo; uno se bajó del caballo, sacó el antifaz y, arrodillándose, rezó un Padrenuestro. Otro de los lanceros se descubrió, pero continuó en el caballo, y el tercero, para no ser conocido, se dejó estar el antifaz.

Al pasar la comitiva tratan de reanudar la marcha, y el primero lo hace tranquilamente, el segundo nota que no se le mueve el caballo y el tercero tenía el antifaz incrustado en la piel. Desde entonces se descubren siempre que se vean en casos semejantes.

Entre los refranes del carnaval, citaremos los de San Matías:

«San Matías anda co Entroido as porfías.

San Matías coas suas artes fai cair o Entroido no martes.»

Por último, el refrán del pronóstico del tiempo de la Pascua, según sea el de carnaval:

«Entroidos na casa Pascuas na plaza.

Entroidos na plaza Pascuas na casa.»

ANTONIO FRAGUAS FRAGUAS.

ARCHIVO

El habla de Cartagena y sus aledaños marítimos

ABREVIATURAS EMPLEADAS:

G. SORIANO.—*Vocabulario del dialecto murciano*, Madrid, 1932.

A. SEVILLA.—*Vocabulario murciano*, Murcia, 1919.

CESP.—S. Sevilla, *El habla de Cespadosa de Tormes*, R. F. E., XV, 1928.

ALBAC.—Z. Vicente, *Estudio del habla albaceteña*, R. F. E., XXVII, 1943.

I. NOTAS PRELIMINARES

1. El fondo de toda modalidad dialectológica está constituido por formas que obedecen a simples fenómenos fonéticos y morfológicos, comunes a todas las regiones. Es decir, en la recogida de material para un estudio dialectológico siempre encontraremos dos grupos de palabras: unas que acusan rasgos característicos, diferenciadores, peculiares de determinado dialecto, y que obedecen a una compleja causa de tipo autóctono. Otras que corresponden al castellano medio conversacional y nos representan simples alteraciones físicas y psicológicas del castellano literario.

Ahora bien, predominarán unas y otras, según la mayor o menor personalidad del área lingüística que hayamos escogido para nuestro estudio. Y esta personalidad viene definida por complejas causas históricas, geográficas y sociales.

2. Cartagena —encrucijada de Levante y Andalucía— tiene en la actualidad ciento treinta y cinco mil habitantes. La industria civil cuenta con ochocientos treinta obreros. Su zona agrícola —campos de secano en su mayoría incultos—

no produce lo suficiente para el consumo local. La «pesquera» se realiza en pequeña escala; abastece a la capital, pero no proporciona exportación ni da lugar a industrias derivadas. La sierra minera, principal fuente de riqueza de Cartagena, hace cuatro o cinco lustros que está inactiva. Por tanto, las faenas del puerto están limitadas a dar salida a los productos de la vega murciana.

Sus medios de vida quedan, pues, reducidos a las actividades propias de su condición de Plaza fuerte y Departamento marítimo. Las industrias militares (Consejo Ordenador de las Construcciones Navales Militares y Arsenal) emplean a seis mil doscientas personas.

La población flotante —ejército y marina— se eleva a cinco mil quinientas personas.

3. Zona muy abierta a influencias extrañas, lo tradicional es muy escaso. No se celebra feria. Los únicos festejos populares, si así se los puede considerar, son las procesiones de Semana Santa y las Veladas marítimas. Su lenguaje no acusa grandes diferencias con el tipo de castellano medio; las formas populares, desprovistas de un medio adecuado para su germinación y conservación (faenas de pesca, vida campesina, romerías y otras fiestas populares con cantos, recitales, etc., tradición en general) son muy escasas. Existe sí, la jerigonza común a todas las poblaciones de mar, que cae fuera del presente estudio, y que pudiera ser objeto de otro, complementario.

Las presentes notas están fundadas en palabras tomadas de la conversación corriente, familiar, de personas no cultas, habitantes del término municipal de Cartagena, especialmente de la capital y alledaños marítimos.

Tienen la intención de recoger las características del habla popular de esta zona, separándola del «panocho» (habla popular de la huerta murciana), con el cual no tiene más semejanza que el fondo de fenómenos del castellano medio, comunes a todos los dialectos hispánicos. Esta distinción de zonas no se ha apreciado en algunos estudios sobre el «dialecto murciano».

II. FONETICA

A. VOCALES

4. *Diptongación*.—La diptongación de «ě» y «ō» no acusan ninguna particularidad. Las siguientes formas, oídas con mucha frecuencia en la zona que nos ocupa, compendian, en la misma, las tendencias normales del castellano medio: «priesa», arcaísmo (Cesp. 5).

Corriente asimilatoria: «beneficiencia», «diferiencia».

Reducción del primero, por disimilación, como es común en el habla vulgar. (Cesp. 5, Albac. 2): «convenencia», «pacencia», «concencia».

Casos de proclisis, igualmente corrientes (Cesp. 5, Albac. 2): «deciséis», «decisiete», «decinueve», «vintiuno», etc., «trentiuno», etc.

Diptongo «ei» hecho «ai» (Albac. 3). Se oye bastante «azai-te», «afaitarse», y con menos frecuencia en algunas formas verbales: «jugaráis», «compraráis», etc...

«Jugo», «jugas», «jugan», como jugar y «jugaor». Es muy raro oír las formas del verbo jugar con diptongo en sílaba átona, desenvuelto por analogía con las tónicas (juego = «jugamos», «juegar», «jugando») y menos «jugaor» (Cesp. 5). Por el contrario, es muy corriente la eliminación del diptongo, usando formas analógicas con el infinitivo: En este caso la analogía está favorecida por la fonética: v. gr. en ju-e-go, la eliminación del elemento palatal, situado entre dos articulaciones velares. Mas, en general, son propagaciones analógicas; y así, se oyen en «frego», «fregas» como fregar y «fregaor», «apreto», «apretas», como «apretar», y «tosto», «tostas», como «tostar» y «tostá» (por «tostada»).

5. *Asimilación y disimilación*.—Como es sabido, este fenómeno alcanza a todas las lenguas y a todos los periodos de las mismas; pero es natural que se produzca con más intensidad en los hablantes inclinados a una articulación no

fija, relajada. El habla de Cartagena, vacilante, continuamente azotada por vientos fonéticos de las más apartadas regiones dialectales (numerosa y continua población flotante: marinos y soldados gallegos, catalanes, andaluces...) abunda extraordinariamente en fenómenos de este tipo.

A) *De tónica a átona*.—«e-i», «i-i», ejemplo: pedir, «pídir»; medir, «midir»; legítimo, «ligítimo».

B) *Entre dos protónicas*.—La primera se asimila a la segunda.

«o-u», «u-u», ejemplo: monumento, «munumento».

«u-o», «o-o», ejemplo: pulmonía, «polmoná» («ná» por «nía», por sentir la terminación -a(d)a, como en «costalá», por costalada; «marejá», por marejada; «cabezá», por cabezada, etc...).

Disimilación: trabajo, «trebajo»; milicia, «melicia»; fantásiosa, «fantesiosa»; civil, «cevil»; disimulo, «desimulo», etcétera...

6. *Grupos vocálicos*.—La tendencia general de la pronunciación española a convertir toda agrupación de vocales en una articulación monosilábica, acusada en el lenguaje rápido y agudizada en el habla popular, se verifica abundantemente en la zona que nos ocupa:

«a-a», «a»:

albahaca, «albacá»

para allá, «p'allá»

la acequia, «l'aciega» (murcianismo).

«a(d)a», «a»:

marejada, «marejá»

costalada, «costalá»

pulmonía, «pulmoná»

La Calzada, «La Calzá» (toponimia), etc.

«e-a»:

te aseguro, «t'aseguro».

«e-a-e»:

te se ha escapa(d)o (vulgarismo), «te s'ascapao».

«-e-a-a»:

se ha habla(d)o, «s'abla».

Hay casos de conservación del hiato, pero lo general es que éste se resuelva en diptongo cerrándose un grado el elemento vocálico más cerrado:

«e-a», «ia»; «a-e», «ai»; «o-a», «ua». Ejemplos: «ciazo», por ce(d)azo; «piazo», por pe(d)azo; «me pai'que» (también se oye «me pae'que»), por me parece que; «tiatro», por teatro; «rial», por real; «tuavía», por to(d)avía (al lado de «t'avía», «ent'avía»), etc., etc.

Algunas de estas formas son citadas por N. Tomás (*Manual*, 68), como vulgarismos, y como oídas en Cespadosa por S. Sevilla (18).

Se oye, además, en esta región, «dial» por de(d)al. Caso interesante, parece haberse perdido el recuerdo de «deo», por dedo, no produciéndose la forma analógica de «de-o», «de-al».

B. CONSONANTES

Rasgos generales

7. *Zona de «seseo»*.—El núcleo de «seseo» (1), por la costa, está limitado por Mazarrón al Oeste, y al Este por Cabo de Palos. Continúa en los pueblos ribereños del Mar Menor, hasta Los Alcázares, base aérea y estación veraniega de Murcia (capital), con carretera de segundo orden y ferrocarril, zona de distinción de «s» y «z».

Hay que incluir en este núcleo al pueblo de Los Urrutias, situado entre Los Nietos y Los Alcázares (2).

Por encima de Cartagena, el «seseo» se encuentra dentro de un radio de dos o tres leguas, comprendiendo Los Molinos, Los Dolores, La Aljorra (no Aljorna, como se lee en

(1) N. TOMÁS, ESPINOSA, R. CASTELLANOS: *La frontera del andaluz*. R. F. E., XX, 258.

(2) Omitido en el mencionado estudio.

N. Tomás, o. cit.), Albujón, La Palma, Pozo Estrecho y Torre Pacheco. Entre Mazarrón y Cartagena «sesean» Las Palas, Los Ruices y Tallante.

Es también zona de «seseo» la sierra minera: La Unión, Alumbres, Portman, El Llano, El Beal, El Estrecho, El Algar y Los Blancos, uniéndose este grupo al de la costa con Cabo de Palos y Los Urrutias.

La articulación de la *s* en Cartagena y su zona de seseo es «corono-predorsal-prealveolar», más o menos convexa, circunstancia que da a este seseo un carácter más semejante al seseo andaluz que al valenciano. El seseo de Cartagena y de los pueblos de su zona, aunque se considera como vulgar, conserva aún bastante vitalidad para poder oírlo abundantemente en dichos lugares (3). En los pueblos limítrofes, con la distinción (Las Palmas, Albujón y Torre Pacheco), aparece mucho más desvanecido que en los restantes. Las personas instruidas en todos ellos distinguen normalmente la «*s*» y la «*z*» (4).

8. *Zona de «ceceo»*.—El ceceo no se oye, fuera de los casos de ultracorrección, más que en la aldea de Perín, a unas dos leguas del Oeste de Cartagena, cerca de la costa, y esporádicamente, alternando con el seseo, en Torre Pacheco. Su articulación es más dental que interdental, no siempre de abertura plenamente alargada, lo cual da en ocasiones al sonido un timbre intermedio entre «*s*» y «*z*».

9. *Zona de aspiración de la «s»*.—Este fenómeno es un caso de la tendencia general a relajar las articulaciones de las consonantes finales, que se observa en la pronunciación común del castellano (vid. N. Tomás, *Manual*).

(3) Es tan general y tan intenso que constituye un rasgo típico, diferenciador de la población indígena y la flotante, que se burla de aquélla proponiéndole *dichos* (verdaderos ejercicios fonéticos) como el siguiente: «cinco céntimos de tocino rancio para el cocido», o este otro: «anda a la plaza, Tomasa, a comprar calabazas para tu casa», en el cual, por ultracorrección e influencia asimilatoria, se pronuncia «Toma-za y caza».

(4) Op. cit.

Es la característica más acusada, junto al yeísmo, seseo y ceceo, de la pronunciación meridional española y se manifiesta también en las tierras bajas de los países americanos (5) y en el galorrománico del Norte, walón y lorenés rústicos, con las consiguientes diferencias de matices.

La «-s» final de grupo o sílaba se relaja, oyéndose una aspiración sorda, fricativa y laringea (6) (que presentaremos por *h'*) matizada por la naturaleza de la consonante posterior; ejemplos: «loh'» por los; «casah'», por casas.

Ante vocal raramente se articula con ella o ni como aspiración; lo más corriente es que desaparezca e igualmente cuando va ante pausa. Ejemplos: «los-amos» > «loh' amo» > «lo amo»; «dame tres» > «dame tre».

Ante consonante sorda : a) se asimila, por lo general, a ella duplicándola, pero b), manteniéndose sorda aunque siga consonante sonora, e incluso llega a ensordecir esta articulación. Ejemplos:

a) «-s + sorda»:

tiesto > tieh'to > tietto
ñusco > ñuh'co > ñukko
abispa > abih'pa > abippa

(5) HENRÍQUEZ UREÑA: *Observaciones sobre el español en América*. R. F. E., VIII, 357-390. *El supuesto andalucismo de América*, Buenos Aires, 1925. Insti. de Filol., I, cuaderno 2, 117-122, y L. WAGNER: *El supuesto andalucismo de América y la teoría climatológica*. R. F. E., XIV, 20-32.

(6) GARCÍA SORIANO: *Voc. Murc.*, pág. 78, registra el fenómeno. A semejanza de tantas otras zonas del dominio cast., existe también en Albacete: ZAMORA VICENTE (*Est. del habl. Albac.*, pág. 237), donde, tras experiencias quimográficas, rectifica la afirmación de García Soriano («si ésta [-la consonante que sigue a la -s-] es una de las tres oclusivas sonoras *b*, *d*, *g*, las cambia, respectivamente, en *f*, en una interdental sonorizada y algo imprecisa, o en velar oclusiva sorda») en este sentido: (pág. 237-238) «Observadas las inscripciones, notamos que esta aspiración es sorda; es además fricativa y laringea, matizada por la naturaleza de la consonante posterior. La no sonoridad de la aspiración llega a ensordecir la articulación siguiente, incluso si es dental, en contra de lo que dice García Soriano».

b) «s + sonora» ej:

«s + b» > labiodental fricativa sorda, v. g., Los Belones (toponimia) > Lo^h 'F'elones.

«s + d» = ensordece a ésta, v. g. Los dientes > lq̃h djente.

«s + g» > velar fricativa sorda, v. g. Los gamberros > lq̃x xambeño.

La «z» final de sílaba corre parecida suerte que la «s»:

haz > hah q ha; haz esto > hah' eh'to > ha etto;

tiznar > tih'na > tinná; noviazgo > noviah'go > noviazgo.

10. *Zona de yeísmo y lleísmo*.—Desde el punto de vista fonético las provincias meridionales de España se caracterizan por una pronunciación que L. Wagner califica de «perezosa». (R. F. E. XIV, pág. 22.)

El cambio de *ɲ* en 'y' podríamos explicarlo así. Pero este fenómeno, que irradia a las provincias del Centro y esporádicamente se verifica en otras regiones, es naturalísimo: asimilación, simplemente, al centralismo articulatorio del resto de las consonantes.

Al hablar de los fenómenos de asimilación y disimilación de las vocales átonas y tras hacer la salvedad de lo general de estas contaminaciones, indicamos la abundancia de ellos en la zona de Cartagena, favorecidos por las especiales condiciones de área fonética abierta a todas las influencias, de dispar, continua y numerosa población flotante (y por ende no uniforme fonéticamente) de articulación relajada, en suma.

Otro tanto podemos decir referente al fenómeno que nos ocupa. Favorecida, aunque no pretendemos que sea ésta la causa principal, si bien la consideramos coadyuvante, favorecida, pues, por la general relajación articulatoria, la palatal lateral se centraliza, oyéndose «y». A medida que nos alejamos de la capital, asiento de la población flotante, es menos frecuente el yeísmo. En el campo de Cartagena y en una pequeña zona de la serranía minera subsiste totalmente o en modo parcial la *ɲ*; es muy vacilante en El Llano, Estrecho, Algar —próximos a las riberas del Mar Menor—.

Es, en cambio, fija en la Palma, Pozo Estrecho, Albuñón, La Aljorra y la Magdalena, pueblos del interior.

Cartagena —capital y aldeaños— es netamente yeísta. El yeísmo se extiende, por la costa, desde Cabo Tiñoso a Cabo de Palos, y prosigue por los pueblos ribereños del Mar Menor hasta Los Alcázares.

Comienza la *j*, vacilante, en El Llano, Beal, Algar, límites con los anteriores, y en línea casi recta llega a La Palma y Pozo Estrecho, oyéndose fija ya en estos pueblos del interior, agrícolas; aquí se enlazan con Albuñón, la Aljorra y la Magdalena; es éste el último pueblo de *j* neta. En el siguiente, Perin, es muy vacilante de nuevo, para desaparecer completamente a medida que nos acercamos a la costa, a Cabo Tiñoso.

Tenemos así un gran triángulo que encierra Cartagena y su zona yeísta.

El territorio encerrado en este gran triángulo es ultra-yeísta, y ofrece una curiosa particularidad: Cartagena (casco urbano y aldeaños) y los pueblos costeros del Mar Menor tienen como rasgo ciudadano, marítimo —y aquí marítimo es sinónimo de culto o por lo menos de no «gamberro» (7)— la pronunciación «y». La *j* sólo la pronuncian los «gamberros».

El lleísmo, oído en la capital como articulado (en la mayoría de los casos) por la población rural que acude a la ciudad en determinadas épocas (mercado semanal, procesiones de Semana Santa, veladas marítimas, al «mercar el ajuar», etc.) es valorado despreciativamente.

Son corrientes las burlas que a este respecto se hacen, adjetivando de «recobera» la pronunciación *polo* (8), y en las escuelas produce gran sorpresa, siendo fuente de risas y

(7) Vid. léxico.

(8) En el mercado que se celebra semanalmente, los «recoberos» —los vendedores de huevos y aves— anuncian así su mercancía: «¡A la recoba! ¡polos y polas! ¡llevarme el polo!».

comentarios a la salida, el hecho de que el maestro recomiende la pronunciación *ɿ*.

Es importante indicar que los pueblos que articulan la *ɿ* no distinguen la «y». Existen, pues, en el área fonética que estudiamos dos zonas de pronunciación incorrecta: una que articula la *ɿ* y la «y» como «y»; otra que articula la «y» y la *ɿ* como *ɿ* (pueblos agrícolas); aquélla comprende Cartagena, casco y aledaños marítimos, ribera del Mar Menor y casi toda la serranía minera.

11. *Las alveolares*.—Inseguridad en la articulación de «r» y «l» finales. Asimilaciones y disimilaciones.

Aludimos a lo dicho para las asimilaciones y disimilaciones de vocales átonas y lo repetido para el yeísmo. Las consonantes «r» y «l» son objeto de constantes intercambios, apoyados por una articulación muy debilitada.

a) *Finales*.—La «r» en posición final de sílaba agudiza la tendencia a relajarse, propia del castellano medio (N. Tomás, *Manual*), y como en Andalucía (9) y parte de América (10) se hace muy fricativa, casi una mera aspiración. Su articulación se ve muy influida por la consonante siguiente.

Si la «r» final va seguida de las también alveolares «l» o «n», es muy frecuente que la aspiración se resuelva en asimilación. Ej.:

Carlos > Cah'lo > Cal-lo
 borla > boh'la > bol-la
 carnicero > cah'nicero > can-nicero
 barnizar > bah'nizar > bannizar.
 carnero > cah'nero > can-nero

La -l seguida de consonante se relaja (vid. N. Tomás, *Manual*) oyéndose *ɿ*: cal_ɿdo, por 'caldo'; mel_ɿguizo, por 'melguizo' (mellizo); ba_ɿsa, por 'balsa'.

(9) Vid. S. GILI: *La «r» simple en la pronunciación española*. R. F. E., VIII, 276.

(10) H. UREÑA: *Observaciones sobre el español en América*. R. F. E., VIII, 357-390.

b) *Intervocálicas*.—Se observa la pérdida de -r- intervocálica como en todo el castellano medio (N. Tomás, *Manual*; Cesp. § 31; Alb. § 4; G. Soriano, pág. 82) en «pa», para; en algunas formas del verbo parecer (me paece, etc.) y del verbo querer (quíe callar), de mirar (miá tú, miste qué, etc.).

c) «l» y «r» agrupadas con otra consonante.—Por lo general, mantienen su articulación. No hemos oído ni una sola vez brusa por 'blusa', cravillo por 'clavillo', ni oprimío por 'oprimi(d)o', blea por 'brea' y menos praza por 'plaza', prato por 'plato' (formas todas registradas en Cesp. § 39). Únicamente ingre por 'ingle' (¿posible intento de distinción con la voz «inglés»?).

d) *Finales absolutas*.—En posición final absoluta «r» y «l» casi enmudecen: Ba, tela, día (< de(d)al), ca, etc.

e) *Asimilaciones y disimilaciones r-l, l-r*.—Son abundantísimas. Como ordinariamente las pronuncian relajadas, y en posición final más, la intención de articularlas netamente incrementa el juego de asimilaciones y disimilaciones. Ej.:

Er balco, por el barco.
El balco, por el barco
cárcer y cárcel, por cárcel.
er so y el sor, por el sol.
esporsar y espolsal, «espolsar».

12. La «d».—1) *Inicial*.—Desaparece en el prefijo des- (la sabida influencia analógica del prefijo ex-) tan abundante en el idioma:

esportillao, por 'desportilla(d)o'
espiazá, por 'despedazar'
espertaor, 'despertador'.

2) *Intervocálica*.—Se elude generalmente siguiendo la tendencia del castellano (N. Tomás, 101, Cesp. 147, Alb. 236), pero, como en todo el Mediodía de España, la pérdida es más radical que en el Norte y Centro. Este rasgo se da agudizado en la zona de Cartagena. La elisión tiene lugar en todas las posiciones, igual antes que después del acento.

a) *Postónica*.—Se pierde (según caso general en el lenguaje conversacional) en los participios y nombres en -ada, -ado: «cabeza», cabezada; «calao», calado; «doblá» y «dorá», doblada y dorada (nombres de pescados); «gayao», cayado; «maná», manada; «ca uno», cada uno; «posá», posada; «azá», azada, etc., etc.

-oda, -odo: «tó y tóa», todo y toda; «moa», moda; pero también se oye boda y codo.

-uda, -udo: «felpúo», felpudo (empleado sólo en sentido figurado y mucho como apodo: «abundancia de vello»), «crúa», cruda; «pelúo», peludo; «esnúo», desnudo; «menúo», menudo (muy frecuente en apodos y con matiz cariñoso: «gente menúa», «lo menúo» = los niños).

-eda, -edo: «monea», moneda; «alamea», alameda; «deo», dedo; Vereá San Félix (toponimia).

-ida, -ido: «comía», comida; «salía», salida; «torcía», torcida; «nío», nido.

b) *Protónica*.—La mayoría de los casos de pérdida en posición protónica se han producido, probablemente, por extensión de algunos derivados, en donde el primitivo la perdió en posición postónica:

torraero, 'torradero' (vendedor de torra(d)os -< torrao.

posaero, 'posadero' -< posá

asaor, 'asador' < asao

pelaillero, 'peladillero' (vendedor de peladillas) -< pelaílla

mataero, 'matadero' -< matao.

Son muy corrientes además, «caena», cadena y los en -ado: «bailaor», «trebajaor», «pescaor», «mataor», etc., etc.

3) *Final*.—La -d final de palabra (también siguiendo la tendencia del castellano medio) se relaja, enmudeciéndose totalmente. Nunca se articula -z. No escasean las ultracorrecciones: «vado», vaho; «ledo», leo, etc., etc.

Pasa a -z en las formas de los verbos advertir y adquirir (azvierto, azquiero), pero es más frecuente que en este último

caso se asimile a la consonante posterior, duplicándola: akkirir, akkiero, etc.

III. MORFOLOGIA

13. *El nombre y el adjetivo*.—Se observa cambio de género en: la reuma, la pus, los chinches; formación de un masculino en: creaturo (niño), reservando creatura para niña, y «palabro» (con matiz despectivo); de un femenino: en «bachillera» y «parienta». Aunque no con mucha frecuencia, en los pueblos de la zona agrícola se oye «mujera» por mujer.

14. *El verbo*.—Falsos prefijos: el tan conocido caso de la influencia de «ex-», se nos ofrece en «estillar» por astillar, y, naturalmente, «estilla», por astilla; «esfelitar» y «esfartar», por debilitar y desbaratar («b» ensordecida por aspiración de la «s»). Se prodiga la «a» protética, oyéndose, entre otras, «ajuntar», «asentarse», «afijarse», «arrecogerse», «arrodrear».

Son abundantísimas las formas analógicas -emos, persona 4, por -amos. No se da la analógica -s de persona 2, pretérito indefinido, porque como indicamos la «s» en posición final absoluta se enmudece.

No son muy frecuentes las formas «haiga», «sēmos», «vide», «vido». Únicamente se oyen en la zona agrícola.

15. *Diminutivos*.—El sufijo más empleado es, como en Aragón, -ico, -ica, oyéndose muy poco -illo, -illa, y nunca -ito, -ita, -ino, sino su forma apocopada -in. El sufijo -ico, -ica, es muy frecuente en los apodos: «El pelusica», «el cosicas», «el guápico», «el mujico», etc.

16. *Aumentativos*.—El más empleado, casi exclusivamente, es -azo. En la terminación -á (-a(d)a) perciben idea de aumentativo; y forman aumentativos de este tipo: «parralá» (parral grande), «trancá» (golpe dado con una «tranca»).

Expresan cierta idea de abundancia, con los derivados,

en -ío, de gran vitalidad en los medios populares: junto al castellano *mujerio* se oyen «*siésterío*», «*mierderío*», «*acelgue-río*», «*cocherío*».

IV. VOCABULARIO

Se excluyen las voces registradas como murcianismos por el Diccionario de la Real Academia y las citadas por G. Soriano y A. Sevilla en sus respectivos vocabularios murcianos, excepto aquellas que presentan en la región estudiada un matiz o significado distinto.

Alpargatarse: 'llenarse de bienes'.

Barruzal: 'barrizal'.

Carlanca: 'persona vieja'.

Criaturo: 'muchacho'.

Corsario: 'coche de caballos que hace el recorrido por varios pueblos desempeñando el papel de medio de locomoción y correo'.

Curdo: 'borracho'.

Conco: 'bollo de dulce con un huevo duro' (en G. Soriano 'congrío').

Chancletoso: 'descuidado de su aseo personal'.

Charreta: 'acusador, hablador indiscreto'.

En aragonés 'charrar' (hablar); en catalán 'xarrar'; en valenciano 'jarrar' y 'xarrar'. En G. Soriano, 'charrán' con el significado que damos nosotros, y 'charreta' con el de 'parleta', conversación frívola y breve.

Chumbir: 'embestir'. G. Soriano 'chumbar', azucar al perro.

Gomioso: 'tacaño'.

Gomia: 'tacañería'. En A. Sevilla con significado de «voz, ambicioso».

Guagua: 'ventaja manifiesta'. En A. Sevilla encontramos 'guagüero', «que vive sin trabajar, a costa de unos y de otros. Gorrón». G. Soriano no registra ni 'guagua' ni 'guagüero'.

Endormijarse: 'adormecerse'. A. Sevilla y G. Soriano registran 'endormiscarse'.

- Emperifollarse*: 'acicalarse'.
Escachifollarse: 'romperse, sobre todo tra'ándose de recipiente u objeto de tiesto'. En A. Sevilla 'escacharrarse'.
Escotipe: 'constipado' («del aire colao entra la escotipe y d'este la polmoná»).
- Esfelítá*: 'debilitada'.
Espolítá: ídem.
Esmirriá: ídem.
- Follaero*: 'jaleo, estrépito'. En G. Soriano: 'follarse', arder un artificio de pólvora sin producir detonación.
Gazpez, gaspé: 'puñetazo, golpe'.
Gamberro: 'campesino, en sentido despectivo'.
Geta, un: 'un desvergonzado'.
Dar la geta: 'hacer frente'. En G. Soriano: 'geta', «grifo, espita».
- Japoana*: 'derrota, paliza'.
Lapo: 'esputo'.
Majuje: 'mejünje'.
Mortorio: 'partida de defunción'.
Nusco, ñuscazo: 'piedra, pedrada'.
Proba: 'proa'.
Poba: 'popa'.
Queos: 'golfillos del muelle'.
Saragustines: 'saltamontes'.
Vigre: 'vivaracho, vivales'.
Zanguanguo: 'grandullón, muchacho fuerte y gandul'.

Modismos

Aparte de los metafóricos, tan corrientes en el habla popular, abundan los constituídos por una acción verbal que se matiza mediante una palabra de valor concreto y objetivo:

- Chumbir los monos*: 'amedrentar'.
Hacer un queo: 'sustraer algún producto existente en el muelle marítimo o de la estación de ferrocarril'.
Parir la gata: 'apretura debida a empujones voluntarios'.

Tener algo «debajo de siete mil alzaos»: 'tener algo muy guardado' ('alzar' por guardar, en G. Soriano).

Dar un maculillo: 'acción de agarrar a uno por brazos y piernas y golpear el suelo con sus nalgas'.

Hacer el gargarejo: 'broma grosera'.

GINÉS GARCÍA MARTÍNEZ

Contribución al vocabulario de Tierra de Campos

Esta región, con cuyo nombre se designa la parte central y meridional de la provincia de Palencia, tiene una situación geográfica a propósito para recibir lingüísticamente influjos del castellano y del leonés. Por ello no encontramos pureza dialectal en un solo sentido, sino las alteraciones y dubitaciones naturales, dado el emplazamiento de sus fronteras.

Diptongación en *juegar* (de *jōcari*), *cuerna*, *miembre*; del latín *vīmine*.

Cambio de *v* en *g*, ejemplo: *golver*, *gomitar*.

Una *g* aparece en palabras como *guisopo*, etc.; pérdida de la inicial en *usano*, *gusano*; *ugo*, *jugo*.

Metátesis: *estógamo*, *oïlo*, por *olio* (aceite).

Característica leonesa es el empleo de *r* por *l*, y muy popular; lo encontramos en *ombrigo*, *brusa*. Y el fenómeno contrario: *plao*, *prado*.

Una *i* epentética en *granación*, *grancias*, etc.

Pérdida de *o* final (como en asturiano-leonés) en *vin*.

Unión de preposiciones a palabras: *enmascar*, *arrampar*, y fenómeno contrario, *falsa separación*, en *cina*, *hacina*.

Otro rasgo dialectal encontramos en *fuendo*, siendo, yendo, gerundio formado sobre el tema de perfecto fuerte. Esto mismo se encuentra en Aragón, Salamanca, Santander, etc.

Finalmente, característico es el sufijo *neco*, que forma parte en el topónimo Mazuecos.

El léxico que sigue no está registrado por el Diccionario de la Real Academia, y si lo recoge es con acepción distinta.

Vocabulario de Mazuecos de Valdejalte (Palencia)

Abañar.—Limpiar el trigo después de separado de la paja. Cribarlo por segunda vez. También se dice en *Guaza de Campos*.

Acarrear.—Traer las mieses de las eras, basta decir *acarrear* para entender esto.

Acelerarse.—Atolondrarse. Se dice en todo *Campos*.

Acinievas.—Aguzanievas (pájaro).

Aforrarse.—Fastidiarse: «¡Afórrate, me salí con la mía!» «No le dejo la burra, que se aforre, que tampoco él quiso acarrear la tierra de Valdeazadas.» Falta acepción.

Ajuñique.—Alfeñique, barra de dulce que venden generalmente en las funciones de los pueblos, ya rectas, ya en forma de cayado, etc.

Albarcas.—Almadreñas. Falta acepción en el Dicc. Ac.

Aloda.—De alauda: alondra, calandria.

Alugadero y alogadero.—Hoyito que ciertos pájaros hacen en la tierra escarbando y en el cual se acuestan. F. acepción en el Dicc. Ac.

Alugarse o alogarse.—Acostarse las aves. F. acepción.

Amacal y macal.—Molde de hacer adobes.

Animar.—Andar ligero, hacer pronto una cosa: «Bien has *animao* para terminar tan pronto.» «Anima el paso.» «Anima» solamente. F. acepción en el Dicc. Ac.

Aparvadero.—Instrumento para juntar la parva.

Aparvar.—Recoger la trilla después de trillada para hacer un montón. Dic. Acad. da sentido contrario: tender la mies para trillarla.

Arrampar.—Subir a los árboles abrazado a ellos. F. acepción.

Atestar.—Atrancarse. Embarrancar un carro. Meterse en un atolladero. F. acepción.

Atrases.—Afueras del pueblo, sobre todo la parte en la que hay muchos corrales.

Barajulas.—Voz que en el juego de las tabas o de las chapas sirve para indicar que la tirada no vale, ya porque se han tirado bajas, ya porque se han entrechocado, etc. En Zamora, *barajo*.

Basulleta.—Casitas que hacen los chicos con trozos de teja o ladrillo.

Belorta.—Tuerca.

Bisgo.—Bizco, del latín *versicum* (> viersigo > viesgo, antiguo > bisgo).

Bobalán.—Bobo, tonto. Se dice en toda la región.

Boceras.—Persona cobarde, informal, despreciable. Incluida en la obra *Cuatro mil palabras... no incluidas en el Diccionario de la Academia*, recogidas por Gabriel María Vergara Martín.

Boquerón.—Especie de ventana, por lo general sin marco, que tienen los pajares, por donde se tira la paja con el gario o bieldo para llenarlos. F. acep. En el Dic. hay *boquera*, con igual acepción.

Borrador.—Bolsa donde los chicos llevan los libros a la escuela. F. acep.

Brucio.—Chorro: «Le salía un brucio de sangre muy grande.» V. *burcio*.

Brusa.—Blusa. Cambio de *l* en *r*.

¡Bu!—Grito con que imitan el canto del cuco. Palabra onomatopéyica.

Bubuso, *a*.—Cuco, abubilla. Al que le huele el aliento dicenle que «huele a bubuso». Falta acep. en el Dicc. Ac.

Bullir.—Atizar la lumbre: «Voy a bullir el pucheró.» Falta acepción en el Dicc. Ac.

Burcio.—V. *brucio*. Alternación de las dos palabras.

Cachapera.—Caseta que hacen en las eras para el verano; generalmente, con dos trillos viejos en forma de ángulo y recubiertos de arena. En Reinosá, capachera es caseta de lona donde se sirven comidas en las ferias.

Cajo.—Mezcla de tierra y piedrecillas.

Cangalito.—Témpano de hielo que cuelga de los canales de un tejado.

Cárcavo.—Terreno que se ha dejado sin cultivar, por lo general lleno de cascajo y algo abarrancado por las lluvias. Dic.: *carcavón*.

Cariçarillos.—Hermanos de padre.

Catamorda.—V. *morda*. También en la región.

Celar.—Cesar, recular: «¡Cela tras!», dicen a las mulas uncidas al carro.

Cerranícalo.—Cernícalo (ave de rapiña).

Cigüñal.—Cigüeñal. Artefacto para sacar agua. Dic. Academia: *cigüeñal* y *cigoñal*.

Cina.—V. *hacina*.

Cocotazo.—Golpe dado en el cogote. Dic. Acad.: *cogotazo*.

Cocote.—Cogote. «Tener mucho cocote»: tener mucho orgullo.

Cocotona.—Cogujada.

Cogorní.—Codorniz.

Comenencia.—Conveniencia, asimilación mb > m.

Comuniego.—Del común del pueblo. Terreno comprendido entre dos términos municipales y aprovechable en pastos por los dos Ayuntamientos. Falta acep. Dicc. Ac.

Corte.—El sitio donde se llega en el trabajo empezado en las tierras: «Voy al corte.» En otros sitios, *tajo*. De toda la región.

Corruto, ta.—Corrompido: «Huele a corruto.» El Dic. registra *corrupto* (del latín *corruptus*).

Costillas.—Dientes de yugo. De toda la región.

Costrollo.—Sapo.

Coto.—Hospiciano.

Coto.—Mojón de piedra que se pone en las tierras para indicar que no entre el ganado a pastar.

Crillazo.—Golpe dado con la mano en un carrillo. Dicese en toda la región.

Culones.—Pájaros que aún no tienen toda la pluma.

Cumplir.—Satisfacer, agradar: «Come si te cumple; aquí no andes con remilgos.» Falta acepción en el Dicc. Ac.

Cuquero (y *navero*), juego del.—Juego que consiste en ponerse uno de los jugadores, el que le toque, de rodillas y manos en el suelo; se le tapa con las americanas de los demás y agarra la punta de una faja y la otra punta la agarra otro jugador, que es el que cuida de él. Los demás jugadores, con los cinturones, pegan encima del que está en el suelo, y el que está encima de él debe evitarlo, pegando con su gorra a uno de ellos, pero no puede correr más que lo que dé de sí la faja. Al que éste pegue con la gorra, se queda en el suelo, y el que estaba en el suelo hace de guardián.

Champarse.—Zamparse. Caerse en un charco, meterse en él y, por metáfora, meterse de rondón en una casa; esto es, sin pedir permiso.

Chancar.—Tirar cantos u otra cosa arrojadiza: «¡Que te chanco la paleta!» Falta acepción en el Dicc. Ac.

Chiflito y *chiflato*.—Silvato. F. en Dic. la primera forma.

Chiguito.—Chiquito.

Chingar y *chinglar*.—Sonar con sonido metálico: «Ese duro no chingla» (suena mal).

Chirrión.—Pájaro parecido en color a la aloda, pero más pequeño, que anida en los regatos hondos.

Chatos.—Discos de hierro con que se juega a la tanguilla. En Salamanca, *patacones*. En Segovia, *chanflas*. En Madrid, *tejos*.

Chupatel y *chupitel*.—Barra de dulce. Pedazo de hielo que cuelga de los tejados. Todo objeto que se chupa, ya por entretenimiento o por sacarle el jugo.

Churrutada.—Lo que el tendero echa de un líquido después de la medida: «Echame la churrutada.» En Segovia, *chorrada*. En Salamanca, *cogüelmo*.

Dadrillo.—Ladrillo. Asimilación de la *l* a *d*.

Dentellón.—El palo que baja de la viga donde descansa el yugo de los carros.

Desconfiable.—Desconfiado: «Eres más desconfiable...»

Desojado.—Carga de un carro hasta la altura en que terminan las barandillas.

Diquiá.—De aquí a: «Diquiá dos días, nieves.» V. R. F. E., 1916.

Dir.—Ir: «Vamos a dir a la estación.»

Eclisarse.—Quedarse embobado mirando: «Las alodas se eclisan a la luz y se las puede coger.»

Embochar.—Meter algo con acierto en un agujero tirándolo con pulso: «A ver si embocho esta piedra en el boquerón.»

Emburriar.—Empujar: «¡No me emburries!» Al que llama a la puerta se contesta: «¡Emburrie!».

Emburrión.—Empujón.

Engarlitar.—Engañar con astucia, engatusar.

Engatuñar.—Idem.

Engrama y carama.—Escarcha.

Engüerar (de *huera*).—Ponerse cluecas las gallinas. Diccionario Acad.: *enhuerar*.

Enmelar y melar.—Señalar las ovejas con almagre, pez, etc.

Enguiscar.—Enviscar (de *in viscum*: liga), poner liga en las plantas para cazar los pájaros. Dicese en todo Campos.

Escamundar.—Escamondar, quitar la cáscara a la fruta, limpiar.

Escardadera.—Temporada de la escarda. Dicese en la región.

Esconderite.—Escondite: «Vamos a jugar al escondite.»

Espetellarse.—Quedarse mirando fijamente a una cosa como sorprendido. Asimismo de toda la región.

Espichar.—Quedarse sin cuartos en el juego: «Me has espi-

chado» = «Me has dejado sin ningún cuarto». Falta este sentido en Dic. Acad.

Espitar.—Empezar una cuba de vino: «Voy a espitar esta carral», se dice, aun teniendo puesta la espita. Dic.: «Poner espita a una cuba, tinaja u otra vasija.» Falta, por tanto, esa acepción.

Esquena.—Arista de la espiga.

Esquilar y esquilear.—Tocar a misa. Dic. Acad. = tocar la esquila.

Esquite.—Disculpa: «Nunca falta un esquite.» Dicese en toda la región.

Estógamo.—Estómago.

Estrullar.—Quitar un trozo de cal o yeso de una pared. En Segovia, *esportillar y desportillar*.

Estrullón.—Desconchado de una pared.

Gállara y gallarón.—Como *abogalla*, en Salamanca. Tampoco está en el Dic.

Gariada.—La porción de paja que se coge con el gario, bierga. Se dice en toda la región.

Garitero.—Baratero. El que cobra barato en un juego. Diccionario: «El que tiene por su cuenta un garito. || 2 El que con frecuencia va a jugar a los garitos. || 3 germ. Encubridor de ladrones.»

Golver.—Volver, cambio de *v* en *g*.

Gomitar.—Vomitare, ídem.

Grancias.—Granzas, pajones que no se desgranar en la trilla. Es notable la *i epentética*, que vemos en Asturias, Salamanca, Cáceres, Zamora, Badajoz, Miranda, etc.; esto es, propio del leonés.

Güelta.—Vuelta.

Güera y huera.—Clueca.

Güelto.—Huerto.

Guisopo.—Hisopo. Dic.: *guisopillo*.

Herrén.—Tierra cercada, enclavada por lo general fuera del pueblo.

Hogar.—Cocina, habitación donde se guisa.

Horrura.—Capa verde que se forma sobre las aguas empananadas. V. *Verraca*.

Jugar.—Jugar.

Jutar.—Enjugar, quitar la humedad a alguna cosa: «¿Está juto el plato? Voy a jutarlo.»

Ligaterna.—Lagartija: «ojos de ligaterna», persona que los tiene muy saltones y poco fijos.

Lonceja.—Una especie de tubérculo que se cría en las viñas de sabor dulce. Como una especie de batata silvestre, pero muy pequeña.

Madama.—Máscara.

Madrinadero.—Cadena de palo de medio metro aproximadamente que ponen a las caballerías enganchadas a un carro, y que va desde la argolla de la cabezada de una de las mulas a la de la otra para que no se separen mucho las cabezas y el tiro sea regular.

Malimprino.—Mejor fuera.

Malrotar.—Estropear una cosa. Mazuecos y Guarza de Campos. Dic. dice disipar, destruir, malgastar la hacienda.

Mataculos.—Escaramujo, fruto de las zarzas. En Segovia, *escaramojo*.

Melga.—Cada una de las partes en que se divide la tierra para ararla, generalmente triangulares. Dícese en la región. Dic. registra *amelga* y *amelgar*.

Mesilla.—La parte donde se coloca el yugo en la viga del carro. Igualmente, es regional.

Mieja.—Migaja, miga de pan.

Miejón.—Migollo de pan: «No quiero miejón.» Este sufijo *ejo* es muy popular.

Miembre.—Mimbre, del latín *vīmine*. Diptongación (anormal).

Migollo.—La parte interior del pan: miga. La *ll* nos está indicando rasgo leonés.

Misear.—Echar a refñir dos perros, azuzar a un perro para que muerda.

Miz (juego del).—Juego de naipes en el que el cinco de oros es el que más vale, y se llama *miz*. Es juego de chiquillos. Las únicas cartas que valen son las figuras. Juego: Se da toda la baraja y, sin verlas los jugadores, se empieza a «echar», y si uno «echa» un caballo, el que le sigue le echa tres cartas, que él recoge con todas las que se hayan echado y las pone encima de las suyas. Si echa un rey, el otro tiene que poner cuatro cartas, y si echa el *miz*, cinco. Pierde el primero que se queda sin cartas, y le dan los repelucos.

Moledero.—Estercolero.

Mollar.—Suave, bueno, templado: «Este día está mollar» (templado).

Monda.—El césped que se saca de una zanja, que se hondea con palo de voltear y que se suele echar como abono en las tierras linderas: «Voy a echar monda.»

Mondaja.—Cáscara. La cubierta o piel de los frutos como la pera, manzana, etc.

Morda (dar).—Hacer que a uno le dé envidia de algo. Usase principalmente entre los niños cuando tienen alguna golosina o juguete, diciendo: «Morda, catamorda», repitiéndolo varias veces.

Morrillo (juego del).—Como el juego de la calva en Salamanca, sólo que en lugar de poner en el suelo de blanco un trozo de madero acodado, ponen cuernos de buey. Consiste en dar con piedras al blanco antes de dar en el suelo.

Mulatero.—Yegüerizo. Hay calle del Yegüerizo, pero no se emplea esta frase, sino mulatero.

Nial.—Nidal. Lugar donde ponen las gallinas. Huevo que se pone porque allí vayan. Nótese la pérdida de la sonora *d*.

Nueta.—Lechuza: ojos de nueta = ojos muy abiertos que miran sin pestañear.

Oilo.—Por metátesis de *olio* = aceite.

Ollón.—Cangilón, vasija de barro.

Ombrigo.—Ombligo. El cambio de *l* en *r* es típico leonés.

Orza.—Olla que contiene agua de fregar: «A la lumbre tengo sólo la orza de fregar.» Dic. dice: «Vasija vidriada de barro, alta y sin asas, que sirve para guardar conservas.»

Palilla o *paleta*.—Badila. Dícese en muchas regiones.

Parva (echar o tomar la).—Tomar pan y aguardiente de desayuno. En Salamanca dicen «echar la sosiega».

Pascualejas.—Campanas pequeñas que pueden voltearse: *chilejas*. Esta palabra tampoco la tiene el Dic.

Patacajones (montar a).—Montar a horcajadas.

Pedromato.—Velea.

Penguilla y *pinguillo*.—Premilla, primera vez: «Esta espinquilla, que pase.» Dícese en los juegos al narrar la primera vez.

Peón.—Tentemozo, palo que llevan los carros para apoyarse el carro cuando está parado. Es vocablo regional.

Perno y *perucho*.—Cermuña (especie de pera).

Pienruta.—Picota. Lo más elevado de una torre. Mazuecos y provincia de Salamanca.

Pinado.—El que está de pie.

Pinar.—Empinar, empujar a uno para que suba a algún sitio.

Pinarse.—Ponerse de pie. Estar en pie = «estar pinado».

Pite.—Pite: juego infantil, que se hace con una paleta y un palo, igual a la «chirumba», en Salamanca y Segovia.

Plao.—Prado, fenómeno contrario al típico leonés de *l* > *r*.

Polvorera.—Polvareda = la polvorera: «Hay que cantar la polvorera.» Canciones que se cantan al meter el trigo en el granero según se va y viene en el carro:

¡Ay, qué polvorera!

¡Ay, qué polvorera! (Cantar popular.)

Ponedor.—Cargador de la mies. El que la coloca en el carro según se la va dando el purridor. Vocablo de la región.

Pradillo.—Cementerio. También regional.

Purrir (horca de).—Horca de hierro con mango muy largo.

Rabiar.—Tirar a bailar la peonza y que ésta salga rodando por el suelo sin bailar. Cuando esto ocurre se dice que «ha rabiao» o rabió.

Refolleta.—Armazón cuadrado de madera que sostiene una manga de red y con un mango largo, que sirve para pescar.

Reguilete.—«Echar sangre a reguilete» (a hilo). Acad.: *rehilete* (de *filum*).

Repeluces (juego de los).—Repelones (juego de los).

Ríata.—Reata. Conjunto de caballerías que van enganchadas una tras otra.

Ríatera.—Riata.

Roer.—Formas usadas son: roigo, royo y roncho: «¡Que te roigo los hígados!», «Me royo los güesos», «Te roncho las cejas», analogía con ronchar (?).

En cuanto a la evolución fonética hay que consignar que los grupos *Dy*, *Gy* y *By* > *y* que cae tras *e*, *i*. En roer, del latín *rodere*, no debía perderse, y esa *y* desarrolló una *g*, a imitación de los verbos en — *ngo*, haciendo + *roigo*, + *oigo*, + *traigo*, etc. Así, pues, la forma *royo* es la normal.

Romo (juego del).—Consiste en clavar una estaca de punta en tierra húmeda y los demás tirar a desclavarla, clavando las suyas. El que la desclave la pega con la suya un golpe y la tira lejos, y así todos los jugadores. En Salamanca, jinquete. El Dic. lo llama picota.

Sangradera.—Surco profundo (atravesando generalmente a los otros) que se hace en las tierras de labor para su desagüe. No está la acepción en el Dic. Acad.

Senarero.—Labrador de poca propiedad, de media callera—como allí dicen—, que se dedica después de recoger sus granos a hacer la recolección a otros mediante el pago que convengan. En toda la región de Campos lo dicen.

Sequillo.—Mantecada (dulce).

Sobreperil.—Baticola. || Ataharre. Tira de cuero o cuerda que sujeta la silla o montura de las caballerías para que no se vayan hacia adelante, y que va de la parte de atrás de la montura a pasar por debajo del rabo, donde se sujeta. Vocablo regional.

Solar.—La porción de la era en que se trilla: «Voy a barrer el solar, que ya he acabado de trillar.» En Tierra de Campos.

Solumbreira.—Tela de lienzo que, colocada en un palo que está sujeto en cruz a otro fijado en el suelo, y extendida desde el suelo, da la sombra a los segadores.

Sontró y sontroj (pronunciación).—Clavija que se mete en el eje del carro para evitar que se salgan las ruedas. Vocablo de la región.

Taina.—En el juego del escondite no puede uno ser cogido por el que se queda. En Segovia, tufa y barrera.

Tajón.—Lote de leña sin cortar que toca a cada vecino en un monte comunal. Mazuecos y Dueñas.

Talanquera.—Armazón que se hace con trillos viejos o tapia de un metro de altura que se construye en las eras al lado de la caseta para atar al ganado y echarle junto a ella pienso, de avena generalmente y en ramas.

Tanguilla (juego de la).—Se coloca en el suelo un cilindro de madera de siete a diez centímetros de largo por tres o cuatro de diámetro, que es lo que se llama tanguilla y tarusa y da nombre al juego, y se tiran a ella unos discos de hierro. Sobre la tanguilla colócase dinero, y el que la da y la tira y queda el disco más cerca del dinero que lo que está la tanguilla, gana el dinero y se llama «cama», y tira otro. De tanga, tángano (de *tango* latino). Dic., tarusa, chito.

Tarrero.—Terrero. Cesto de mimbres sin limpiar que se usa para coger paja en el pajar y llevarla a la lumbre por lo general. Cuévano. Dic., terrero.

Teleras.—Redes de cordel grueso que ponen mediante un armazón en los carros para acarrear las mieses. Toda Tierra de Campos lo dice. Falta acepción en el Dic. Acad.

Témpano.—Pámpano de vid, rama nueva de la vid.

Tenadón.—Tenada. Cobertizo, sotechado. Dic., tencada.

Titos.—Guisantes.

Tranchete.—Especie de navaja de cóncavo filo que usan para vendimiar. Dic., tranchete, del francés *tranchet* (de *trancher*) = cuchilla de zapatero. Por tanto, falta acepción.

Trijonear.—Entremeterse, curiosear.

Trijoneo.—Hombre o mujer que en todo se mete, que anda de casa en casa averiguando lo que puede.

Trulledera.—Llana de albañil. Dic., trulla (del latín *trulla*), llana, herramienta de un albañil.

Ugo.—Jugo.

Unción (tocar a dar la unción al puchero).—Tocar a mediodía a comer.

Uva (ir a la).—Ir en combinación en el juego, ganando a medias. Mazuecos y Dueñas.

Verraca.—Capa pastosa verdusca que se corta sobre las aguas estancadas.

Vin (juego del).—Juego de la pina.

Varga y varguilla.—Cuesta: «Creí que no podía subir el ganado la varguilla de la Cupina con la carga que llevaba.»

Velorta.—Tuerca.

Zarramón.—Máscara.

Zoleta.—Arada pequeña que se usa para escardar e ir a coger hierba para los conejos.

Otros vocablos regionales

Aburar.—Del latín *ab-urare*. Dicese de los paños que se ponen a la lumbre para que se sequen y se recalientan demasiado, poniéndose de color quemado, pero sin llegar a quemarse del todo. Dueñas (Palencia). En Segovia, *asurar*.

Boqueras (quedarse de).—Perder una cosa. Quedarse sin algo.

Palencia y Salamanca. Falta acepción en Dic. Acad.

Cambriza.—Escarcha. V. *carama*. Usan ambas palabras indistintamente. Dueñas (Palencia).

Canizo.—El madero que va del entrepete al yugo; si es cadena se llama estrinque. Dueñas y alrededores de Campos.

Carama.—Escarcha. Dueñas (Palencia).

Embeleso.—Recipiente de madera destinado a recoger los líquidos o sólidos que se derraman. Por extensión se llaman así los recipientes de barro destinados a este uso. Hontoria de Cerrato (Palencia).

Entrepete.—Gancho del trillo de donde parte la cadena que va al yugo. Santa Cecilia del Alcón, Dueñas y alrededores.

Estrinque.—V. *canizo*. Dueñas. Dic: «|| 3. Cada una de las argollas de hierro que llevan las varas del carro para enganchar la caballería.»

Fuendo.—Siendo, yendo. Parece ser que hay confusión en una forma de estos dos verbos. Del todo evidente es que, de acuerdo con el habla dialectal, el gerundio ha tomado como raíz la del tema del perfecto fuerte. Esta misma se encuentra en Aragón, Salamanca, Santander y hasta el pueblo madrileño, que dice «supusiendo», «hiciendo», etc. Grijota (Palencia).

Golostrón.—Goloso. Dueñas (Palencia).

Granación.—Granazón. Tomar bueno y grano el trigo: «Tiene buena granación el trigo este año.» Dueñas (Palencia).

Nótese la *i* epentética, característica leonesa.

Guaje, a.—Chico, a. Bañes (Palencia).

Guilar.—Guipar. Dueñas (Palencia).

Impuerta.—La parte del timón del arado unida a la cama. Dueñas.

Mancar.—Hacer daño: «¡Me has mancado!» Bañes (Palencia). Reinosa (Santander).

Pañoso.—Empañado. Cubierto. Se dice de los vasos y objetos de cristal cuando éste no está muy transparente o cubierto de vapor de agua. Dueñas (Palencia).

Peralera.—Peraleda, reunión de perales. Dueñas (Palencia).

Percola.—El rabo de la reja. Dueñas, Santa Cecilia.

Pigaza.—Pájaro: pega, marica, urraca. Quintanilla de Trigueros, Valladolid, Dueñas (Palencia).

Piquera.—Piedra grande clavada en el suelo adonde alcanza el arado y que al arar se levanta: «Madre, póngame usted buena merienda, que la tierra que voy a arar tiene muchas piqueras.» Santa Cecilia (Palencia).

Purridor.—El que da los haces al ponedor, la horca de purrir. Tierra de Campos, Valladolid.

Purrir.—Dar haces o brazados de mies al ponedor con una horca de hierro de mango largo. Tierra de Campos, Valladolid.

Rabizo.—La parte delantera del timón del arado. Dueñas, Santa Cecilia.

Repertorio.—Calendario: «El repertorio de lluvias.» Dueñas (Palencia).

Untura (echar la).—Condimentar. Dícese de arreglar unas judías, etc. Baños (Palencia).

Yegüerizo.—Reunión del ganado caballar, asnal, mular, que conduce un guarda para que paste. Sitio donde se reúnen. Dueñas.

SARA GARCÍA BERMEJO

Romances

La Virgen romerita ⁽¹⁾

(La romera)

Por los campos de Jaén
se pasea una romera
blanca y bella como el sol
que relumbra de una legua.

Zapato de oro picado
y media de fina seda,
el pelo largo y tendido
que a la cintura le llega,
y una toca toledana...
¡Válgame Dios, qué hermosa era!

Vióla el rey de sus ventanas
y ha bajado a hablar con ella.

—Buenos días, romerita,
sin pajes y sin doncella.

—No vengo sola, buen rey,
mi compañía atrás queda;
atrás queda mi marido,
que relumbra de una legua.

—Suba a comer, romerita,
a comer de la mi mesa.

—Suba a comer el buen rey,
suba a comer vuestra alteza.

Subióse el rey a comer.
¡Malos bocados comiera!
Echaban vino los pajes
y una gota no bebiera.

Pajecitos, los mis pajes,
id a buscar la romera
ni por oro ni por plata
habéis de venir sin ella.

—Danos las señas, buen rey,
danos las señas que lleva,
que habrá muchas romeritas
y no sabremos cual era.

—Romerita como aquella
no la he visto en esta tierra.

Zapato de oro picado
y media de fina seda,
el pelo largo y tendido
que a la cintura le llega
y una toca toledana
¡Válgame Dios, qué hermosa era!

Se caminaron los pajes
en busca de la romera,
la hallaron en un lugar
abajo en una alameda.

—Buenas días, romerita.

—Pajes del rey, norabuena.

—El rey os manda llamar
para servirle a la mesa.

—Decidle, pajes, al rey
que le sirviera la reina,

(1) Véase José María Cossío y Tomás Maza Solano: *Romancero popular de la Montaña*, núms. 356, 357, 358, 359.

que si alta, muy alta es su sangre,
la mía, más alta era :

si él es rey de sus vasallos
yo lo soy de cielo y tierra
que soy la Madre de Dios
de la que Cristo naciera.

—Pues si es la Madre de Dios
adorarla yo quisiera.

—Adorad, pues hijos míos :
adorad, pies y cabeza.

Les echó la bendición

como madre verdadera.

Se volvieron a palacio
donde el buen rey les espera.

—Ya venimos, ¡oh buen rey !
no traemos la romera
que era la Madre de Dios
de la que Cristo naciera.

¡ Oh, quien lo hubiera sabido
cuando pasó por mi puerta,
para hincado de rodillas,
haberla hecho reverencia !

Confesión de la Blanca Paloma ⁽²⁾

La bella estrella que adoro,
morada del Rey Divino,
guarnecida en voluntad
se nos confesó un domingo.

No es porque tenga pecados,
pues nunca los he tenido,
es por cumplir el precepto
que manda su amado Hijo.

Postrada está de rodillas
ante el confesor bendito.
que es San Juan Evangelista,
hermano amado de Cristo.

Y dice así la Señora
que no cometió delito :

«Yo quiero bien confesarme.
¡ Necesito un gran alivio !
Vamos por los Mandamientos
que es más seguro el camino.

En el primero me acuso
que solo a Dios amo y sirvo
tanto que no puedo más,
más que los ángeles mismos.

En el segundo, señor,
yo también he prometido
de nunca faltar jamás
a los que fueran mis hijos.

En el tercero, señor,
las fiestas y los domingos
me ocupo en servir a Dios
en sus santos sacrificios.

En el cuarto, es que honré
siempre a mis padres benditos
San Joaquín y Santa Ana
abuelos de Jesucristo.

En el quinto, yo maté
al pecado entrometido,
aplastando la cabeza
del dragón enfurecido.

En el sexto, siendo madre
no fui por aquel camino
que las otras que lo fueron
y no fueron por el mismo.

En el séptimo, es que hurté
al Eterno Padre un Hijo,

(2) Véase obra citada, núm. 463.

y le tuve en mis entrañas
nueve meses escondido.

La noche de Navidad,
quiso Dios que a luz vino
para rendición del hombre,
en carne humana vestido».

—Despierta, paloma blanca,
despierta, que no soy digno
no tengo con que absolverte,
relicario cristalino
que te absuelva el Padre Eterno
que Inmaculada te hizo.

La Infantita al Cielo ⁽³⁾

(La devota del Rosario)

Un rey tenía una hija,
una hija más no tenía
que de oro la calzaba
y de seda la vestía.

Rosario de oro en sus manos
tres veces le reza al día;
una vez por la mañana
otra vez al mediodía
y otra vez más por la noche
cuando los demás dormían.

A ella que estaba rezando
vino la Virgen María.
—¿Qué hace aquí la linda Infanta
tan sola y sin compañía?
Bien lo puede ver la Virgen,
la del Rosario, María.

Si te vinieras conmigo
yo te haría compañía.

Aguarde, aguarde la Virgen
aguarde tan solo un día,
yo tengo mis padres nobles,
licencia les pediría.

Despierte, mi señor padre,
despierte con cortesía

que yo me voy con la Virgen
la del Rosario María.

Hija, por no tener más
yo mucho lo sentiría;
pero al irte con la Virgen
vete con bendición mía.

La ha cogido de la mano
la sube una sierra arriba,
al pie de un árbol la deja
y estas palabras decía:

Aquí te estarás siete años,
siete años menos un día;
no comas ni bebas nada
ni hables con gente nacida;
una palomita blanca
te vendrá a ver cada día
y en el piquito traerá
una flor muy amarilla;
con el olor de la flor
quedarás bien mantenida.

Al cabo de siete años,
siete años menos un día,

(3) Véase obra citada, núms. 375 al 381. Otra versión fué publicada en el tomo I, pág. 406, de esta REVISTA.

se ha bajado a una fuente,
a una fuente que allí había.

¡Mi Dios, como corre al agua!
¡Oh mi Dios, cómo corría!
Pero si yo bebo en ella
¡que tesoros perdería!

Alzó los ojos y vió
a un galán con compañía,
el galán era Jesús
y la dama era María,
que viene a por la infanta
y que al cielo la subían

La devota del rosario

Un rey tenía una hija
llamada la Maravilla;
la quieren condes y duques,
y caballeros la estiman.

Su padre no la quíe dar,
pues más hijas no tenía
y rezaba tres rosarios,
tres rosarios cada día,
el uno, al amanecer
el otro al mediodía;
el otro a la media tarde
mientras su padre dormía.

¡Levántese el rey, mi padre,
con cortes y cortesías,
pues en medio de la sala
está la Virgen María!

—Dice que me quíe llevar
tres años menos un día.
No hablaré con gente moza
ni con gente desta villa,

sino con una paloma
que me traiga la comida
y en su piquito dorado
que me traiga la bebida.

Ya pasaron los tres años
tres años menos un día.
Bajó a beber un poco agua
a una fuente cristalina,
volvió la vista hacia atrás
y vió que Jesús venía.

¿Qué haces aquí, la mi sierva?
¿Qué hace aquí la sierva mía?
—Bebiendo un poquito de agua
que yo de sed me moría...

Las campanillas del cielo
ellas solas se escurrían,
tocan a santos y a santos
¿Pa quién es esta alegría?
Es pa una hija del rey
que a los cielos se subía.

PAREDES DE NAVA, Palencia.

Recogidos por TOMÁS TERESA LEÓN

COSTUMBRES

Cofradías típicas en Pedroñera (Cuenca)

La Cofradía de Animas, que data del siglo xiv, es la primera que se fundó. Tiene alabarderos, su Judas, el Diablo Grande y los seis diablejos. Los alabarderos empiezan primero a reunir fondos para las ánimas el 26 de diciembre, y continúan recorriendo las calles hasta el martes de Carnaval inclusive, recogiendo limosnas en especie y panes con las esquinas dobladas y un agujero en medio, por donde los ensartan en las alabardas. Con lo recogido hacen una especie de subasta todos los domingos. El Judas sale el día de la Virgen de las Candelas, con un disfraz horroroso y un hisopo de trapos de arpillera, con el que ahuyenta a los muchachos, que le siguen diciendo: «Judas, mamouvas, que te comes toas las uvas y no dejas ninguna...; erro, erro, cabeza perrooo...», viéndose mal frente a los chiquillos, que le acosan, obligándole a refugiarse en las casas, de donde tiene que salir por los corrales, burlando a la chiquillería. Por otra parte, donde penetra el Judas entra el terror, pues los niños pequeños y aun mayores lloran amargamente del susto, y corren a esconderse, teniendo las madres que replicar al Judas que se retire, y alargándole la limosna cuanto antes. No hemos advertido que los alabarderos, en su recorrido, van escoltados por cuatro tamborileros, y van tocando alternativamente la marcha «Tan, volantán, el cura y el sacristán...», y el pasodoble «Volantán, volantán». Estos car-

gos son desempeñados por penitentes, que se han ofrecido en competición al mayordomo, que los va apuntando cronológicamente (seis alabarderos, cuatro tamborileros, los diablos y el Judas). Son personas que han hecho estos votos por enfermedades, desgracias u otros peligros.

Días antes del Carnaval, los diablos hacen el recorrido de los molinos de las riberas, aldeas y caseríos provistos de enormes cencerros y tremendos varejones, de más de diez metros de alto y más gruesos que el brazo, son subastados en beneficio de las ánimas. Vienen los pastores más viejos de la localidad invitados por los diablos, y con la harina que han recogido hacen tortas sin levadura en medio de la plaza para las ánimas. El último recorrido lo hacen los miembros de la Junta directiva, vestidos con capas de colgantes dorados; van acompañados del párroco, con cuatro tambores, que destemplan cien pasos antes de llegar a la plaza, comenzando entonces a doblar las campanas a muerto y entierro de primera. Dan tres vueltas a la plaza, y por fin, entregan en la casa del mayordomo trajes y demás objetos para el año siguiente. Todas las aceras de la plaza son obstaculizadas por los diablos, que, con sus respectivos varejones, impiden la entrada a los fieles que no entregan limosna, y en el cancel de la iglesia se interpone el Judas con la misma pretensión, pues lo que éste recoge se echa aparte.

La Asociación de Animas está constituida en la siguiente forma: mayordomo, capitán con paje, capitán de Estado Mayor, alférez, abanderado, virrey y seis alabarderos.

Después de la Misa del martes de Carnaval acuden los directivos con el párroco a casa del mayordomo a tomar un refrigerio, igual que han hecho después del domingo y lunes; durante estas misas los abanderados y los tambores se estacionan en el Altar Mayor, en posición de firmes, rindiendo armas en los momentos culminantes. La Misa dominical de once durante el año, los cultos de Todos los Santos y los del Carnaval se pagaban con lo recogido en esta Cofradía de Animas.

La Cofradía de Jesús se reúne el primer domingo de septiembre. Consta de mayordomo, capitán, teniente, sargento, alcalde y abanderado, con 200 cofrades. Llevan para la fiesta: 80 arrobas de vino, 30 de garbanzos tostados, nueve de avellanas, tres de cacahuets, tres de almendras, tres de higos, dos de caramelos, 30 cántaros de agua de limón; en tres días lo consumen todo.

Todos los cargos salen a subasta, y dan por ellos fanegas de trigo. El mayordomo es elegido. Los fieles esperan en su casa que vengan los cofrades y cargos con la música y bandera, y llevan su ofrenda de trigo, conejos, pichones, etc., bajo la bandera.

La Cofradía del Santo Cristo es idéntica a la de Jesús; se reúne el 14 de septiembre.

Hay, además, otras cofradías, como la de San Agustín, San Julián, Virgen de la Asunción y la de San Antón, que es muy típica.

JULIANA IZQUIERDO MOYA

ALIMENTACION

Albacete y toda la provincia

Los gazpachos.—Pava, conejo, perdiz, pollo. Generalmente, dos de estos animales se guisan en salsa corriente. Aparte se hace la «torta de pastor», que es un pan sin levadura de poquísima altura y muy extendido. La mejor, se hace sobre unas piedras, que suelen tener al efecto en el campo. Los pastores son los que suelen hacerla mejor.

Cuando está el guiso se aparta el caldo y se le echan trozos de la torta, que debe partirse con la mano, sin cuchillo. Cuando las sopas han cocido se sirven calientes de primer plato, y de segundo las tajadas.

Son muy gustosos y de ordinario no puede comerse más en la comida, porque resulta plato fuerte.

Se nombran siempre en plural.

Gazpachos «viudos».—Se llaman así porque no se les pone ni ave, ni caza, como a los corrientes.

Se fríe patata, tomate y ajo, y con todo eso se hace la sopa, echando la torta de pastor ya descrita. Así que no resultan dos platos como los que llevan ave o caza.

El atascaburras se hace con ajo muy machacado, patatas cocidas y deshechas en agua, sal y aceite, todo ello muy mezclado y caliente. Se come en días de lluvia y nieve.

Al pasar por tu puerta
sentí el mortero,
algún *atascaburras*
me estás haciendo.

Aji-aceite.—Es una especie de salsa para tomarla con habichuelas o con pata de cerdo cocidas. Se machacan un ajo, dos o tres patatas cocidas y una yema de huevo. Estas tres cosas se mezclan y se batan hasta que se forme una pasta muy dura.

El Ajo-puerro (de «mataero»).—Se fríe aceite, trozos de tocino (que aquí se llama tajá), hígado y corada. Aparte se machacan ajos, trocitos de tocino, de hígado y se mezclan con toda clase de especias, pimentón y pan rallado : cuando está muy caliente se rocía con piñones y se echan encima los trozos que se frieron al principio.

Este se hace en días de matanza. En el resto del año se hace con hígado de cualquier res.

Gachas o ajillo.—Patatas cocidas, harina, aceite, pimentón, ajos (én verano tomate). Todo muy mezclado.

Se sirve muy caliente, pero no debe cocer.

BOGARRA. (P.º de Alcaraz).

Guisado con pantalones.—No es más que un estofado de judías blancas que se cosechan allí. Deben ser durísimas, porque se pone en la lumbre baja por la mañana para comerlo por la noche. Se llama así porque se echan también las vainas. Además de las judías se pone aceite, pimentón, ajos, cebolla, tocino y patatas.

Hace falta un arte especial para ir dando vuelta al puchero y que se haga bien.

El puchero es de fabricación del pueblo, y las que hacen el guiso conocen muy bien cuáles son a propósito.

Se come con mucha frecuencia. Y se hace así desde tiempo inmemorial.

ALCALÁ DEL JÚCAR (Cs. Ibáñez).

Torta de cañamones.—Se hace con harina y agua, trabajando la masa : pero ha de tener la mínima parte de harina, la indispensable para sostener los cañamones, que son la mayor parte ; cuando está la torta, le ponen una pizca de azúcar. Se toma en las solemnidades familiares.

CASAS DE LETUR (Aldea de Letur. P.º de Yeste).

(Características más murcianas que manchegas.)

Migas de panizo.—Se fríen pimientos secos p trozos de lomo o de jamón o de sardinas o de todo junto; lo más modesto es sólo los pimientos.

Aparte se deshace en agua hirviendo la harina de maíz y se mueve constantemente con una freidera especial en forma de pala (la räsera). Cuando ha cocido y se ha espesado se echa la grasa de la fritanza anterior y encima de todo, las tajadas. Se come en seguida, alrededor de la sartén, cada cual con su cuchara. Si se traslada a un plato se enfría y ya no está bueno.

Olla aldeana.—Esta olla se come por toda la Mancha, pero se condimenta de modo especial en cada pueblo. Aquí se ponen las alubias sin vaina, con tocino, patatas, cebolla, ajos y aceite, o sólo el tocino, y un poco antes de tomarlo se le pone pimentón, un poco de pimienta y una chispa de azafrán.

Se dice que es gustosa de veras.

Se come por la mañana y a mediodía.

Hay aquí un objeto especial: el *arrimayo*. Es un medio aro de hierro con dos pies, que se coloca empujando al puchero (de barro) hacia la lumbre.

La cuerva.—Se hace con vino blanco, con azúcar, agua y trocitos de melocotón o rodajas de limón.

Se prepara en un cacharro especial, un barreño que tiene unidos al borde, formando una pieza con él, unos platillos para colocar los vasos. Se sirve con un cacillo. Toman la cuerva cuando se reúnen unos cuantos amigos para charlar o celebrar algún acontecimiento.

ALCALÁ DE JÚCAR (C. Ibáñez).

El vaso de *cuerva* que emborracha.

Si en el centro del barreño se coloca un vaso «vacido» y se llena con cuerva que se ha sacado previamente del barreño, de modo que el sobrante se «errame», el que se bebe ese vaso

se pone borracho perdido. Es un secreto que se lo revelan a muy pocos, para darse el gusto de reírse del incauto que no conoce el truco.

FILAR BRIS.

Asturias

Una de las bases de la alimentación entre los aldeanos y obreros en Asturias es la harina de maíz; con ella hacen papillas y tortas.

Borona es lo que generalmente toman por pan, hecho con harina de maíz, agua y sal; no lleva levadura, pues no fermenta, quedando, por tanto, pesada y húmeda; la ponen cerca del fuego, habitualmente envuelta en una hoja de berza. Cuando la borona la hacen más fina la llaman *torta* y la toman para desayunar con leche. A veces estas mismas tortas, después de apretarlas con una servilleta para secarlas, las frien.

Rabón es una papilla hecha con harina de maíz; se toma de desayuno y cena.

Forrajes es otra papilla hecha con agua hirviendo, sal y harina de maíz; cuanto más tiempo hierven están más finas; se echan en un cuenco, y cuando se enfrían un poco quedan bastante espesas, se sirve encima leche y así se comen, generalmente de desayuno y cena. En las Brañas se las da el nombre de *pulientas*.

N. de H. S.

Pontevedra

La «*cacheira*», o sea cabeza de cerdo, acostumbran en Pontevedra a comerla por carnaval, en todas las casas, desde la más modesta a la más encumbrada.

En el pueblo de Antas, en carnaval comen el bandullo, o estómago de cerdo. Al hacer la matanza reservan el bandullo

bien lavado y salado ; al llegar carnavales lo desalan y rellenan de una pasta hecha con leche o vino blanco, azúcar, huevo y pan rallado. Lo cosen, y no muy lleno para que no se reviente, lo ponen a hervir en agua, y cuando flota ya está cocido.

V. DURÁN.

NOTAS DE LIBROS

CARO BAROJA (Julio): *Los pueblos de España. Ensayo de Etnología*. Barcelona. s. a. Editorial Barna, S. A. 495 páginas e índice 7 págs.

Por su contenido y por su método el libro del Sr. Caro Baroja señalará una fecha interesante en los estudios etnológicos y folklóricos de España. El arsenal bibliográfico utilizado es considerable y es más justificada la admiración de su riqueza por referirse a los más variados aspectos de la cultura. El autor califica su trabajo de ensayo de Etnología, y declara que su propósito fundamental es compilar los datos de multitud de trabajos más o menos asequibles. Este propósito lo consigue con una literatura suficiente de cada cuestión, pero lo rebasa ampliamente, añadiendo a la parte vulgarizadora y expositiva su propio criterio; y este aspecto crítico alcanza no sólo a los hechos, sino también a los métodos que con tanta frecuencia se siguen.

Frente al tono de seguridad con que se formulan tantas generalizaciones y teorías, el innato sentimiento crítico del autor sostiene una recelosa reserva, que no llega a la duda desalentadora, pero que es contraveneno de la engañosa tranquilidad dogmática de muchos teorizantes. Frente al exclusivo fin estético o práctico con que muchos folkloristas y literatos estudian la vida popular, buscando temas bellos o explotables, el autor defiende el folklorismo desinteresado y científico, considerando el valor de los datos en sí mismos sin utilización práctica y sin deformación artística.

Frente a la pasión generalizadora con que una apreciación superficial enjuicia los caracteres comunes o regionales de los españoles, sus vicios y virtudes, y frente a la pasión y exaltación lírica con que se cantan o denigran sus usos y costumbres, el autor propugna el análisis frío y profundo, menos grato a nuestra propensión exaltada y simplista, pero más cercano a la realidad y más útil a la ciencia. Igual que en los partidos políticos la afición a alistarse en una teoría

sin conocer a fondo las demás, es de ordinario la cómoda postura de los iniciados en una doctrina y esa discrepancia irreductible oscurece a cada paso la visión histórica e impide la resolución de algunas cuestiones. El autor frente a esto se sitúa, o quiere situarse al menos, en una postura de imparcial comprensión. El entusiasmo que una teoría explicativa de los elementos culturales del pueblo produce cierra la curiosidad a otros datos e inquietudes y se pretende explicar todo por la nueva teoría. Frente a esta actitud de cómoda sencillez, el autor pretende una metodología más compleja, aspirando a distinguir lo que es difusión y lo que es coincidencia, y a tener en cuenta los procesos de evolución, para no atribuir a préstamos lo que es uniformidad humana o identidad circunstancial, que produce en un pueblo sin relación histórica hechos iguales o semejantes. Las razas cambian de lugar, de cultura, de lenguaje, y en estos cambios las atribuciones rectilíneas probablemente fallan, y así nombres como *iberos*, *vascos*, *ibérico* y *vascuence*, si se presta una sencilla credulidad a las citas greco-latinas, o se quiere relacionar con datos aislados, seguirán siendo verdaderos duendes que hurtan el cuerpo a la curiosidad histórica. En la interpretación de los hechos actuales no se deja llevar de la habitual referencia a unos cuantos tópicos sobre mitos primitivos, sino que aprecia las posibles interferencias de cultura, y las innovaciones profundas que en la transmisión y recreación del pueblo pueden producirse. Frente a teorías generalizadoras de una filiación étnica y lingüística de los pueblos de España importará, en efecto, más la paciente acumulación de minuciosos datos de cultura. Así, con revisiones críticas de los datos comparativos del *vascuence* y con listas ampliadas de sus coincidencias habrá más esperanzas de ver luz en este problema, que con las antiguas discusiones radicales, de si el *vascuence* es africano o uralo-altaico o latino. El autor, no en previa posición ecléctica, sino con un criterio infrecuente de pura objetividad, admite para el *vascuence* una heterogeneidad de orígenes que sólo podría puntualizarse multiplicando los ejemplos y discutiéndolos con técnica lingüística. Sólo cuando tengamos estadísticas más amplias de etimologías y de rasgos comparados con otras lenguas podrá irse a una calificación definitiva. Y aun en los caracteres que más típicos parecen hay que discutir si no son un simple desarrollo posterior, que no sirve para la caracterización como tipo idiomático aparte. Así la pasiva del *vascuence*, el carácter pospositivo de artículos y partículas,

su vitalidad compositiva, etc., no demuestran su origen independiente, ya que en tipos hermanos en el indo-europeo unos han vacilado entre la preposición y la posposición, entre la activa y la pasiva, unos han mantenido una tímida composición y otros se han lanzado a la aglutinación.

En la segunda parte se estudian los pueblos antiguos antes y después de la romanización en las regiones del sur, este, centro, oeste y norte de la Península. La tercera parte del libro es consagrada a las regiones actuales de la Península. Los rasgos de caracterización de las diversas regiones y los múltiples aspectos de la vida popular (habitación, indumentaria, fiestas y ritos, estructura familiar y organización social, literatura, ganadería, agricultura e industria), son representados en breves bosquejos siempre con sus referencias bibliográficas. La presente obra puede constituir un jalón capital en el desarrollo de los estudios etnológicos y folklóricos en España.

V. G. DE D.

VICENTE GARCÍA DE DIEGO: *Manual de Dialectología Española*.—Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1946.

La Dialectología española puede decirse que se encuentra en un estado mucho más atrasado que la de otras naciones. Interrumpidos los trabajos del Atlas Lingüístico, hay que anotar empero la existencia de una afición en los jóvenes que salen de la Universidad a estos estudios, y de la que ya hay muestras notabilísimas, tales los libros de María Josefa Canelana sobre el Bable de Cabranes, de Alonso Zamora sobre el habla de Mérida, de Rodríguez Castellano sobre la Sísterna, de Guzmán Álvarez sobre el habla de Babia, de Lorente sobre el dialecto de la Ribera de Salamanca, de Alvar sobre la lengua del campo de Jaca (estos dos últimos en Prensa), etc. A encauzar futuros trabajos contribuye eficazmente García de Diego en su clase de la Facultad de Filosofía y Letras. Pero el primer inconveniente que existía, inconveniente gravísimo, era la dispersión de los trabajos, de los estudios y monografías, algunos publicados en revistas de difícil acceso, otros agotados, la falta de una sistematización que facilitara los primeros pasos en tan sugestivo terreno. Y a esto sirve en primer lugar el «Manual» de García de Diego.

El nombre del autor es suficientemente conocido en el

campo de los estudios dialectológicos, y la relación que tiene con la revista en que aparecen estas líneas impide una alabanza que es totalmente innecesaria. Sí podemos decir que García de Diego es uno de los filólogos españoles que más preocupación ha sentido desde sus primeros trabajos sobre los fenómenos dialectales. Ya en el artículo «Dialectalismos» (RFE 1914) planteó problemas derivados de la observación directa de los fenómenos dialectales, y posteriormente su contribución al REW se apoya ante todo en testimonios dialectales de formas latinas perdidas. Y aun dentro del campo dialectológico ha mostrado más interés por la lexicografía que por la fonética.

«El presente libro de Dialectología Española, no puede ser, como otros libros de algunos países románicos, comparación y sistematización de caracteres de los dialectos, porque no tenemos estudios de varios de ellos y porque los que existen de otros no son fácilmente asequibles a los lectores. Por eso, aunque se sugieren casos y principios de sistematización, este trabajo es más bien una serie de estudios dialectales, dedicados a los que pueden interesarse en estas cuestiones)...», se dice en el prólogo. Así, el libro está organizado como una serie de gramáticas de los distintos dialectos: gallego, asturiano, leonés, mirandés, montañés, vasco, pirenaico, aranés, aragonés, catalán, mozárabe, dialectos castellanos, castellano vulgar y subdialectos castellanos fuera de España. Se ha prestado más atención a los menos estudiados. Como una introducción a estos capítulos hay una parte dedicada a la metodología y problemas del estudio de los dialectos, con indicación de los principales sustratos latinos, de las características del latín común y una determinación de las principales áreas y límites fonéticos y lexico-gráficos. En el examen de las áreas lexicales, G. de D. no solamente se refiere a las ya estudiadas, sino que da útiles indicaciones sobre otras de interés especial para futuros trabajos.

De los estudios particulares, el más extenso es el dedicado al gallego, en el que se estudia fonética y morfología con gran riqueza de detalles y ejemplos. En el asturiano se comienza por una determinación de los límites y líneas de los fenómenos, con indicaciones geográficas. Se caracteriza la división en las tres zonas: occidental, central y oriental, con las correspondientes diferencias especialmente en lo relativo a las diptongaciones. Cuando ha sido posible se han fijado

con exactitud los límites de los fenómenos. García de Diego estima que si bien el asturiano, como intermedio entre el gallego y el castellano, no tiene la personalidad y relieve exterior de éstos, posee una considerable importancia lingüística, por la enorme variedad que ofrece. Pero esta fragmentación no la cree el autor rotura de una unidad lingüística romance, no es admisible la existencia de un bable común escindido después. Analiza algunos vocablos característicos del asturiano, la conservación de muchas palabras latinas con su significado primario, y las que tiene en comunidad de origen con el gallego. La fonética está estudiada con todo detalle. La necesidad de aprovechar un espacio limitado ha llevado a G. de D. a una exposición apretada, quizá en exceso para el lector español. Se suceden la explicación de los fenómenos sin separarse ni en párrafos aparte. A pesar de eso hay claridad expositiva. La morfología tratada con más brevedad, está bien sistematizada.

En el apartado general del leonés, se estudian aparte el mirandés y el montañés. Más breve que el capítulo del asturiano, éste tiene también interés. Al extremeño, tanto en la variedad cacereña y serrana como en la pacense, se ha dedicado poca atención.

Es muy interesante la exposición del vascorrománico. Lo mismo podríamos decir del pirenaico, con una precisa introducción apoyada en datos históricos. Considera G. de D. que aunque en muchos rasgos este lenguaje pirenaico es idéntico al antiguo aragonés común, tiene algunos rasgos que ni ahora ni antes han sido comunes con el dicho aragonés. Así, por ejemplo, la conservación de *ñ* clásica aunque hay dudas de si será secundaria. Dedicó extensión y sistematiza bien el fenómeno de conservación de sordas, dando una larga lista de ejemplos con las formas resultantes en vasco, bearnés, aragonés y catalán. También merece alabanza el autor por haber ordenado los datos del aranés.

El aragonés es uno de los dialectos a que se dedica más extensión, con un breve pero completo resumen de la situación histórica, con detallado análisis de fenómenos. El catalán, según indicamos, está menos atendido por haber numerosos estudios.

El estudio del mozárabe sorprende un poco, ya que la orientación general de la obra se vierte hacia el dialectalismo descriptivo. Pero como no puede separarse, y G. de D. no

separa en ningún momento lo histórico de lo sincrónico, es muy elogiable su inclusión.

Finalmente hay una descripción breve de dialectos castellanos. Entre ellos se indica el andaluz como un dialecto de fondo castellano, al que sin embargo se da categoría de dialecto con características especiales. Es lástima que G. de Diego no haya dedicado a estos dialectos del Sur la misma atención que a los del Norte. Pero sabemos en las condiciones con que ha tenido que publicar su obra el autor, la limitación de espacio que ha impedido también la formación de un índice.

La obra representa un esfuerzo enorme. Don Vicente García de Diego ha puesto en las manos de los estudiosos un instrumento de trabajo útil, claro, indispensable. El ha tenido que renunciar a lo que él hubiera deseado hacer, en un sacrificio que hemos de estimar. Y este Manual es una contribución del mayor interés, del mayor valor a nuestra dialectología.

M. MUÑOZ CORTÉS.

PLA CARGOL (Joaquín): *Tradiciones, santuarios y tipismo de las comarcas gerundenses*. Gerona, Dalmáu Carles, 1946; 430 págs., 125 grabados.

El señor Pla y Cargol vuelve a ofrecernos uno de sus sugestivos libros, magníficamente editados, con abundantes ilustraciones, en los que va estudiando Gerona y su provincia desde diferentes puntos de vista; éste que hoy nos ocupa es de gran interés para nuestra ciencia.

Comienza la obra con un capítulo dedicado a las tradiciones y leyendas de los pueblos gerundenses, narrándolas por orden alfabético de pueblos. Unas son verdaderas leyendas; otras, las amparadas con el anfibiológico nombre de tradiciones, son la explicación del nombre de alguna localidad, el por qué del emplazamiento de una ermita o algún hecho digno de destacarse relacionado con la vida del pueblo; por ejemplo, del Santuario de Nuestra Señora de Nuria transcribe un cantar popular relacionado con la madera de que está hecha la imagen. Hay lugares propicios para las leyendas, como el lago de Bañolas, donde el protagonista es un dragón que habita en sus aguas.

En la segunda parte estudia los monasterios y santuarios.

Fueron los primeros instaurándose durante la Reconquista, así que los sarracenos iban retirándose, sirviendo de fortalezas que evitaban nuevos avances de los árabes, y su gran valor no es sólo como refugio, sino como lugar de florecimiento de la cultura.

Hace un estudio de los santuarios, ermitas y capillas de la provincia, dando noticias muy concisas sobre su origen y situación.

De capital interés para nosotros es la tercera parte del libro, Etnología, Etología y danzas. En el estudio de éstas, como es natural en Cataluña y sobre todo tratándose de un gerundense, empieza por la sardana, el conocido baile, que, acompañado por la cobla, se extiende desde el Ampurdán a toda Cataluña, haciéndose representativo del condado y, sobre todo, de las provincias de Gerona y Barcelona. No hace un profundo estudio, y deja, por tanto, sin resolver el debatido tema de si la sardana es o no de origen griego.

Da después una ligera noción del origen, principales pasos y ocasiones en que se bailaba la moxiganga, la gallarda y el contrapás, que acostumbra a bailarse antecediendo a la sardana. Algunos bailes, como el San Ferreol y el del hereu Riera, tienen un origen legendario; es el segundo una variante del «bal dels bastons» y de los pocos que en Cataluña baila una sola persona. Señala también danzas representativas de ciertos pueblos, como la de los «morratxes» de Blanes, y con ella inicia una relación de danzas y bailes de diferentes localidades, pasando revista, entre otras, a las tan representativas «dels caballins», del cirí, de San Isidro, que es realmente una pantomima.

Preséntanos después un animado cuadro de fiestas, empezando por la mayor de los pueblos, el acontecimiento de anima su vida, sobre todo si es pobre y sencilla. Examina todos los detalles, desde la fiesta religiosa, con su ceremonial litúrgico y procesión; las comidas especiales con platos típicos para obsequiar a sus invitados, la plaza entoldada para bailar la sardana.

Inicia la quinta parte del libro con un capítulo dedicado a las industrias típicas. En cerámica destaca la de la Bisbal y Quart, que la produce negruzca, semejante a la de Asturias y alguna de Soria. Por no estar tan generalizada en toda la provincia, tiene más interés la industria del corcho, que al principio de su fabricación en época no lejana, puesto que

data del siglo XVIII, era trabajo que se hacía en familia, pero en nuestro siglo pasó a las fábricas.

Al tratar de la vida y construcción de las mañas se detiene un poco, por ser el centro de la vida campesina en la cocina, donde se reúnen en el invierno, al estar paralizada la vida del campo. Los días más agitados en la cocina son los de la matanza, sin que en esto ofrezca Gerona ningún aspecto particular.

Entre las labores agrícolas, la siega, al servirse de máquinas, ha perdido gran parte de su tipismo. Para la trilla no se emplean trillos, sino el reiterado paso de dos o tres parejas de bueyes sobre tallos y espigas. Tarea más grata es la de la vendimia y preparación de vinos de buena calidad en Blanes, el Ampurdán, Puerto de la Selva, Llansá y otras localidades.

De alto interés folklórico es la vida que llevan los pastores durante los meses de estío en el Pirineo, y, como consecuencia, la fabricación de quesos de calidad.

Para no dejar de citar nada que dé carácter a Cataluña, dedica en la indumentaria unos párrafos a la barretina, destaca el uso del porrón, nos habla de los nacimientos, que ellos llaman pesebres o belenes; de los encajes, especialmente los de bolillos, de toda la costa.

Una parte la dedica al mar y los pescadores, narrando alguna bonita leyenda y hablando de la vida y casa de la costa, así como de sus fiestas y patronos.

Para que todo tenga cabida, la última parte es de varia, donde entran refranes, juegos de palabras, coplas, romances, alimentación popular, etc.

Un reparo ponemos a este trabajo del señor Pla Cargol, y es que, indudablemente, por la multitud del asunto, y pensando en no hacer pesado el libro cargándole de datos, deja sin aclarar muchos temas que son de gran interés y merecen más detenida explicación.

FILGUEIRA VALVERDE (José): *Archivo de mareantes*, por ..., director del Museo de Pontevedra. Editado a costa del Instituto Social de la Marina. Pontevedra, 1946; 305 páginas, XLVIII láminas.

El firmar un libro el señor Filgueira Valverde es una garantía de ser un trabajo serio y concienzudamente hecho. No es éste un libro puramente folklórico en su general acepción, tomado directamente del pueblo, sino que es un trabajo de

erudición histórica, pero que interesa a los folkloristas, ya que trata de la organización de la vida de las gentes de mar en Pontevedra, donde tal importancia alcanza la pesca.

Continúa el señor Filgueira con verdadero amor la labor que el Patronato del Museo de Pontevedra se impuso en el momento de su constitución en 1927, alentada ya por los trabajos de Casal, La Riega, Millán, y Sampedro, que fué su primer director y el iniciador de la instalación de mareantes, hoy grandemente ampliada. Hace tres años hizo posible la labor de la publicación del *Cancionero popular de Galicia*, no sólo con el trabajo que supone la ordenación y estudio de los materiales, sino buscando la aportación económica de las cuatro Diputaciones provinciales.

El libro que nos ocupa empieza con una interesante copia de documentos, donde se demuestra la gran importancia que la pesca, y muy especialmente la de la sardina, tuvo desde el siglo xvi, dando a Pontevedra una gran prosperidad, ya que una vez saladas se enviaban a todos los reinos de España.

En un segundo capítulo explica cómo era el arrabal marinerero de Pontevedra, donde sólo podían vivir los que a la mar se dedicaban. Eran las casas abiertas al mar, con escaleras que hacia él bajaban y pequeños muelles para un grupo o «peirao», que servían a un grupo de marineros.

Trata despus del origen del gremio, que no cree se forman por mero apego a un culto y con el fin de sostenerle. La primera vez que se citan es en 1169, y a partir de esta fecha va señalando documentos en que se hacen concesiones, bien sea a los marineros o al gremio. Ya desde el siglo xiii destaca la Cofradía de «Corpo Santo», que tiene por advocación a San Pedro González «Telmo», de Túy, y señala otras varias Cofradías, tales como la de San Miguel, con capilla también en Santa María, que daba sepultura a todos los marineros que muriesen en la villa y sus contornos. Y otras, no ya de marineros, sino de carpinteros y otros trabajadores que viviesen en la ribera.

Gran obra del gremio, que demuestra su riqueza, es la iglesia de Santa María de los Pescadores, hecha con aportaciones de diversas agrupaciones y aun personales, construyendo por cuenta de algunos una braza de pared por el alma de algún difunto, según se lee en curiosas inscripciones. Otras veces las aportaciones no son tan voluntarias, sino multas impuestas por incumplimiento de ciertas obligaciones.

La principal fiesta de los marineros fué el «Corpus», con

magníficas procesiones, en las que figuraban todos los patronos de las Cofradías con sus insignias, y a las que precedían los famosos danzantes de espadas.

En el estudio del fuero de los mareantes señala los privilegios reales, arzobispales, de señorío y otros franquicios, entre los que se encuentran datos muy curiosos de su vida y costumbres.

La organización del gremio está perfectamente estudiada sobre buen número de documentos, que señalan los cargos directivos y toda la vida y organización de los marineros en muy diversos puntos.

El señor Filgueira Valverde se lamenta de la pérdida de los documentos anteriores al siglo xv y algunos de los posteriores, y cuenta las vicisitudes que atravesaron los Archivos del Gremio, pero asegura que, a partir del siglo xv, no falta ningún dato fundamental.

Terminada esta parte descriptiva sigue la documentación general de los Archivos del Gremio. Acabando con muy detallados índices de documentos, de personas y de localidades.

IRIBARREN (José María): *Refranes y adagios. Cantares y jotas. Dichos y frases proverbiales*. Separata de la revista «Príncipe de Viana», Pamplona; tomo IV, núm. 21.

No tiene el señor Iribarren deseo alguno de erudición ni de investigación en sus escritos; así nos lo dice en las líneas que inician este trabajo. Parece que su único propósito es hacernos conocer la vida navarra de un modo ameno: cuentos, leyendas, hechos anecdóticos, descripciones de fiestas y actos de la vida popular contienen los varios volúmenes por él publicados.

La primera parte de este trabajo es de refranes, los más usuales en Navarra, estén o no publicados en los numerosos refraneros españoles. No es éste un verdadero defecto, pues es interesante saber que muchos refranes conocidos y usados por todos también se emplean en Navarra. Lo que es de lamentar es que no tengan ni el más mínimo intento de clasificación, no ya por la idea fundamental que expresan, como los modernos refraneros, sino ni siquiera por orden alfabético, que, aunque insuficiente, es una ordenación.

Subsana este defecto en la parte de cantares y jotas, ya

que se avalora su publicación al estar reunidas por la idea que expresan, y todas perfectamente localizadas.

La parte más copiosa es la dedicada a dichos y frases proverbiales, que tampoco están ordenados, y es lástima, ya que los que lo necesitan, por ser poco claros o muy locales, tienen la explicación necesaria, dándole así mucho más interés.

N. DE HOYOS SANCHO

SÁNCHEZ-CASTAÑER Y MENA (Francisco): *Pregón de la Semana Santa Sevillana*.—Sevilla, 1945, 4.º, 80 págs., 24 láminas.

No es este pregón lo que, con una frase del autor, podríamos llamar «meras bengalas de artificio de relumbrantes pero baldíos efectos». Es una verdadera monografía con tema bien definido, y como tal merecedora de reseña y divulgación. El autor trata en ella de dilucidar el interesante problema de las causas que originaron la formación de las Cofradías sevillanas y el sello particularísimo que con ellas tomó la manifestación del sentimiento religioso. Y las encuentra en la intensidad con que el español, y sobre todo el andaluz, de los siglos xvi y xvii prendió el espíritu barroco, que se sustituía a la fría serenidad clásica. El Dios idealizado y deshumanizado del Renacimiento, que a su vez sucedió a la representación simbólica medieval, se humaniza ahora hasta corporizarse con el más extremado realismo. La ingenua confianza con que el pueblo se acerca a El —los gitanos le llaman familiarmente «Manué»— es la consecuencia decisiva de ese proceso de amistosa aproximación. Ella inspira a los imagineros el hondo patetismo con que las figuras y escenas de la Pasión son representadas, y ese sentimiento de compenetración cordial del hombre con su Redentor persiste en el sevillano de los tiempos siguientes. A través de las mudanzas que nuevos estilos de vida imponen, sólo se advierte alguna renovación, como la que marca el mayor desarrollo de las representaciones aisladas de la Virgen y el sentido que adquiere su adoración. S.-C. corrobora la fuerte vitalidad que conservan tales formas populares del espíritu cristiano al contrastarlas con las fiestas de otros lugares, mantenidas en un esquematismo que ya perdió todo su aliento animador, quedándose en meros hábitos de interés puramente folklórico. El autor, creyente y sevillano,

capta con sutileza las facetas y matices de la bella ciudad, que alcanza en esos días el punto más alto de su hechizo.

La obra, cuya propiedad literaria ha cedido S.-C. a la Hermandad de Jesús de la Pasión, de la que es cofrade desde niño, ha sido por ésta espléndidamente editada y ornada con preciosas ilustraciones, correspondientes a citas del «Pregón».

B. S. A.

Algunas supersticiones relacionadas con la higiene. Conferencia pronunciada por el Dr. Castillo de Lucas en la Sociedad Española de Higiene el día 12 de enero de 1947.

Dos errores contienen las supersticiones: uno es de orden moral cristiano, por invocar poderes sobrenaturales ajenos a Dios; el otro es científico, ya que no se apoya en la experimentación, sino en la rutina.

Si en las supersticiones en torno del amor, la suerte en el juego o en los negocios tienen como relativa disculpa, siempre que no acudan a la magia negra, el deseo de conocer lo que es incierto y significar una esperanza, en tratándose de la salud hay que rechazar todas las prácticas mánicas en absoluto por ser peligrosas, tanto por lo que dejan de hacer cuando hace falta, como por lo que tan imprudentemente se practica con remedios y supercherías.

Cita las supersticiones en la que se invoca el poder de los astros, las virtudes atribuidas a las estrellas, el poder del *alunamiento*, las curas por ensalmos en las que se mezclan palabras paganas con otras de la iglesia, el mal de ojo, prácticas de brujería y demás remedios misteriosos que todavía en pueblos atrasados emplean las curanderas, y lo que es más triste, aceptan y solicitan gentes de apariencia culta. Ello demuestra dos cosas: ignorancia y desconfianza de la ciencia y del poder divino. A la higiene la cabe la gloria de ser la que más ha combatido a las supersticiones y desterrado por la eficacia de sus medios para prevenir las enfermedades y proteger la salud.

